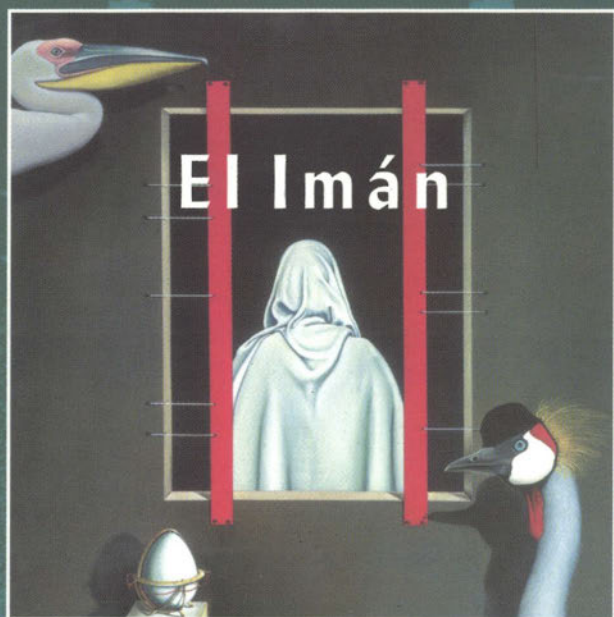
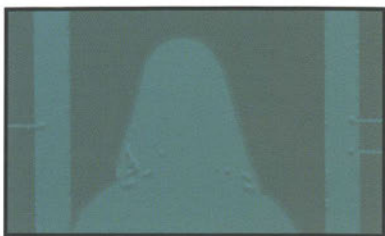


CARLOS GERMÁN BELLI



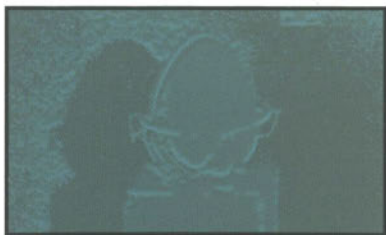
Serie Ficciones CRÓNICAS

Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2003



Carlos Germán Belli

(Lima, 1927), es uno de los más destacados exponentes de la poesía latinoamericana contemporánea. Ha publicado los siguientes poemarios: *Poemas* (Lima, 1958), *Dentro & Fuera* (Lima, 1960), *¡Oh Hada Cibernética!* (Lima, 1962), *El pie sobre el cuello* (Lima, 1964), *Por el monte abajo* (Lima, 1967), *Sextinas y otros poemas* (Santiago de Chile, 1970), *Más que señora humana* (Lima, 1986), *El buen mudar* (Lima, 1987), *En el restante tiempo terrenal* (Lima, 1990), *Trechos del itinerario* (Bogotá, 1998), *¡Salve, spes!* (Lima, 2000; Sevilla, 2003), *En las hospitalarias estrofas* (Lanzarote, 2001; edición ampliada Santiago de Chile 2002) y *La miscelánea íntima* (Madrid, 2003). Sus obras han sido recogidas en varias antologías publicadas en Montevideo, Caracas, México, Madrid, Bogotá y Lima entre 1967 y 1998, asimismo, su poesía ha sido traducida al inglés, francés, italiano y griego. Ha ejercido la docencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y el periodismo en el diario El Comercio de Lima. Actualmente lo ejerce en la Revista de Libros de El Mercurio de Santiago de Chile. Es miembro de la Academia Peruana de la Lengua.



Serie Ficciones CRÓNICAS

El imán

Serie Ficciones CRÓNICAS

CARLOS GERMÁN BELLI

El imán



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2003

El imán

Primera edición: noviembre de 2003
750 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.
Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.
Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP
Ilustración de cubierta: Jorge Valdivia Carrasco

© Carlos Germán Belli, 2003
Derechos exclusivos en Perú

© 2003 de esta edición:
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia, 1164
Lima 1 - Perú
Teléfonos: 330-7405, 330-7410, 330-7411
E-mail: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-610-6
Hecho el Depósito Legal: 1501052003-6027

Impreso en Perú - Printed in Peru

*A mis padres
y a mi hermano Alfonso,
en cuya compañía
hice el viaje inicial.*



VISITAS ATENIENSES

Atenas ceba las obsesiones del visitante, cuya curiosidad no se desbanda sino que fija sus cuatro ojos —los espirituales, los corporales— en la Acrópolis, como si llegar allá arriba es quedarse colmado para el resto de la existencia. La ciudadela en lo alto de una colina, y empinándose en su seno el Partenón, templo en homenaje a la diosa Atenea. Es cuando un monumento pasa a ser, de modo figurado (o acaso literalmente) un inmenso imán, y en consecuencia el compacto mármol extrañamente una materia magnética. Sin embargo, no es todo y hay una pizca más, tan inimaginable, por ser diferente a lo que se espera allá. No es un sitio arqueológico, ni tampoco un museo albergando espléndidas estatuas de dioses, soberanos, guerreros o filósofos. Nada más que un par de departamentos atenienses y dos damas ancianas, anidadas solitariamente allí.

Una es la madre de Rigas Kappatos y la otra de Tasos Denegrís, escritores griegos que nunca se han visto, pero que hace mucho coincidieron a la distancia en sus propósitos generosos para que un forastero más pueda hormiguar por Atenas durante el verano último. Es el aspecto inesperado de la visita, y así alguien en vez de recordar a cada rato el pasado del mundo, rumia también su propio pasado. La ciudad no es únicamente tal, porque detrás de la silueta de la Acrópolis palpita asimismo otra cosa. De manera que, en la cuna del mundo, el visitante posee la suerte de poder palpar el alma casera. Sí, en realidad, tamaña suerte la de ver de cerca la historia humana y la biografía individual; el origen en su doble perspectiva.

Muy distintas son la mamá de Rigas y la de Tasos, aunque a la vez hondamente parecidas. No por el hecho de que en ellas la edad está huyendo, escapándoseles de los dedos, sino porque ambas son madres de poetas. Estos son los frutos, aquéllas los árboles; y, en consecuencia, en lontananza ya las conocía, porque por los frutos hay veces que puede conocerse el árbol. Estoy ahora en Atenas, en el umbral de sus departamentos, y paso adelante, y una y otra me convidan

inmediatamente agradables bebidas, preparadas por ellas mismas, como resellando la amistad con sus hijos.

«Mi madre es una campesina de Santiago de Chuco», me había escrito Rigas previamente. A la verdad, nació en la isla de Cefalonia, pero su hijo ha vertido en griego casi todo Vallejo, cuya riqueza lo deslumbra de modo que se siente de la misma naturaleza del autor admirado y traducido por él. Totalmente de negro, pequeña más bien, espontánea y de mirada expresiva, en medio de la pulcritud, el orden, y de numerosas fotografías en las paredes, donde aparece el escritor en diversas etapas de su vida. Rigas reside en Manhattan, en un rascacielos, y con ella habla puntualmente una o dos ocasiones por semana, mediante un teléfono conectado, merced al amor filial, por encima de mares y continentes.

Tasos no vive con su mamá, aunque él o su mujer Margarita van a verla diariamente. Entre reproducciones de arte moderno (no sé si escogidas por el hijo o por la mamá), discurre ensimismada, sensitiva, al parecer ceñida de un aire enigmático, en suma, dos ojos profundos en un pálido rostro de clarividente. Los extranjeros no le caen bien, como secuela de su experiencia durante la ocupación alemana; aunque a mí me tomó rápidamente simpatía, porque, según ella, no semejaba forastero sino paisano suyo. Y, en ese momento no pensé que, andando el tiempo, en una nueva visita a Atenas, iba a coincidir con las dolorosas circunstancias de su fallecimiento.

Enseguida, emprendo el largo viaje de vuelta. Entro a la boca de un túnel, tan oscura como la boca de un costal (que así me atrevo a hablar de la memoria). Estoy en el antiguo aeropuerto de Lima, en el centro de su vasto vestíbulo, en compañía de mi madre, tal como la vi la última vez en la vida terrena, despidiéndome con algunos parientes y amigos de barrio. Es ésta la suprema operación interior o, mejor dicho, la restitución conjetural de lo injustamente cercenado. Por lo tanto, aquí y ahora (en el aeropuerto de Atenas), contemplo finalmente a mi madre conforme habría sido si hubiera quedado en este mundo, muchísimos días más, como las mamás de mis amigos griegos. Está allí, para darle el adiós a su hijo ya maduro, a quien mira fijamente por última vez con los ojos corporales.

ADÁN PINTA A EVA

Hace tiempo que escribí sobre Gustav Klimt —si mal no recuerdo—, aunque me parece que fue un poco al paso. Pero no hace mucho he llegado a encontrarme con sus lienzos más significativos, por fin cara a cara con las mismísimas obras que se exhiben en el Osterreichische Galerie de Viena.

Es el Alto Belvedere (que también así se conoce el recinto aquel), en tanto que el Bajo Belvedere constituye el otro ambiente del museo, que para llegar allí hay que andar una buena distancia entre espléndidos jardines, adornados de fuentes y estatuas. Esta vez quedémonos en el Alto Belvedere, donde se halla Klimt, justamente en las inmediaciones de Egon Schiele, su coetáneo, y sobre todo su par en los diseños artísticos, ya que ambos produjeron sendas obras marcadas por la singularidad.

Pues bien, no nos apartemos de Klimt, y con asombro iremos reconociendo trecho a trecho lo que conocía directa o indirectamente. Es un reencuentro inigualable por el sinnúmero de lienzos juntos, algunos de los cuales estaban impresos en la memoria. Y digo entonces que valió sin duda la pena el largo viaje para llegar a Viena, y posteriormente el trayecto a ciegas entre el hotel y la pinacoteca algo distante, a través de una ciudad desconocida para uno; y me repito en voz baja que valió la pena encontrar contra viento y marea el Alto Belvedere, y aun por nuestra exclusiva cuenta.

«¡Sésamo, ábrete!» parecen decir los admiradores del pintor venidos de todas partes; y he aquí que las salas se convierten en una cornucopia de la que rebosa *El beso* —el lienzo más popular—, la milenaria *Judith*, los retratos de una damas pelirrojas, y muchos paisajes, aunque en realidad a la postre terminan eclipsados. Porque, ante todo, Adán pintando a Eva, que esto será nuestra impresión principal.

Es tan evidente como una verdad perogrullesca, que confirmaremos en los días subsiguientes cuando leamos algunos juicios críti-

cos tremendamente rotundos sobre Klimt: su estilo se centra en la representación pictórica del matriarcado, y para él el mundo posee forma de mujer. En conclusión, por la conjunción del arte y la belleza femenina —la de las anónimas modelos, la de las damas linajudas, la de las musas del pintor—, se produce el buen mudar de la sexualidad en erotismo; o la boda del espíritu y la carne, como los admiradores de esta pintura creemos ver en ella.

Hay una cosa que sí descubro con el auxilio de los estudiosos de Klimt, que resulta una lección para los interesados en rescatar el pasado. Es ese modo con que el pintor emplea los símbolos antiguos y los incorpora a su paleta, tan viva en sus manos. Pongamos como ejemplo el citado lienzo *Judith* —la hermosa viuda que degolló a Holofernes enemigo de su pueblo—, y donde la figura bíblica está representada con la apariencia de una enigmática señora vienesa. Es rescatar a las heroínas o las diosas, y convertirlas en nuestras seductoras contemporáneas.

Por un momento dejaré a los exégetas para replegarnos en los recuerdos e ideas de uno. Fue hace tantísimo tiempo que, en la Galería Nacional de Roma, por primera vez observo un cuadro de Klimt; posteriormente, merced a la pura casualidad, pude contemplar algo más en otros museos; aunque el resto de los encuentros ha sido en libros, revistas o gracias a esas tarjetas, que resignadamente compramos en las librerías de las pinacotecas, pues sabemos bien —y lo decimos por enésima vez— que a falta de pan buenas son tortas. En consecuencia, lo considerábamos como un dechado de la pintura erótica, y asimismo como un sinónimo del *Art Nouveau*, por la suntuosidad de los colores y la estilización de las formas.

Pero ahora escuchemos lo que afirman los biógrafos, quienes han escarbado meticulosamente en los lienzos hasta dar con los genes del creador, y revelar entonces sus taras hereditarias, en particular que su madre y una de sus hermanas padecen de desequilibrios mentales, y que él es un hombre filisteo —dicho de otro modo, un tipo inculto, muy simple—, y que además le horroriza participar en reuniones públicas.

En conclusión, cuán grato el reencuentro con el admirado pintor allá en el Alto Belvedere, aunque hoy acá me ha resultado conmovedor el enterarme algo de su biografía. Sea lo que fuere, según vemos hay quien tiene el acierto de erigir a Eva como absoluta fuente de inspiración, y también que hay muchos que no son cultivados, y que en este valle de lágrimas llevan además una corona de espinas —esos genes sombríos, esas fobias cotidianas—. Por cierto, no hay nada nuevo bajo el sol de la medianoche, al igual que ayer, hoy y mañana.

AL PIE DE DOS CONTINENTES

De veras es extraño que una ciudad se halle edificada en dos continentes. Allí, en un espacio naturalmente chiquito y bajo un mismo firmamento, pueden llegar a enlazarse dos mundos distintos. Recorrerla resulta un tácito viaje fantástico, como es el hecho de pisar casi la mitad del planeta no más en un lapso corto. Efectivamente, Estambul —la única ciudad en tal situación— está tendida un tanto en Europa y otro tanto en Asia.

Por ello, si el forastero llega allí sin saber de la particularidad geográfica de ese puerto turco, queda automáticamente sorprendido. Porque de golpe cree tener en la punta de los dedos dos continentes, al igual que cuando en su propia ciudad pasa despreocupado de un barrio a otro. Descubre que para cumplir un periplo transcontinental no era necesario viajar muchísimas horas o días enteros, atravesando un sinnúmero de montañas y océanos, sino sencillamente andar por un puente colgante o navegar unos cuantos minutos de una ribera a otra.

Sí, en la palma de la mano, que, aunque figuradamente, hay mucha razón para decirlo, de esta manera. Estamos ahora en el estrecho del Bósforo (que conecta el mar de Mármara con el mar Negro): Asia en una margen, Europa en la otra; y de ambas partes reunidas resulta la ciudad. Exactamente, como si el puerto español de Algeciras estuviera tanto en Europa como en África. En Estambul podemos ir cuantas veces queramos de un punto a otro; pasar adelante, volver atrás familiarmente. El vecino o forastero van de un continente a otro, como una hoja llevada por los vientos.

En realidad, cuando llegamos ya en la noche, ni remotamente nos imaginábamos los alcances de nuestra visita. Sin embargo, recién hoy hemos caído en la cuenta que en alguna ocasión supimos cómo eran los confines de Estambul, aunque finalmente quedó esfumado en la memoria. No fue merced a las coordenadas de un mapamundi, sino exclusivamente por la fantasía de un romántico a carta cabal,

como José de Espronceda, quien sin más rodeos en su «Canción del pirata» reveló a muchas generaciones de lectores la curiosa ubicación: «Asia a un lado; al otro, Europa / y allá a su frente, Stambul». Pero, andando el tiempo, equivocadamente relegamos esos versos del siglo XIX, y en consecuencia al llegar estábamos en Babia.

El espectáculo de las mezquitas y los minaretos en la perspectiva, y las salmodias sonando puntualmente (que a cualquier visitante dejan sobrecogido), forman una verdadera escala hacia los cielos. La ascensión de suyo vertical, sugerida por el entorno religioso, se complementa con una excursión horizontal, que conduce a abreviar la distancia, a abolir los antípodas siquiera por una sola vez dentro de la realidad visible.

Nos embarcamos en la zona portuaria de Eminonu, para navegar por el Bósforo. Alternativamente tocamos Asia y Europa (no recuerdo con precisión si fue así, aunque no quiero pensarlo de manera distinta); por último, el barco no avanzó más y viró en las cercanías del mar Negro, por ser allí una zona militar; en seguida anclamos en el pequeño puerto de Anadolu Kavagi, ni más ni menos en Asia. Al comenzar la tarde, volvimos a Europa, nuestro punto de partida.

Prácticamente, a simple vista, no hay diferencias entre una y otra ribera. Parece todo una sola cosa. Pero el forastero tal vez quede más cautivado por el alma oriental de Estambul, y sienta que está en la jornada inicial de un peregrinaje no en dirección a Roma sino a La Meca. Iremos hacia allá (por cierto, Dios mediante), me musito a mí mismo al orar en la mezquita de Eyup, que se alza en el lado europeo.

UN BANQUETE PICTÓRICO

Por fin enderecé los pasos hacia la Pinacoteca de Brera, que con insistencia en los últimos tiempos me aconsejaron visitarla; pero, por uno y otro motivo, terminaba no yendo. Esta demora era sin duda una negligencia imperdonable, según recién me doy cuenta. Por fortuna, en adelante, no será ya el conocimiento indirecto sustentado simplemente en lo que nos dicen, o en la lectura superficial de algún fascículo relativo a la famosa pinacoteca de Milán, sino el hecho de palparlo con los propios ojos; y, consecuentemente, luego poder desentrañar lo que me ha deparado la visita aplazada mil veces.

Porque me suscitó un caudal de impresiones particulares, que nunca antes había experimentado al visitar otros museos. El número y la calidad de las colecciones, que muchas son de tema sacro, dejaron en uno la sensación de estar participando en un banquete pictórico. Así, el contemplador se convierte en un comensal, que en vez de platos devora cuadros. Pero vayamos por partes: decir figuradamente que la Pinacoteca de Brera equivale a un banquete, de ningún modo debe constituir una cosa estrambótica, ni menos una idea cubierta por los velos de la oscuridad, porque no olvidemos que en estos dominios del Señor corrientemente decimos *banquete eucarístico*, como metáfora del acto de la comunión.

Después de la imprescindible salvedad, repitamos enseguida que el museo de Milán es un banquete pictórico, sin temor ya de que estemos borroneando nuestras cuartillas oscuramente. Pues al final de la visita uno sale satisfecho de contemplar tanto, a diestra y siniestra, como en una exhibición infinita. Además, a no dudar, todo esto se justifica en el caso de un contemplador ávido, como yo, que viene desde muy lejos, y que ya frente a frente a las diversas colecciones de Brera, termina con la vista repleta de obras admirables.

Lo primero que se piensa al recorrer la pinacoteca es que estamos colmando las expectativas que teníamos con respecto a la tradición clásica. Eso que hemos rumiado a lo largo de los años, como

consecuencia de visitas casuales a otros museos, deshilvanadas lecturas superficiales y la observación de las consabidas reproducciones gráficas; ahora, cuando menos se sospechaba, todo eso estaba allí a nuestro alcance.

En cualquier orden de cosas, las preferencias son caprichosas, con resortes insondables y sutiles, naturalmente variando de una persona a otra. Más aún, hay que tener en cuenta que el ávido visitante de Brera ha venido en ayunas de muchas obras clásicas, y en medio de su asombro natural se queda prendado de tal o cual cuadro, bajo el impulso de ideas preconcebidas, que son ciertos recónditos intereses artísticos. Escribe entonces en su libreta de apuntes, un poquito ajada, algunos nombres de pintores, algunos títulos de lienzos. Así rápido y nerviosamente registra: *Cristo muerto*, de Andrea Mantegna; *Cristo en la columna*, de Donato Bramante; y, por cierto, el preferido por todo el mundo, que es *La Virgen y los Santos con Federico di Montefeltro*, de Piero della Francesca (cuyo quinto centenario de su muerte se conmemora este año justamente). Sin embargo, ¿por qué tales cuadros y no otros?

Ahora, acá, con los mares y muchos días de por medio, uno concluye de que la razón estriba en que ambos Cristos (el de Mantegna y el de Bramante) parecen que tuvieran un cierto aire de modernidad; y, por otra parte, porque Della Francesca nos resulta el dechado de los clásicos por su pasmosa precisión plástica. El visitante de Brera es un espíritu de veras contradictorio: prefiere la alta tradición de ayer cuando percibe allí el arte de hoy; pero a la vez quiere que la pintura, la poesía —todas las artes en general— reflejen esa «divina medición», que unánimemente se distingue en el estilo de Della Francesca.

Pero, más allá del dilema entre tradición y modernidad (que a poquísimos les interesa), ese día uno siente que su bagaje de conocimientos ha aumentado, aunque sea tardíamente. Por algo, la pinacoteca fue creada en 1776 como sección didáctica de la Academia de Bellas Artes, ubicada en el palacio de la via Brera. Recién nos damos cuenta ahora que no ha sido un error figurarse que estábamos asimilando una extraordinaria lección de pintura, desde Giotto hasta los metafísicos contemporáneos (que también allí están presentes).

Por eso, uno se siente fortalecido, como para ufanarse, aunque tal vez de manera ilusoria, que no es ya un simple lego en arte. Después de tanto buscar, inconscientemente, encontramos por último el museo que nos viene como anillo al dedo.

CAMINANDO ENTRE DOS CASTILLOS

Dos castillos han terminado constituyendo un solo recinto, aunque son de épocas y espacios diferentes como el día y la noche. Las distancias resueltamente se achicaron, y ambos aparecen ahora delante a la vuelta de un largo camino. Primero divisó uno cuando él estaba todavía en el umbral de la vida, en el barrio limeño de Santa Beatriz; el otro es el Castillo Sforzesco, que lo descubrió apenas en los años recientes en una de sus primeras idas a Milán.

Naturalmente, entre ambos hay mares y montañas de por medio, evidente indicio de cuando son inmensas las distancias terrenales. No es únicamente esto, sino que hay otra cosa: las desigualdades son muy notorias, que el intentar juntarlos hasta puede desatar la burla, porque para quien sabe de ellos resulta algo traído por los cabellos. El de Lima fue edificado en el siglo último, y semeja sólo una edificación fuera de lo común, producto del capricho personal; el de Milán lo es en toda la regla, imponente por dentro y por fuera, un auténtico recinto amurallado de la Edad Media.

Pese a tanta disparidad, hay alguien que ha pretendido reunirlos mediante la imaginación, que obra como un crisol, porque los fusiona en uno solo. A la verdad, es un ávido caminante, que va ahora de Lima a Milán; desde el recóndito ayer al inmediato hoy. También ha podido darse cuenta que además de caminante es un habitante que vive fijamente en un mismo punto. Los dos recintos están entremezclados, cuajando un sitio encantado, donde él alterna los días claros con los oscuros.

Los lugares suelen ser elevados hasta las estrellas por aquel que reside allí, o pasa como una saeta, o los divisa a manera de un lince. Pienso que así le viene ocurriendo con el castillo de Santa Beatriz, de color verdusco como el alga, que, aunque es una pobre imitación arquitectónica, lo solemniza por ser parte de una experiencia entrañable, cuando era un feliz y tranquilo chiquillo. Probablemente, la primera vez que pasó por las inmediaciones lo hizo en compañía de

su padre, yendo de paseo un domingo invernal al barrio contiguo, tan sombrío y plomizo, según lo recuerda; y del cual la curiosa edificación resultaba el confín divisorio.

Digamos la realidad de una vez por todas: ni entonces ni posteriormente reparó mucho en el castillo limeño; inclusive era indiferente a los de cualquier época y latitud. Pero llegó el día en que los descubre, aquilatando el significado en relación a él. Fue cuando el pequeño vecino de Santa Beatriz, mil años después, alcanza los dominios del Castillo Sforzesco. Es el ineludible punto de referencia, o una especie de santo y seña para poder encontrarse con su hija, en la ciudad que él no conoce; y dirigirse al Naviglio —la zona de los canales de Milán—, donde ella vive. Igualmente, es el sitio de otro reencuentro muy especial, como es el visitar allí una exposición denominada *Los pueblos del Sol y de la Luna*, que de esta sugerente manera presentaban, en medio de la resonancia pública, una selección de los tesoros arqueológicos del Perú.

Finalmente había unido los dos castillos distantes y desiguales; parece que el recinto de Milán encumbra a su pobre gemelo de Lima, hasta arroparlo con su propia aureola. Entonces surge un gran castillo luminoso —el de la niñez y el de la edad madura—, donde el caminante infatigable se convierte en un habitante contentísimo, quien desde la torre más alta no deja de divisar alternativamente el barrio paterno de Santa Beatriz y el barrio filial del Naviglio.

CUANDO LOS CIELOS SON ROJOS

Desde la terraza de la casa se puede extender la mirada, y cómodamente ver la aurora y el ocaso, en todo su esplendor. Aunque, como siempre ocurre con lo que se tiene a la mano, nunca nos hemos levantado pronto para observar el amanecer y poquísimas veces hemos subido al olvidado belvedere —es decir, nuestra pequeña terraza limeña— para divisar desde allí el crepúsculo. Repentinamente, cuando menos pensábamos, en un mismo día el alba y el poniente anidándose en nosotros como un recuerdo imborrable.

No hay nada especial en este hecho, pero sí las circunstancias en que lo hemos experimentado. Es contemplar lo uno y lo otro en dos ciudades diferentes y situadas a orillas de mares distintos, y por añadidura en una sola jornada. El espectáculo del firmamento —contemplándolo humildemente desde el mero suelo terrenal— principió con el amanecer en Pescara, frente al Adriático; y, luego avanzando las horas, en el otro lado de la península italiana, el ocaso visto desde los alrededores de Nápoles, en camino a la vecina Pompeya milenaria, que está de cara al mar Tirreno. En dos momentos, la bóveda celeste convertida entonces en una colorada sandía.

De pie, muy temprano naturalmente, porque había que partir de Pescara. Así, de pronto, el cielo en trance de ponerse claro, como si el mundo recién por primera vez se iluminara. Es el sol empeñado puntualmente en disolver las tinieblas, tan espesas hasta hace poco, que están cediendo el paso lentamente a la claridad absoluta. La habitación del hotel, con vista al mar —es ineludible aquí esta frase manida y algo chistosa—, resulta de súbito un mirador extraordinario.

Desde Pescara vamos a Pompeya, cruzando en realidad todo el ancho de Italia. Por último, llegamos al atardecer a la estación ferroviaria de Nápoles, y de allí nos trasladamos en seguida hacia el punto final, que a veces parecía inalcanzable en tan desmesurado itinerario. En adelante, a la izquierda el Vesubio y a la derecha el Tirreno; e,

inesperadamente, el ocaso con la misma facha sanguinolenta de la aurora.

Ahora sí comprendemos bien qué significa «Sol cuello cortado», extrañísimo verso con que el escritor francés Apollinaire remata su largo poema «Zona». Más aún, hemos recordado también que la mirada humana se explaya a lo largo del firmamento tratando de divisar por una vez siquiera el sol rojo de la medianoche. No estamos ya en Pescara ni vamos en dirección de Pompeya. Nos hallamos de vuelta en esta habitual torre de marfil frente al Pacífico. De nuevo, el viajero imaginario en pos del rojo sol que brilla en la mitad de la noche. Desde luego, una imagen forjada por la pura fantasía. Evidentemente, la aurora y el ocaso impelen a soñar lo otro.

DOS CAPILLAS EN LA MEMORIA

La Capilla Brancacci se halla en Florencia y la Capilla Rothko en Houston; pero no sólo la geografía las mantiene alejadas sino también el tiempo: la primera data de hace cinco siglos, la segunda se remonta a unos diez o quince años; y, además, en aquélla se exhibe una serie de frescos renacentistas, mientras que ésta se halla adornada de unos lienzos ultramodernos de tipo abstracto. Hace un tiempo las visité, e incluso hice sendas notas sobre ellas; y hoy osadamente quiero escribir acerca de las dos capillas, en avvicinarlas pese a la distancia que hay entre ambas; y todo por la simple razón que desde entonces se encuentran juntas, como un par de recintos contiguos, en los pensamientos de uno.

En consecuencia, he aquí la Brancacci, he aquí la Rothko, pared con pared de por medio, en una misma acera, en un mismísimo vecindario. Enseguida, pues, vayamos por un puente invisible construido cuidadosamente por un memorioso, sobre mares y montañas, entre la yanqui Houston y la itálica Florencia. Avancemos por allí.

Primeramente, voy a la capilla de Houston. Lleva el nombre del pintor norteamericano Mark Rothko (1903-1970), de origen ruso, hijo de un farmacéutico judío, y casi un autodidacta. Nunca me podré explicar cómo he conservado durante décadas —claro está, presagio de mi visita venidera— el comentario de una revista sobre la muestra que él presentó en 1961. Allí se habla de su estilo bidimensional, tan plano como el propio lienzo; que se repite hasta la saciedad, aunque con muchas disposiciones de ánimo; y, en suma —esto sí que me hubiera gustado escribir—, que sus pinturas son como las remotas y silenciosas civilizaciones olvidadas, si bien al contemplarlas lo suficiente nos deparan un cierto hechizo.

Finalmente entremos en la capilla, que constituye un recinto muy grande destinado a actos religiosos y a la meditación; en esencia, un santuario universal, en el que convergen católicos, ortodoxos, protestantes, judíos y musulmanes, y, desde luego, igualmente los ag-

nósticos. Los patrocinadores le pidieron a Rothko crear un recinto religioso, y él propuso uno en forma octogonal, para lo cual trabajó estrechamente con los arquitectos. Fue así que pinta ex profeso catorce lienzos, que hoy están en el templo. En el exterior hay un obelisco ideado por el escultor Barnett Newman, cuyo extremo inferior en forma de punta reposa a su vez sobre la punta de una pirámide. Es el *Obelisco quebrado*, que así lo denominan.

El memorioso se repliega en sí mismo —a la verdad, afuera ha pasado inexorable el tiempo—, y en un santiamén se encuentra recorriendo la capilla Brancacci, en el corazón de Florencia, impecablemente restaurada., cuyo nombre es el de una linajuda familia que auspició su edificación. Ahora, en vez del estilo abstracto de Rothko, los frescos renacentistas de Masaccio, Masolino y Filippino Lippi, inspirados exclusivamente en la Biblia. Además, en el siglo XVIII, el muralista toscano Vincenzo Meucci pinta en la bóveda a la Virgen María en medio de su casa celestial.

En realidad, las composiciones renacentistas son principalmente un homenaje a San Pedro, presentándose diversos episodios de su vida. Detengámonos hoy ante un par de frescos: aquél en que Pedro andando por la calle sana únicamente con su sombra a un lisiado, sin tocarlo ni mirarlo siquiera; y aquel otro que es el vasto mural de Lippi, que, como un tácito díptico, abarca dos episodios: la disputa con Simón el Mago delante del emperador Nerón, quien oficia de árbitro; y la impresionante crucifixión de Pedro con la cabeza abajo y los pies arriba, según propia voluntad.

En virtud de la Brancacci el lector bíblico se convierte en un contemplador boquiabierto; pero también constituye un lugar que demuestra cómo dejar atrás las inclemencias de distinto jaez, por ejemplo el superar ese incendio que en 1771 lo dejó estropeado; y, naturalmente, un hecho más notorio como es la restauración de los murales oscurecidos por los siglos. Todo esto encarna la clara lección de cómo el implacable deterioro, cualquiera que sea su causa, puede ser frenado. Evidentemente, el tenaz espíritu humano nos impulsa a superar los quebrantos de salud; y, por cierto, la propia

diestra divina que preserva el templo, preserva los frescos bíblicos admirablemente rehabilitados.

Pero dejemos la feliz recuperación de la capilla florentina, y por último el memorioso se pone a contrastar, según era de esperar, esas dos etapas artísticas diametralmente diversas como el día y la noche: o la pintura antigua que reproduce con esfuerzo y precisión la realidad visible —e incluso el empíreo—, justo como una narración lineal; o la corriente abstracta contemporánea que refleja, en formas y colores, lo que uno percibe. No opta por ninguna de estas escuelas, y el memorioso se limita a que ambas cohabiten en él, y así pueda ir y venir tranquilamente entre los dos recintos sagrados.

EN LA BIBLIOTECA DE JUAN RAMÓN

El relato *Platero y yo* y una antigua y voluminosa antología poética eran hasta hace poco mis únicos vínculos con Juan Ramón Jiménez. A pesar de este limitado conocimiento un buen día me hallo muy campante en su biblioteca personal, que reunió, cuidó celosamente y terminó legándola a la Universidad de Río Piedras, en San Juan de Puerto Rico, de la que era profesor visitante.

Qué estimulante es el llegar hasta allí y palpar con la vista la colección que perteneció al poeta, volúmenes que seguro le servían de consulta, o bien eran páginas dedicadas a él de puño y letra en señal de amistad o admiración, o ejemplares que iba juntando con la pasión del avaro que amasa sus caudales a hurtadillas. Pues bien, este feliz episodio nos impulsa a releerlo, a revisitarlo sin demora, a recordar su peculiar biografía, a meternos por entre la dicción que lo distingue en el parnaso español.

Lo que hemos recordado en estos días no es precisamente el Viejo San Juan —esa zona histórica cuidadosamente restaurada—, ni el ultramoderno litoral tachonado de rascacielos, sino justo la biblioteca conservada tan devotamente, que es la que acompañó al escritor andaluz durante su estada portorriqueña. Parece que la remembranza se centrara en ello, y que todo el resto quedara en la periferia de nuestra atención.

Fue una visita en un abrir y cerrar los ojos, probablemente no más de una hora. En el fondo, un acto de turismo cultural ineludible, y no la experiencia del ávido roedor de libros, que, tras cruzar mares y montañas, puede sumergirse durante días, semanas y meses entre los estantes a la caza de un dato bibliográfico decisivo para él. No queríamos perder la oportunidad, así que llegamos allí muy resueltos, atraídos por Juan Ramón, que nos resultaba más legendario que el propio Viejo San Juan, como ahora nos damos cuenta.

Es un mito literario para muchos lectores hispanohablantes, que borrosa o nítidamente lo han percibido de tal modo durante el siglo

pasado. Pero, sea como fuere el entusiasmo por su obra, hay que quitarse el sombrero ante quien le vuelve las espaldas a los estudios de derecho —tal como querían con sensatez sus padres—, y opta por el cultivo de la poesía como un único norte. Y ya que estamos en el itinerario existencial, hay que mencionar su talante hipocondríaco y, sobre todo, a Zenobia, su esposa arraigadísima en la vida de él.

Juan Ramón nace en Moguer (Andalucía) en 1881 y muere en San Juan en 1958; —que en realidad por aquí debimos comenzar—; fue en 1956 que obtiene el Premio Nóbel, y esto resultó una broma del destino pues unos meses antes había fallecido Zenobia. Dejemos los escuetos datos biográficos, y vayamos donde los exégetas, que a una sola voz nos soplan en el oído: he aquí un hijo del modernismo, he aquí los versos del libro *Diario de un poeta recién casado* (1916), que inaugura su segunda etapa; he aquí un escritor de extraordinaria influencia, que hasta con el nombre de su colección *Piedra y cielo* (1917-1918) se bautiza a toda una generación de poetas colombianos.

Dejo a los biógrafos y estudiosos, y prefiero rastrear las huellas de Juan Ramón y Zenobia. Los restos de la pareja ejemplar fueron trasladados a España, en tanto que sus libros, manuscritos y objetos diversos, que ellos tanto amaron en vida, se hallan allí en los predios de Río Piedras, donde se conservan religiosamente. Sí, pues, una biblioteca más que viva, inmarchitable —digámoslo con este adjetivo inusual aunque hermoso—, que estimula el recuerdo del poeta y su musa, y, claro está, el uso del español en esas latitudes, sin duda contra viento y marea.

ENCUENTRO CON MARTÍN

El encuentro fue de veras imprevisto. Bastante similar a un hecho vivido hace pocos años, aunque ahora en un lugar de otra índole, pero seguramente mucho más a la medida. Es en la iglesia florentina de Santa María Novella, que pertenece a la orden de los dominicos. Lógicamente, había estado allí en una visita anterior, sin embargo, no la ubicaba bien y confundía hasta su nombre. Esta vez —creo que era mi último día en Florencia—, pasé de improviso delante de ella y entré feliz de estar de nuevo en Santa María Novella, que es tan popular porque da nombre a la estación ferroviaria situada no muy lejos.

La complacencia se me tornó infinita cuando llego a la sala parroquial en pos de las consabidas tarjetas que suelen presentar la vista del templo y sus principales imágenes. Fue al clavar la mirada en un rostro archiconocido, en un santo que se le quiere muchísimo acá en razón a su vida excepcional, a sus increíbles milagros tan mentados en Lima a lo largo de los últimos cuatro siglos. Evidentemente, San Martín de Porres, cuya cara oscura destaca entre los semblantes claros de Cristo y la Virgen, los arcángeles y los santos, que aparecen sucesivamente en las primorosas cartulinas.

Sorprendido pregunto de inmediato si Martín también se venera en Santa María Novella. La empleada que atiende en la sala parroquial me indica el punto exacto donde se halla la imagen de nuestro paisano. Ni más ni menos, a la mano derecha cuando se ingresa al templo. Allí, en uno de los altares, hay un cuadro de grandes dimensiones en homenaje a María, del pincel de Giovanni Battista Naldini, que data del siglo XVI; y sobrepuesto a este lienzo se halla colocado el retrato de San Martín de Porres, con un fondo rojo, en actitud paternal amparando a un muchacho blanco. Es una obra de la artista Sandra Brunetti, fechada apenas hace tres años.

Prácticamente la historia se repite, tal como lo insinué al comienzo. Porque igualmente de pura casualidad, cuando recorría el Palacio

Pitti en ocasión de una visita anterior, me topo de repente con Santa Rosa de Lima. Desde luego, un retrato de Carlo Dolci, pintor florentino del siglo XVII. Es mas bien un pequeño lienzo que testimonia la temprana celebridad de la santa americana, cuya cara semeja la de una adolescente pálida y ojerosa.

Ahora, de vuelta a los barrios de Martín, me entero que el pasado 3 de noviembre se recordó los 350 años de su muerte. Lo acaban de proclamar oficialmente el Patrono Internacional de la Paz y su imagen salió en procesión como siempre por la estrechas calles de la zona histórica. Curiosamente, casi de modo simultáneo, me encontraba con él en el propio corazón de Italia. Bien veo hoy que no era un simple afán turístico de volver a visitar un notable templo florentino, sino una fuerza especial que me condujo paso a paso hasta el altar donde se le venera.

Lamentablemente no pude llegar al Palacio Pitti y contemplar otra vez la pintura de Dolci, que para mi resulta inolvidable. Pero, si Dios mediante retorno a Florencia, seguiré entonces un itinerario particular: iré de un punto a otro de la ciudad a estrechar las manos fraternas de Martín y Rosa, contento y ufano de reencontrarme con mis dos paisanos de veras universales, ya que por creer con fervor en el más allá se les sigue recordando no sólo acá sino también en el otro lado del mundo.

ENTRE DOS MUSEOS

Entre el Museo Metropolitano y el Museo de Arte Moderno, ambos en el mismo centro de Manhattan, en realidad sólo hay unos cuantos kilómetros de distancia; pero por las colecciones que suelen presentarse allí el uno queda en los antípodas del otro. El primero se remonta al pasado más remoto; el segundo se inclina por el siglo XX. Sin embargo, en ambos hay una llamativa particularidad: en el Museo Metropolitano, algunas obras realizadas hace milenios parecen hechas apenas ayer e incluso hoy, en tanto que las del Museo de Arte Moderno, creadas a lo largo de la época actual, por sus inauditos estilos parecen destinadas al futuro. Pues puede darse el caso del ocasional visitante que se deleite a sus anchas con las obras arcaicas, y en cambio rechace las extremadamente modernas, por considerarlas extrañas para él, como si quisiera dejar la visión de ellas para el público del mañana.

Hace ya algún tiempo visité estos museos neoyorquinos, y me llevé la más contrastante impresión, que acaso nunca olvide. En el espacio de un abrir y cerrar los ojos, podía verse algo así como el día y la noche, a través de dos específicos períodos del arte universal, fechados en uno y otro extremo del tiempo. Por entonces acababa de reabrir sus niqueladas puertas giratorias el Moma (no otro que el Museo de Arte Moderno); y, además, todo con harto bombo, justificado por cierto porque principiaba una nueva etapa en un edificio espléndidamente remozado, aunque en el mismo lugar de siempre. Con tal motivo se exhibía una numerosa muestra internacional tan completa, que semejava nada menos que el sanctasanctorum de las vanguardias. He allí, cara a cara, la modernidad. Sin embargo, paradójicamente, experimenté un efecto contraproducente: todo ello me llevó donde los sumerios, a su estatuaria moldeada hace seis mil años en Mesopotamia.

Pasar de la exposición vanguardista del Moma a las salas de arte sumerio del Metropolitano, era como desplazarse de una galaxia

oscura a otra luminosa. Precipitadamente, la ineludible equiparación: las sofisticadas composiciones ultramodernas, creadas con tenacidad en todas las latitudes, parecían unas simples migajuelas comparándolas con los antiquísimos volúmenes. Podría suponerse que el pan del espíritu fue comido casi todo en el alba de la humanidad, que el poder de la creación se hubiera agotado con los sumerios que desarrollaron el arte arquitectónico y el escultórico de modo excepcional; y además le dieron al mundo un verdadero presente, como es en efecto la escritura. La tajante diferencia entre ambas expresiones no radica en pertenecer a períodos diametralmente distantes, sino quizás en el grado de plenitud con que se manifiestan. A decir verdad, no sé cómo decirlo, porque aquel que es únicamente un maquinal contemplador, en fin de cuentas queda anclado en una impresión somera.

Los pocos datos acerca de la escultura sumeria, que ahora poseo, me permiten recordarla dentro del estilo realista y al servicio del retrato, sea de los dioses representados con facha humana, sea de los hombres creyentes, cuyas imágenes serán también entronizadas en los santuarios. De acuerdo al perito (sigo aferrándome a sus datos) hay dignidad en la concepción, delicadeza en la ejecución y atractivo emocional. Los antiguos habitantes de Mesopotamia seguramente no sabían si lo que ejecutaban era arte o no, y solamente las puertas de sus sentidos estaban abiertas al reino invisible. En cambio, tocados por la viva curiosidad (por las centellas que saltan del fuego de la imaginación), nuestros contemporáneos piensan y repiensen sobre lo qué es el arte, organizándose con puntualidad en un enjambre de escuelas, que hasta han llegado a postular la desintegración del propio objeto estético. Es el grado cero, el vacío, tal vez otra cosa, distinta a lo que se supone que es el arte. Por ello, el público común resulta más impresionado por las coherentes y proporcionadas piezas sumerias, que por la pura nada como propuesta artística. Probablemente, esto sea una nueva e importante opción del espíritu, aunque todavía no sabemos con exactitud cuál es su sentido, cuáles son sus alcances.

GATOS EN EL PASADO

No estaban andando por los cuartos de una casa, ni sobre los techos, ni en las calles; sólo iban y venían increíblemente por el propio pasado. ¿Quiénes eran estos seres que prácticamente se habían cobijado en el seno del recóndito ayer? Justo, unos diez o quince gatitos, enteramente negros o blanquinegros, cada cual aún de corta edad, que elástica y, sobre todo, familiarmente circulaban en un lugar tan particular. Ni más ni menos, por entre los restos arqueológicos — creo que son los únicos en esa zona— de la concurrida Plaka, que es un barrio ateniense de ambiente cuasi oriental por donde se suele ir en pos de la Acrópolis.

Cuán sorprendido empieza a averiguar acerca de estas excavaciones de las que él se había olvidado; le dicen que el recinto se llama Aerides; por cierto, no inquiera nada acerca de los que viven allí y que han nacido ahora en las postrimerías del siglo, porque además son parecidos en todas partes. Las mismas trazas, andar y pelaje; las mismas pupilas fosforescentes, magnetismo y misterio; en general, como dos gotas de agua. Por eso, cuando se les ve apareciendo y escondiéndose en un santiamén, ponen de manifiesto de que el globo terráqueo resulta un nido de vidas paralelas, no sólo las nuestras sino también las de ellos.

Allí, pues, por entre las rejas que separan las excavaciones de la calle palpitante, algunas personas les llevan ex profeso o les dejan de pasada un poco de comida. Pero este fortuito transeúnte, que pasa cuando la tarde estival se extingue lentamente, hubiera deseado volver siempre a la misma hora y dejarles comida para que cenén como nosotros. Pero él, que es sólo ave de paso en Atenas, seguro que no volverá por allí y nunca más los verá ir y venir por ese lugar tan especial.

Esta escena callejera, inesperada y curiosa, le ha hecho recordar a su último gato en casa, que se llamaba Filiberto —sí, en realidad, un nombre humano—, y que una vez posó sigilosamente junto a él en

una fotografía sin que lo percatara; y de cuya súbita desaparición se echa toda la culpa por haberse opuesto a que castraran al pequeño gato, pues si hubiera sido así Filiberto acaso se hallaría vivo y co-leando. De allí, sus terribles remordimientos; de allí, el motivo por el que está emocionado con lo que ha visto de repente en la Plaka.

Dejemos al sorprendido y memorioso transeúnte, y pensemos con justa razón en la estirpe de los felinos atenienses y por cierto también del infortunado Filiberto. Porque se les reputa como unos tipos maléficos ligados a Satán, aunque igualmente benignos hasta haber sido deidades tutelares. Por esto último, los huéspedes de Aerides quizás se sientan muy campantes, ya que sus antecesores en el antiguo Egipto eran seres divinos, como la diosa Bast, protectora del matrimonio y encarnada en las gatas.

Además, para bien o para mal, se encuentran en el refranero antiguo, donde nos recuerdan que los felinos tienen siete vidas, que en la noche todos son pardos, o que no hay que buscarles cinco pies. Desde luego con tantos pergaminos están presentes en la literatura, pero no avancemos más de los confines de los Siglos de Oro y quedémonos sólo en *La gatomaquia*, de Lope de Vega, en sus dos mil ochocientos versos, que por añadidura es una de sus obras más solicitadas. Allí, en la vasta epopeya burlesca, los gatos repiten con exactitud el amor y el odio de los humanos.

Por todo eso, el transeúnte de la Plaka no debe sorprenderse al verlos discurrir muy confortablemente por entre los vestigios milenarios, tal como los peces en el agua o, mejor dicho, como Pedro por su casa; ni mucho menos padecer ningún remordimiento por la prematura desaparición del gallardo y valiente Filiberto, ya que es mejor morir en las acciones de Cupido, en vez del final que le habían destinado según la costumbre.

GRUTAS DE FRASASSI

En esta ocasión sí pensó que él y los demás excursionistas estuvieran metiéndose cada cual dentro de sí mismos; fue así la singular experiencia al recorrer las grutas de Frasassi, en la zona de Marche en Italia. Qué diferente de aquella ocasión tan lejana cuando joven en las cuevas de Altamira, donde se la pasó contemplando las indelebles representaciones de animales pintadas en el alba del paleolítico; fue entonces que ni se le ocurrió que el estar en una cueva resultaba como internarse en sí mismo. Es que desde entonces a hoy —han transcurrido ya millones de días— cada vez más va replegándose en sus adentros, que él lo achaca a los avances de la edad.

Aquella mañana los excursionistas no estaban descaminados: probablemente, el colarse en las entrañas de la Tierra es semejante a adentrarse en uno mismo. He allí las entretelas del mundo físico; he aquí las de nosotros. Las impresiones no son tan disparatadas; porque en efecto así lo piensan los escudriñadores de la psiquis y los peritos en símbolos, quienes han tejido analogías, por ejemplo con el inconsciente y con el claustro materno. Sí, pues, los visitantes de aquel día tenían razón.

Por cierto, son las máximas similitudes, aunque hay otras mucho más específicas que seguramente aparecieron desde que los espeleólogos llegaron allí con qué osadía. Esta vez todos aceptan lo que afirma la guía cuando los invita a observar las concreciones calcáreas que penden del techo y las que se forman en el suelo —o sea las estalactitas y las estalagmitas, respectivamente—, indicando que constituyen la «Sala de las pequeñas velas», o bien las siluetas de un dromedario, o hasta el conocido perfil del propio Dante. Por lo visto, el mundo subterráneo era tan propicio para que la imaginación, a veces tan estéril y chata cuando vamos sobre la corteza terrenal, pueda volar en todas las direcciones.

Estas estalactitas y estalagmitas, estos pequeños lagos, estas galerías sobrecogedoras poseen el abolengo de 160 ó 180 millones de

años, que así desaprensivamente se cambia las fechas en los libritos turísticos. Es el tiempo coagulado —digámoslo con más propiedad—, petrificado en las cavidades del macizo; sin duda, nada mejor para que la antigüedad infinita se refleje en toda su magnitud; en suma, manifestándose, como si nada, en estas grutas, estas cavernas, estas cuevas, que, si no constituyen exactamente lo mismo, de fijo que son primas hermanas entre sí, según los diccionarios que tengo a la mano.

De entre los centenares de visitantes, en esa mañana estival, acerquémonos a uno, que es aquel muchacho que ayer estuvo en las cuevas de Altamira, en la región española de Santander; y que es también aquel tipo maduro que acaba de visitar las grutas de Frasassi. En Altamira únicamente pensó en rastrear aproximaciones entre la pintura rupestre y el flamante arte abstracto —era 1954 cuando él hubiera dado todo por conocer el Salón de las Realidades Nuevas en París—; en cambio, ahora, piensa mucho en su reino interior, que lo saca a colación siempre, empeñándose en buscarle equivalencias por dondequiera que va. Entre Altamira y Frasassi se ha configurado la ruta coherente de un excursionista, como que empezó en la temprana hora de la percepción estética; como que, andando el tiempo, él se aferra de aquello con que partirá definitivamente.

HALLAZGOS EN UN MUSEO

El nervioso acto de hallar, el concreto hecho del hallazgo, que todo lo llevo ahora entre este par de deleznables sienes. Naturalmente, tal estado mental se grafica con una clara metáfora, como es la actitud de estar siempre con las antenas enhiestas, algo así como tener los sentidos puestos en estado de alerta para descubrir aquello que venimos deseando. Por ejemplo, el encuentro con la mujer de nuestros sueños, o unos libros que consideramos especiales o, claro está, algunas prosaicas monedas en medio de la calle, que por encontrárnoslas de improviso refulgen como si fueran de oro.

No, nada de esto constituye el gran hallazgo que he tenido en los últimos tiempos. Ni Eva, ni libros, ni monedas, únicamente otra cosa., que tal vez de modo inconsciente también he codiciado encontrar. Por fin la hallé en un museo, y no podía ser en otro lugar, porque es el recinto exacto, a la medida de mis recientes hallazgos. Digámoslo de una vez: el museo de la ciudad de Duisburgo, en Alemania, y, por añadidura, en una pinacoteca consagrada en cuerpo y alma al arte moderno.

El propósito era visitar allí una exposición del pintor ruso Alexej von Jawlensky, figura señera de la vanguardia. Pero el destino me deparó unas sorpresas sucesivas cuando iba recorriendo las colecciones permanentes. Y allí de improviso frente a una obra electromecánica de Jean Tinguely; más adelante, una foto de Hugo Ball y unos documentos fundacionales de Dadá; y, por último, la pintura *La tentación de San Antonio*, de Max Ernst. Son numerosos, selectos y sorprendentes los tesoros artísticos del siglo XX, que se guardan en el museo de Duisburgo, aunque lo que acabo de mencionar bastó para considerar el hallazgo de los hallazgos.

Pero ¿por qué esta casi estupefacción? Hay de por medio un motivo muy justo, que es una antigua e infinita curiosidad por todo ello, hasta hacer que se convierta en algo latente en uno, pese a que he tomado las de Villadiego —según parece— con respecto al arte

moderno. Hubiera sido muy fácil volver la hoja, como dice el Refranero, y proseguir mi visita por el ubérrimo museo. Sin embargo, no fue así, pues lo de Ernst, Tinguely y Ball, corresponde cada cual a mis intereses personales de otros tiempos.

Empecemos por aquello más antiguo. Y me veo al fin de cara a *La tentación de San Antonio*, pintura que ganó un concurso celebrado entre 1946-47 con miras a elegir un cuadro para el film inspirado en la novela *Bel Ami*, de Maupassant. Y la foto de Ball, en atuendo como de clown, recitando en el Cabaret Voltaire versos sustentados en el puro sonido de la palabra. Y el artefacto de Tinguely, más o menos polícromo y compuesto principalmente de poleas, que un empleado del museo nos lo pone en movimiento.

Ahora sí a estas alturas me percató que tales hallazgos repentinos fueron más bien sendos reencuentros. Que todo lo vivido antes con suma intensidad de ningún modo se había borrado. Justamente, supe del cuadro de Ernst en días en que sólo quería escribir textos surrealistas; recordaba al dadaísta Ball cuando escribíamos poemas letristas; y cuando trabajaba en una agencia noticiosa y traduje una información me enteré de una muestra de las máquinas de Tinguely. Por suerte, gracias a estas aficiones juveniles, nuestros versos endecasílabos no son del todo chapados a la antigua.

ITINERARIO NEOYORQUINO

Hace mil años que fui por primera vez. De entonces a hoy, algunos nuevos impresionantes rascacielos que paulatinamente se han empinado hasta ser los más altos; desde luego, más crispado el ánimo general, y sobre todo el español dejándose sentir con resonancias caribeñas. Aunque finalmente use unas pizcas más de inglés, cada ocasión en que llego padezco siempre los mismos sobresaltos, el miedo que tuve cuando llegué a la sazón. He retornado por enésima vez, aunque en verdad nunca he abandonado la idea de ir nada más que a París, como tantos otros escritores de todas partes. Pero no fue así, muchas idas y vueltas de por medio, sin pensar que estaba acudiendo a la capital del arte moderno e incluso en pos de una importante colonia literaria latinoamericana.

Exactamente fue hace treinta años cuando radiqué en Nueva York. Acabo de entrar en la boca de lobo, tan miedosamente como ayer, y he desandado por entero lo andado. Es el más fijo de los itinerarios, no sé por qué, cuyos lugares resultan ineludibles. En realidad, pocos son los sitios a los que nunca dejo de acudir. Si residiera en Manhattan sería un circuito entrañable, sin duda consubstancial. Estos parajes predilectos son nada más que un templo, un museo y una biblioteca, anidados en las entrañas de la urbe ciclópea. La boca de lobo se convierte entonces en un ameno prado, donde uno puede apacentarse al igual que los pastores cansados. Por suerte, los estremecimientos de cada llegada se truecan puntualmente en el mayor de los sosiegos.

La Catedral de San Patricio, con su impecable fachada neogótica, no ha variado nada ni por dentro ni por fuera. En plena Quinta Avenida, impasiblemente, al lado de las más lujosas oficinas y tiendas del planeta. No otra cosa sino un enclave, una isla, una bahía. Allí, el pecador impenitente se comunica en silencio con Dios; allí, puerto sabroso de enamorados que se citan, sin el riesgo de perderse, tras venir desde el extremo confín del mundo.

Camino unas cuantas cuadras a la redonda, y voy ahora al encuentro del Museo de Arte Moderno. Ha sido casi del todo remozado, con más pisos y más salas. Además no se encuentra ya el *Guernica* de Picasso, hoy en definitiva en Madrid. Hay cambios allí y también en mí. Por un lado, las exploraciones son más extremas, brutalmente desahoradas hasta llegar a la pura nada; y, por otro, el escéptico contemplador (que soy actualmente) al recorrer las salas le da la razón al escritor colombiano Eduardo Carranza, cuyo firme afecto por el arte del pasado lo llevó a aseverar que los vanguardismos son la podredumbre. Reafirmo mis añejas preferencias, tan pocas ya; salgo del Moma (que así popularmente se le conoce); pero pienso en mis adentros que, a pesar de todo, no dejaré de volver.

El recinto de la Biblioteca Pública de Nueva York permanece inalterable como lo está el templo de San Patricio. La única novedad a ojos vistas es el enjambre de computadoras al servicio de los lectores en la sección de los catálogos. Paso de largo y me ubico en una de las salas de lectura, tal vez en el mismo lugar donde solía sentarme ayer. Leía, escribía y traducía entonces, porque creo que de tal modo me hacía sentirme como un neoyorquino más. Naturalmente no dejaba de estar nunca, aunque fuera imaginariamente, en nuestra Biblioteca Nacional, cuyos austeros ambientes los llevaba grabados en el reino interior. Estoy nuevamente en la biblioteca neoyorquina; rumio no las contadas décadas sino el milenio transcurrido desde que leí en esa sala por primera vez. Escucho el cuchicheo de los astros, que no es una impresión fingida, porque lo ha dicho Martí con estas mismas palabras.

En la ruta de San Patricio, el Moma y la Biblioteca Pública no entra un lugar más. Son puntos como agujas imantadas de una brújula, cuyo magnetismo atrae al visitante desde el preciso momento en que cruza uno de los varios puentes que unen la isla de Manhattan con tierra firme. Porque los altares, los cuadros y los libros son el mejor remanso en la jungla de cemento. Si hay un país portátil, que consigo se lleva a todas partes, según se dice con exactitud, hay también una moderna urbe portátil, acrisolada y cribada, que la constituyen los mencionados lugares. De nuevo rezo allí, otra vez devoro *El*

falso espejo —así se llama la curiosa pintura de Magritte—, vuelvo a escribir en un ángulo de la inmensa sala de lectura. Es el itinerario de itinerarios, por el cual se disipa la angustia de vivir.

KHAJURAHO Y SAKARA A LO LEJOS

Khajuraho, primero; Sakara, años después; en ambas ocasiones estuvo a punto de llegar hasta allí, pero pasó de largo, como quedando en el umbral, con la miel en los labios, según uno dice comúnmente. Entre él y estos parajes, que tanto deseaba conocer, se interpuso un inesperado motivo, una cosa imponderable que impidió que llegara a su meta. En el fondo, el azar adverso, si bien al parecer también hubo un poco de falta de decisión personal. Probablemente, fue así mejor que ocurriera, al no haber visitado estos puntos los aquilata ahora mucho más, figurándose como son, llevándolos en lo recóndito de él, acariciando la posibilidad de que alguna vez cumpla por último su objetivo antes de irse de este mundo.

Las circunstancias —según piensa en estos momentos— son simétricas, aunque tuvieron lugar en épocas y espacios distintos. Lo de Sakara le ocurre hace unos meses no más; lo de Khajuraho fue en 1985. Sakara se encuentra a unos cuarenta kilómetros de El Cairo; Khajuraho en la India Central, en el estado de Madhya Pradesh. Hoy, ordenando sus recuerdos, se percata de que tales situaciones alejadas entre sí registran causas y efectos similares. Digámoslo cómo fue: este viajero al encontrarse en Calcuta proyecta ir a Khajuraho; algunos años más adelante, encontrándose entonces en El Cairo también proyecta llegar esa vez a Sakara; sin embargo, en ninguna ocasión logra su anhelo. Pero ¿qué hay allí que para él es como una obsesión, al igual que para otros tantos forasteros que llegan desde todos los confines?

Dice sorprendido que estando en El Cairo inexplicablemente se le escapó de los dedos la visita a la vecina Sakara; no entiende su desgano digno del más ignorante de los turistas. Reconoce que estaba satisfecho con las perfectas pirámides de Giza —en los límites de la capital egipcia—, y que por eso acaso no quería ver otra más. Le pesa mucho de haber sido un displicente de Sakara, y tener que ver resignadamente reproducida la silueta del famoso monumento en

las páginas de los libros. No tiene forma piramidal, conforme él ya lo sabía; pero ahora conoce otras cosas más —por lo cual se siente muy campante—; en realidad, una mastaba escalonada, un palacio funerario que lo mandó a edificar Djeser, faraón de la III dinastía (2635-2615 A. C.), para él y los suyos; el arquitecto fue Imhotep, ministro del soberano, por lo tanto personaje histórico, aunque a la vez mitológico por sus varios atributos extraordinarios; la pirámide de Sakara —así la califican desde que nació la egiptología— cuenta con seis escalones y sesenta metros de altura.

En un punto lejano de Sakara, en el otro ángulo del horizonte, allí se encuentra Khajuraho. El frustrado viajero sabe el dicho aquel que a falta de pan buenas son tortas; en consecuencia se pone a devorar revistas y libros que le informan sobre el incógnito lugar. Nos dice que éste es el reverso de la medalla: no el recinto funerario escalonado, sino un templo bajo la advocación del amor humano en cuerpo y alma. Puntualiza lo que se viene enterando: sobre una superficie de 21 kilómetros cuadrados, sobreviven unos 25 de los 85 templos mandados a edificar por la dinastía de los Candella en los albores del siglo X de nuestra era. El templo más importante es el Kandariya Mahadeva, que posee el mayor número de esculturas representando a la *mithuna*, que es la pareja en el acto de la cópula.

El que no pudo llegar a Khajuraho ni a Sakara, confiesa sin embargo con cierto aire filosófico que no hay mal que por bien no venga. Enseguida dice que el viajero real (que siempre fue él) se ha convertido en un viajero imaginario (que nunca lo era), en ese tipo de mortal feliz que no tiene necesidad de salir del lugar donde habita: no cruza las fronteras de su ciudad, ni los muros de su casa, ni la puerta de su cuarto, ya que cuenta con todo el mundo a sus pies merced a la fantasía.

Desde lejos se consuela en divisar los lugares a los que no llegó; por cierto, soñarlos como son, exactamente según si hubiera estado. Pero hoy únicamente quiere ir hasta allí en compañía de la mujer amada; esto lo ha dicho con frecuencia y es comprensible que quiera visitar Khajuraho, no como viajero solitario sino en compañía de su pareja terrenal, como los fervorosos creyentes que recorren el recin-

to con deleitación y reverencia, observando las *mithunas* esculpidas, como compactos racimos de uva, en las columnas y en el resto del templo. Pero, ahora, dice que quiere ir también con su mujer a Sakara, donde se alza la pirámide escalonada, cuya especial forma resulta como un medio para ascender a los cielos.

Este devoto de Oriente me ha hablado con qué vehemencia de las regiones por las que anduvo cerca; y adonde quiere enderezar sus pasos y hacer lo que no pudo en su debida oportunidad. Lo observo, lo escucho desde mi propia óptica, o creencias personales alimentadas por Occidente. Khajuraho equivale —me digo con la máxima simpleza— a Eros, y la pirámide escalonada a Tánatos; que lo uno y lo otro es la vida y la muerte, respectivamente. Allá, por los aires, diviso a Adán y Eva, encarnados en una pareja volando directamente hacia los lugares que sueñan; van como en la pintura de Marc Chagall, que muchos enamorados no olvidan en este siglo XX. Acá, en los alrededores, diviso al poeta simbolista José María Eguren —el más insigne de los forasteros mentales—, que no precisa sobrepasar las fronteras de su Lima nativa, para estar primeramente en Khajuraho, luego en Sakara, o quizás a la vez en ambos lugares sagrados.

LAS RUTAS PREFERIDAS

Está a punto de partir, está con un pie en el estribo, aunque de improviso se pone a pensar una y otra vez en esas rutas milenarias, en esas vías marítimas o terrestres que se originaron por la necesidad de intercambiar productos para alimentarse, ofrendarlos a los dioses, fabricar armas o, simplemente, vestirse o engalanar a sus mujeres.

No es otra cosa que un turista a secas, que, según confiesa, va a viajar esta vez no con muchos maravedíes en la faltriquera. El hablar con palabras antiguas y algo rebuscadas nos da la clave de por qué ha metido las narices en mapas y enciclopedias en los que ha averiguado cuáles han sido los primeros caminos que el hombre ha empleado para comunicarse.

Es a duras penas un barniz de conocimientos, sin embargo ya se cree un descendiente de esos mercaderes y navegantes, si bien aclara que para sus remotos antecesores lo novedoso eran los productos que codiciaban tanto —por ejemplo, las especias, el lapislázuli, el ámbar—; que para él lo novedoso es estrictamente esas comarcas adonde se encaminará.

Dentro de unas semanas, unos días, unas horas partirá pues hacia lo desconocido; dice que ya comenzó su cuenta regresiva, como los navegantes espaciales del siglo XX. Este feliz mortal no irá en barco, ni en tren, ni en automóvil, sino únicamente en un plateado avión, incluso —añade— de dos pisos, que lo llevará a través de una ruta trillada porque lógicamente los otros aviones van también por allí.

¡Qué tan alto y tan lejos vas!, le manifestamos con sorpresa a nuestro amigo que le gusta avistar lo recóndito. Pero enseguida insiste en hablarnos de aquello que se enteró en sus amarillentos volúmenes, y dice enigmáticamente que esa cuenta regresiva de los navegantes contemporáneos terminará llevándolo a las vías milenarias, y que ahora se referirá en detalle nada más que a una, que es su predilecta, y que se conoce como la Ruta de las Especias, que a partir del siglo I a. de C. —según afirma muy seguro de sí mismo— por allí empie-

zan a navegar los griegos y los romanos, zarpando del Mediterráneo, atravesando el mar Rojo y entrando luego al mar de Omán hasta tocar la India. Así las gentes del Mediterráneo llevaban sus productos para intercambiarlos con las especias indias y de otras regiones vecinas.

Casi le gritamos ¡zapatero a tus zapatos!, porque en realidad no es arqueólogo, ni historiador, ni cartógrafo, ni menos marino, ni tampoco hombre de negocios; sin embargo, esto no es impedimento de que él sueñe con su milenaria ruta predilecta y, por cierto, con las otras vías legendarias. Por último confiesa que cada vez que viaja se figura que va yendo simultáneamente por las Rutas de las Especias, de las Sedas, del Lapislázuli y del Ambar, porque las lleva dentro de sí mismo, como las venas por donde circula su propia sangre.

LOS MUSEOS DEL ALBA

Los museos son como los frascos en que se conservan las esencias; pero enseguida digámoslo con un poquito de mayor exactitud: son vitrinas donde se exhibe la flor y nata de una civilización, un período o una escuela artística, o la obra de un insigne creador. Esta condición particular la ha apreciado instantáneamente cierto visitante cuando observó las muestras de nuestros orígenes, rotundas e imperecederas, incluso por encima de los milenios. Fue recientemente hasta en dos ocasiones en puntos diferentes y distantes entre sí: primero recorriendo el Museo Nacional en Atenas; días después, el Museo Egipcio en El Cairo. En aquél y en éste, una experiencia indivisible, un sentimiento común, como que ahora él se figura haber visto allí el alba del mundo.

Sí, sendas visitas, y por igual montones de avidez, deslumbramiento y regocijo silencioso ante lo que estaba contemplando. Casualmente en Atenas resultó vecino del propio museo, al hospedarse en un hotel cercano; en cambio para llegar al Museo Egipcio lo hace a bordo de un ómnibus, que cruza un soberbio puente sobre el Nilo y avanza con estorbado andar por entre el intenso tráfico. Además, él en uno ya había estado ya antes; en el otro era la primera vez.

Es el museo ateniense, aunque el entusiasmo de visitarlo de nuevo se le entremezcla ahora con un sentimiento insospechado que lo convierte en un aguafiestas. Cree percibir que algunas piezas han sido reubicadas; otras quizás no estén exponiéndose; asimismo, más allá de todo esto —que por cierto importa un bledo—, piensa con pesar que sus horas hoy ostentan un color sombrío; mejor dicho: no se siente feliz como en las visitas anteriores. Sin embargo, en los ambientes que él va recorriendo, el inexorable tiempo aparenta no haber pasado: los dioses, acá y allá a sus anchas, erguidos resueltamente como Poseidón (quien mide más de dos metros); palpitantes seres vivos, como Afrodita y Pan, a los cuales seguro muchas mujeres y hombres están envidiando; o el pequeño jinete cabalgando sobre un

corcel, tan velozmente hasta ser ambos una sola flecha. Parece más bien que en ellos el inerte pasado es el fresco presente, donde se encuentran como el pez en el agua, casi todos más satisfechos que aquel que los observa con cierto desgano.

El museo de El Cairo difiere totalmente del de Atenas, por el inmenso acervo que presenta muy abigarradamente hasta saturar a quienes pretenden ver los objetos con detenimiento. Es imposible porque todo allí son cantidades astronómicas: esos años que suman milenios, esos tesoros como apretados racimos de uva tras las vitrinas, esa multitud bullendo alrededor de uno. Más aún, algunos acaban de llegar de un largo viaje desde Asuán, yendo de templo en templo, cuya antigüedad y monumentalidad han embotado literalmente sus sentidos. En consecuencia, miran sólo de reojo los caudales de Tutankamón, que constituyen el imán del museo; aunque sí observan curiosamente los retratos descubiertos en Fayún, la estatua del general egipcio acompañado de su esposa y las estatuas de los escribas en actitud hierática, con la mirada que se pierde en el vacío. El visitante de marras piensa entonces que nada de esto corresponde a los misteriosos orígenes, sino que son personas exactamente como él, sin duda sus hermanos mayores.

Pero no se atreve a cotejar ni siquiera someramente lo que ha visto en uno y otro lugar, porque no es un sesudo especialista; únicamente se reconoce como uno más que ha tenido la buena estrella de poder llegar allí. A duras penas alcanza a balbucear que entre los egipcios primó la fe absoluta en la eternidad y que por su parte los griegos se empeñaron en idealizar la figura humana para encarnar en ella a los dioses. Este pobre mortal —si bien tan suertudo a la vez— vuelve por último al remoto punto de donde salió. Está contento, ufano y hasta solemne por haber visitado los museos del alba siquiera por unas cortas horas.

LOS TRENES SEDANTES

Los viajes en tren resultan a veces sedantes, como lo fue para mí el recorrido que hice desde Dortmund (Alemania) a Milán, particularmente cuando iba divisando el Rin. Fue un viaje plácido, hace unos cuatro o cinco años, en que los pasajeros éramos en número moderado, cuando el bamboleo del tren parecía por momentos como si estuviéramos en una hamaca, y además los chirridos de las ruedas, cada vez que se detenía, parecían esas pisadas que dan los seres etéreos a quienes se les pasea el alma. A ojos vistas, estas comparaciones resultan cuán exageradas, que de ningún modo vienen al caso, aunque así lo borroné en mi libreta de apuntes cuando viajaba.

Tal vez es el más confortable de los viajes que he hecho hasta hoy. Sin embargo, todo lo detallado es cosa secundaria, ya que la causa radica en aquello que iba mirando con asombro infinito; que por allí la remembranza ha debido arrancar. Evidentemente, sin que lo merezcamos, es el Rin y su paisaje ameno, que nos vienen acompañando hora tras hora, y en cuyas mansas aguas se deslizan embarcaciones con excursionistas, y en cuyo contorno hay pequeñas colinas tachonadas de solitarios castillos antiguos, negruzcos o plomizos, o bien algunas casas campestres empinadas aquí y allí; y, naturalmente, una lineal carretera a veces próxima a la vía férrea, por donde circulan camiones y autos que por momentos se pisan los talones unos a otros.

Pero nuestro predilecto tren en lugar de llevarnos directamente a Milán, donde nos esperan con impaciencia, hace que nos repleguemos dentro de uno, hasta tocar lo más recóndito. De improviso surge delante de mí un trencito eléctrico miniaturizado, que no sé si cuando era niño lo tenía a la mano en casa o lo devoraba al contemplarlo en alguna juguetería. Además, se me agolpa en la memoria el viaje que hizo mi padre cuando visita a su lejana familia, atravesando el Simplón y pasando por Domodossola, que lo uno y lo otro no han dejado de acicatear mi fantasía. Y, por último, no el recuerdo

infantil, ni el filial, sino nada más que el constante temor de ir en tren de Lima a Huancayo, para no pasar por nuestra elevadísima estación ferroviaria de Ticlio.

De nuevo estoy con los cinco sentidos en el tren sedante, y ahora fijo la atención en una hoja en que se indica las diversas estaciones en que vamos parando; sí, la hora exacta y los contados minutos —dos o tres— en que nos detendremos para que bajen o suban los pasajeros. Es el itinerario que se cumple matemáticamente —ni un segundo más, ni un segundo menos—; y hasta he pensado usarlo como modelo en mi quehacer cotidiano, con el fin de no despilfarrar el escaso tiempo terrenal que nos queda, y que ahora hemos terminado aquilatando como si fuera oro de muchos quilates.

Cortemos esta digresión en realidad algo inusitada; y, enseguida, es cuando alcanzo a ver que entre los apuntes de viaje repentinamente he mencionado el Transiberiano, naturalmente pensando en el poema del francés Blaise Cendrars, quien se inspiró en el tren que atraviesa el territorio de la ex Unión Soviética. Veo entonces que me convierto en un viajero insaciable, imaginándome trayectos desmesurados; porque es claro que cuando uno está contento comienza a codiciar cosas mayores, que es superar el viaje de Dortmund a Milán, que ya me parece de poca monta, y en cambio quisiera realizar un viaje intercontinental, aunque por cierto con una vista semejante al paisaje del Rin y sus castillos, y con el bamboleo en una hamaca invisible y los aterciopelados chirridos cuando se llega religiosamente a la estación prevista.

LOS VIAJEROS OBSTINADOS

Hasta llega a desear que el globo terráqueo quede reducido en la palma de su mano. Lo ve a escala microscópica y él como amo y señor, un verdadero semidiós, tal como se siente el pasajero imaginativo que va a bordo de un raudo avión plateado sobrevolando mares y montañas, entrelazando continentes, y aboliendo esas distancias que ayer eran incomensurables.

Es el sentimiento que comparten todos los viajeros obstinados que hoy suelen embarcarse en un aeropuerto, luego desembarcar en otro, y así sucesivamente, y en un par de zancadas pasar de un país a otro. El envión que daban antaño los barcos y trenes hoy queda sobrepujado por el envión de los aviones, que hace que se multiplique el hábito de viajar, y consecuentemente el ansia de conocer los países distantes, y aun los antípodas.

«Vivir no es necesario; navegar, sí» constituye el lema de un pasajero impenitente —un cierto amigo mío ya jubilado—, que según él es una frase pronunciada hace más de dos milenios, y que un día la descubrió y la hizo suya de inmediato. Dice que le vino como anillo al dedo, por haber viajado desde muy pequeño y repetir una y otra vez el remoto episodio de su infancia, ahora en barco, en avión, en tren, exactamente hacia todos los puntos cardinales. Cuando leyó tan curiosas palabras se sintió muy complacido, como si así pudiera justificarse a sí mismo, ya que en la cima de su edad —recalca nuestro viajero— es la mejor manera de vivir. Y hasta nos confiesa, en un raptó de gran sinceridad, que el tomar las de Villadiego, cada cierto tiempo, es como desquitarse del montón de fiascos que padeció en el curso de su existencia.

Basta de ir por las ramas, y enseguida vayamos a lo fundamental. En términos generales, el viajero obstinado responde a decisiones simples como es el afán de conocer otras tierras y culturas distintas a las de él, o poder salirse de cuando en cuando de la grisácea rutina diaria. ¿Y cómo es el retorno? Lo que se ha observado antes en

libros y revistas, o aquello que ni siquiera conocemos por el forro, he aquí al fin delante de uno cuán completo y tangible, lo cual naturalmente nos da un mayor conocimiento, que atesorado queda dentro de nosotros.

Y del viaje ¿qué? El cambiar de lugar y de gentes, el cambiar de cielo y de clima constituye la quintaesencia del buen mudar. Digámoslo de otro modo —si bien parece una perogrullada—: es el desplazarse de un punto a otro lejano, que tal traslado podría equipararse al de las aves o los peces migratorios que abandonan su zona de origen y se van hacia a lo desconocido. Más aún, es la abolición de las distancias geográficas merced a las andanzas de aquel pasajero que siempre está con un pie en el estribo.

Hay un mortal increíble, excepcional, que sí reduce literalmente el globo terráqueo en la palma de la mano, sin cruzar siquiera la puerta de su habitación, y es éste el pasajero que no va a bordo de aviones ni de trenes ni de barcos, sino exclusivamente en alas de la imaginación. Cada día se marcha de improviso al lugar que le dicta su real gana, y hasta llega al extremo de la bilocación, que es la presencia sobrenatural en dos sitios a la vez. Por cierto, casi nadie cree en ello, aunque él sí nos convenció cuando habla tan detalladamente, tan fervorosamente acerca de Petra sin haber puesto los pies allí. El envión de la frágil mente es el más poderoso, sin duda, porque ese pertinaz viajero posee todo el universo mundo entre sus temblorosos dedos.

MARTÍN Y UN LIBRO

Empezó todo en la Puerta del Sol, donde desciende a prisa del ómnibus, y con paso resuelto inicia su primer día en el corazón del Madrid histórico. Sí, pues, empezó a andar seguramente por el mismo lugar a través del cual iba y venía años atrás; poco después se da cuenta que se halla en la calle del Carmen —una vía peatonal ya concurrida pese a que era aún temprano—, que desemboca en la Gran Vía, aunque ahora no recuerda a qué altura. Pero sigamos delante con él.

Exactamente, en esa parte de la ciudad, parece que yace enterrado debajo del suelo un inmenso imán, que va enderezando cada paso suyo a un determinado punto. Este mineral magnético, natural e invisible conduce finalmente al despreocupado forastero como de la mano a un par de lugares distintos entre sí, pero que para él de ningún modo resultan extraños, mejor dicho, son hasta complementarios.

No más rodeos, y vayamos al primer punto. Es la calle del Carmen —lo dijimos ya—, y bien se puede colegir que allí se encuentra la parroquia del mismo nombre. Entra entonces en la Iglesia del Carmen; el recinto no es muy grande, los feligreses no son numerosos, y la misa matinal apenas ha empezado; sin duda, esto lo alegra porque no había podido asistir al oficio del domingo. El se halla en el ala derecha del templo, desde donde clava la mirada en uno de los altares de la izquierda, cuando allí divisa una imagen cuyo perfil se insinúa como a escondidas. Le parece un santo conocido, pero espera que culmine la misa, y es entonces que se encamina como un autómatas hacia el altar, y mayúsculo es su asombro.

Pues allí otra vez se topa con San Martín de Porres. Está al lado de la Virgen de Guadalupe, como subrayando su paisanaje latinoamericano, y luce muy juvenil con una apuesta facha de rasgos finos bajo su tez morena. Años antes lo había encontrado en Florencia, en la Iglesia de Santa María Novella, contigua a la estación ferroviaria;

posteriormente, una y otra vez, en Santa María de las Gracias, en Milán, a pocos pasos del lugar donde está el celeberrimo mural de la *La Ultima Cena* de Leonardo. Sí, en efecto, un nuevo reencuentro con Martín, y ahora nuestro sorprendido forastero concluye de que el santo limeño es el más humilde de los peruanos universales: fue de origen africano, nació esclavo, era lego por partida doble: por su ínfimo nivel religioso y su falta de instrucción, que de lo cual quizás tenía sólo un barniz.

Enseguida, minutos después, el segundo puerto hospitalario en esta fortuita travesía callejera. En vez de la Iglesia del Carmen, una gran librería, tal vez la más completa de Madrid. En realidad, si la ha buscado con ahínco, si bien nunca se imaginó que allí encontraría un libro que le complacería sobremanera y que lo leería de un solo tirón, porque el tema de la obra es sumamente atrayente y sus páginas son como un *rendez vous* con amigos de ayer a quienes ha conocido a través de la lectura, y amigos de hoy a quienes por añadidura conoce personalmente. Es una antología poética que versa sobre un tema único: el incandescente amor; y, en consecuencia, Eros entrelazando a Adán y Eva, y éstos hablando en castellano, como que allí hay versos del medioeval Arcipreste de Hita, y también de quienes son justamente coterráneos del buen Martín, como Melgar, Vallejo, Sologuren y Belli.

Es fácil comprender que entre el legendario santo y los poetas del amor humano no hay ninguna afinidad; sin embargo, nuestro despreocupado transeúnte es un devoto a secas y a la vez un lector devoto; y, más todavía —expresándolo de otra manera—, el feligrés forastero del templo madrileño y el visitante de la magna librería los interrelaciona. Pero él no sabe cómo ha hallado en Madrid a Martín; ni tampoco sabe por qué se encaminó directamente hacia el libro de sus versos de amor preferidos; presiente no más, con el mayor de los palpitos, de que el azar puede encarnarse en un singular imán, que endereza nuestros pasos en pos del lugar o las cosas que tanto queremos.

MIS DOS GIRALDAS

He vuelto a estar en las inmediaciones de La Giralda después de muchísimos años, tantos como equivalentes a toda una vida. Justo, a la mano, la torre de mayor fama de España, edificada durante el largo dominio musulmán; y hela aquí encarnando en la piedra más firme y del modo más pintiparado los arabismos que pululan cuando hablamos. Y si bien es sólo una breve estada, ya somos las mismas personas que habitan en Sevilla, y que van y vienen, y que ni siquiera la miran de reojo.

Parece como el pan nuestro de cada día, pero de por medio hay algo profundo, según lo percibo ahora cuando recuerdo las visitas de ayer y de hoy. Las sopeso y las contrasto, y prácticamente es como poner en uno y otro platillo de la balanza —sí pues la balanza de la vida— mis sendas Giraldas, la que ayer trepé muy orondo rápidamente, y la que hoy diviso con cierta aparente indiferencia (que en realidad sí me la como con los ojos a hurtadillas).

Y antes de seguir digamos la pura verdad: ni un barniz de conocimientos sobre arquitectura, menos por cierto de historia, y únicamente tengo una superficial guía turística de la ciudad. Es natural que todo ello me lleva a replegarme en los lejanos recuerdos, y a la vez calar hasta los tuétanos lo que acabo de vivir. Y con la fuerza de un gigante de cien manos —exactamente como el fabuloso Briareo— me abrazo de la torre sevillana, y hasta se me convierte en algo emblemático. Que el decir así no es cosa hiperbólica porque encaja con las circunstancias experimentadas en épocas diferentes. Dos momentos desemejantes como el día y la noche, y que prueban que la simple anécdota puede hacernos mitigar, por un rato, la carencia de un preciso conocimiento de los estilos arquitectónicos y de los períodos históricos.

Esta lamentable situación deja de ser tal y se convierte en el fundamento de una percepción de hechos puntuales que he vivido en días entre sí lejanos, y que recién vislumbro que son harto propicios

para caracterizar la propia existencia de uno. Así, el muchacho venido de muy lejos y que como un resorte asciende por la rampa interior de la torre hasta su cúspide, que es el mejor modo para contemplar desde arriba la ciudad. Y, ahora en la última visita, claro está, ni el mínimo deseo de subir, como evitando sopesar lo que se podía hacer antes y lo que no se puede hacer finalmente por culpa de la gastada edad.

Es la torre islámica que está al lado de la catedral sevillana, y acabo de darme cuenta que nos resulta como un hito divisorio. Pues la tengo anidada en la memoria por haberla trepado en los días juveniles; y, sin embargo, últimamente haber discurrido sólo por sus alrededores y ni siquiera observarla desde el mirador del hotel vecino donde estaba alojado. No sé por qué como el más glacial de los mortales, que la explicación tal vez estará en no querer comprobar que el hoy ya no es como el ayer. Pero me quedo con lo uno y lo otro, naturalmente inseparables; que constituyen las dos Giraldas del memorioso, palpitando como esas palabras árabes que están a flor de labios.

NIÁGARA E IGUAZÚ

Niágara en el trasanteayer remoto; Iguazú, exactamente, hoy. La memoria parece un compás, una de cuyas puntas está en aquel Niágara y la otra en este Iguazú. Es como cuando rememoramos dos volcanes específicos, o los canales de dos ciudades, o bien un par de castillos entre sí lejanos en el espacio y en el tiempo. Pero no empecemos a fantasear y acerquémonos aquí al memorioso que tiene por delante dos de las mayores cataratas, que ha conocido en épocas distintas, y que ya ha empezado a aquilatar las imágenes de ambas.

Las cataratas del Niágara —justo entre Estados Unidos y Canadá— son las primeras que visita, aunque entonces no escribió ningún apunte acerca de ellas, porque tenía el pésimo hábito de volver las espaldas pronto a los nuevos parajes que conocía. Sin embargo, por suerte, algo se le anidó en la memoria para siempre, como el concho que suele quedar en el fondo de un recipiente, y este sedimento es por cierto lo esencial, como que únicamente recuerda que estuvo metido dentro de una especie de escafandra cuando ascendió gradualmente en un ascensor a través de diversos niveles, de donde iba observando la caída de las aguas y a la vez oyendo su increíble estruendo. Le pareció que se replegaba dentro de sí mismo, llegando a tocar sus propias entrañas cuando el ascensor corona el nivel más alto.

Estando él en las cataratas del Niágara nunca se figuró que, con el tiempo, llegaría también a las del Iguazú —situadas parte en Brasil, parte en Argentina—; y que cotejaría las sendas impresiones que le depararon, como que le parecieron diferentes entre sí. Aunque borrosamente recuerda la sobrecogedora experiencia de las del Niágara —en particular esas estruendosas aguas literalmente despeñándose—, todo cambia delante de las del Iguazú, donde, en vez de replegarse en sí muy aturdido, pasa a ser un contemplador sosegado, hasta sumido en el deleite. Exactamente, una contemplación porque así lo fue para él cuando situado ya en las pasarelas desde donde observa

las cascadas, parece que estuviera disfrutando de una experiencia estética. Sí, nada exagera, porque así igualmente lo perciben otros excursionistas que se hallaban también allí.

El visitante de las cataratas termina confesando que pudo ir a ambos lugares memorables con motivo de unos encuentros de escritores. Primero, en Toronto, que de esta ciudad prácticamente lo llevaron de la mano hasta el Niágara; ahora, en Asunción, de donde partió hasta llegar finalmente al Iguazú. De muchacho una vez renegó de su destino literario, porque para él era como un lastre para abrirse paso en la jungla de la vida; en cambio, ahora, se halla contento ya que gracias a su pluma ha podido darse cuenta que el observar unas poderosas cascadas es como meterse en su propia psiquis, o inclusive al contemplarlas le puede resultar un verdadero goce. El antiguo renegado no sabe si agradecer a Apolo o a Minerva el haber estado antes en el Niágara y después en el Iguazú; por último, reconoce que no merece esta buena suerte suya.

PATMOS, SOMERAMENTE

Patmos está qué presente en la propia casa de uno, en nuestros alrededores, hasta en la misma mesa de noche. De allí arranca el largo itinerario que hemos hecho, culminando en la pequeña isla del mar Egeo. Pero ¿por qué tan estrecha proximidad con aquello que se halla en otro continente? En realidad, Patmos se encuentra anidada en esta Biblia que tenemos a la mano; porque el Apocalipsis (que está al final del Nuevo Testamento y que en griego significa «revelación») fue escrito por el Apóstol y Evangelista San Juan cuando lo confinaron allí los romanos.

El lector del Apocalipsis y el excursionista de Patmos son una sola persona. Además, éste y aquél experimentan un hecho similar, dispuesto por la fuerza de las circunstancias, como que la lectura y la excursión, por más afán que pongan en lo uno y en lo otro, resultan del todo superficiales. Naturalmente, las páginas del Apocalipsis son inexpugnables para el neófito, aunque sea el más voraz de los lectores; naturalmente, un recorrido por Patmos, aunque sea una isla pequeña, termina siendo una visita ardua por la intensa curiosidad con que se llega, de modo tal que parece una exhalación, un abrir y cerrar los ojos.

Los velos más tupidos recubren las palabras del Evangelista; algunos de los pasos más importantes de la historia van y vienen por Patmos; consecuentemente, cuando uno devora esas páginas y anda por esos parajes acaba como alguien que se queda a flor de tierra o a flor de agua, que significa sencillamente estar a ras de la superficie. No basta leer con detenimiento el mensaje cifrado de San Juan —lo escribió así por la dura persecución que a la sazón padecía la Iglesia—, ni tampoco basta haber llegado al legendario lugar, ya que nos quedamos en blanco culminando la lectura y al retornar a casa venimos sólo con la miel en los labios.

Hay que resignarse a palpar únicamente lo que tanto se quiere conocer aun contra viento y marea. El lector le pisa los talones al

excursionista; por último, nada más que palpar de refilón, prácticamente aguaitar apenas el lugar tan codiciado por los visitantes del mundo entero —sean cristianos, de otros credos, o irremediablemente incrédulos—. Sí, por fin, frente a la gruta donde el Evangelista redactó su libro en las postrimerías del siglo primero.

Pero la memoria me flaquea, y entonces debo recurrir a un folleto turístico gracias al cual pongo en orden los recuerdos borrosos. Pues nos habíamos topado con un conjunto de edificaciones blancas e irregulares que constituyen el Monasterio del Apocalipsis; además, hay allí un racimo de capillitas. Ahora, sí, finalmente ingreso a la gruta sagrada, paso a paso, en medio de una apretada hilera de personas; allí divisamos un altar bizantino en uno de los costados y una cruz esculpida en la roca por el propio Evangelista; allí está el lugar donde él dormía; allí, la grieta por donde escuchó una voz que le decía que escribiera el libro.

Posteriormente, nos encaminamos hacia el sur de la isla, y luego de atravesar un compacto barrio de callejas y casas como siempre blancas, llegamos al Monasterio del Teólogo, que se alza en una cima, y que fue fundado en 1089 por San Cristóculo; sin duda, una fortificación muy bien amurallada, porque, en un tiempo, desde allí se gobernaba la isla. La reconcentrada visión, que provoca la visita a la gruta de San Juan, en adelante se expande recorriendo el vasto monasterio, al andar por el refectorio y la biblioteca, al contemplar los altares y los frescos, al escudriñar las diversas reliquias.

Patmos resulta un punto de tierra firme sobre las aguas del Egeo; la gruta es un punto bajo tierra, que mide un poco más de seis metros de largo y un poco más de cuatro de ancho, según acabo de leer; y, en conjunto, todo constituye el punto de partida de la fe inquebrantable, aunque uno se encuentre a flor de agua o a flor de tierra, que así nos sentimos al ir superficialmente por entre el misterio de vivir.

POMPEYA

Llegamos a la estación ferroviaria de Nápoles, tras un interminable viaje desde Pescara, en el otro confín de la península. Después, en un tren periférico, pasamos delante del Vesubio, y finalmente nos encontramos en la actual Pompeya, casi a la puerta de nuestra codiciada meta. Habíamos llegado al atardecer, de modo que tuvimos que esperar con la mayor paciencia hasta el día siguiente, conteniendo la curiosidad natural, para así retroceder paso a paso en el tiempo, literalmente sin ninguna duda.

Todo está en su sitio: el palpitante presente, acá; el misterioso pasado, un poquito más allá. Parece que hubiera una raya divisoria que a los lugareños de la actual Pompeya no les interesa cruzar, evidentemente por hallarse familiarizados a vivir allí mañana, tarde, noche. Sin embargo, en más de uno debe acicatear el recuerdo de la otra ciudad, como nos ocurre a los que venimos de remotos puntos. Es el pasado casi secreto, algo así como el claustro materno del extraordinario lugar.

Hace unos años estuve de refilón en la milenaria Pompeya, aunque en realidad con mares y montañas de por medio. En estos momentos debo recordar a Nueva York —como otras veces—, creo que con el ahínco con que los escritores modernistas del anterior fin de siglo tenían presente a París. Pues bien, reconozco que mi primera visión de Pompeya se remonta al mismísimo Manhattan, paradójicamente.

Vayamos cuanto antes al quid del asunto. Nuestra aproximación neoyorquina se produce cuando visitamos en un museo una casa de la mítica Pompeya, con su patio, sus habitaciones, su consabida pintura mural, resumiendo la atmósfera deliciosa de una residencia de veraneo burguesa de hace dos milenios, más o menos. Exactamente, una casa de Pompeya trasladada y anidada cuidadosamente en el centro de Manhattan, en virtud de la increíble técnica contemporánea en materia de reconstrucciones históricas. Naturalmente, como

es lógico, una atroz incertidumbre me congela el ánimo a estas alturas: ¿habremos visto de veras todo esto?

Qué importa lo que sea, nos aferramos a la extraña idea de que en Nueva York principió nuestro periplo pompeyano. Si bien en los alrededores se alargaba la sombra de niquelados rascacielos, sonaban sirenas ruidosas, hormigueaban muchedumbres en las amplias calzadas, sin embargo por primera vez veíamos los vestigios de la ciudad resucitada. Y, hoy, por último allí: hemos salido del hotel y en dos trancos estamos en la zona de las excavaciones, donde prolongamos nuestro anterior recorrido —no sabemos si imaginativo o real—, que hace algún tiempo comenzamos en el otro lado del mundo.

Muy temprano me encuentro ya andando en plena Pompeya. Inicialmente me veo solo a través de las rectilíneas calles, sumido en el asombro. Pero el día avanza y los visitantes aumentan, entrando y saliendo de las casas, como queriendo palpar todo con sus propios ojos. Eran turistas de muchos países; probablemente, algunos estudiosos cotejando y sacando conclusiones; y, además, los eternos forasteros metafísicos, que son pocos pero son.

He aquí estos aguafiestas. Ni se asombran sencillamente como el común de los mortales, ni disfrutan como los arqueólogos pompeyistas. Los metafísicos ensalzan la armonía de la ciudad y se figuran el gozo de sus gentes, como lo testifican las moradas, murales, baños, jardines, fuentes, anfiteatros, lupanares, negocios, aunque se torturan cavilando cómo unas 20,000 personas, casi todas devotas de la buena vida, el 24 de agosto del año 79 de nuestra era, mueren envenenadas por las emanaciones tóxicas o sepultadas por la lava del pequeño Vesubio, que se alza a escasos kilómetros de allí.

El gran metafísico avanza lentamente por la calle de la Abundancia, se pasea por el Foro —vasta plaza rectangular que es naturalmente el corazón de la ciudad—, contempla el templo de Júpiter o el templo de Apolo, visita la casa del Poeta Trágico o la espléndida casa de los Vetti, tan abundantemente decorada; y, por cierto, los lupanares también. Pero el forastero se topa con los calcos en yeso obtenidos en los huecos dejados por los cuerpos humanos, acaban-

do de tomar el último trago de la vida.; y descubre entonces que para el destino resulta una cosa inadmisibile que los pobres mortales quieran estar acá a sus anchas, con un sincero sentido edénico.

Abandonemos el tropel de los turistas; separémonos de los doctos arqueólogos con aire insuficiente porque ese día ellos eran los sabios y el resto estaba en ayunas; volvamos las espaldas también a los sensibles visitantes que rumian su tácita rebeldía ante la muerte. Admiremos no más la lección de vida de los antiguos pompeyanos patente en el orden y concierto de su ciudad; vivamos como ellos pensando en los dioses tutelares y en el gozo de vivir. Si bien, en el inconsciente del inconsciente —en los sótanos del alma—, sin duda tampoco nos resignamos como aquellos forasteros metafísicos.

RECUERDOS DE RODAS

Fue en Rodas donde compramos un pequeño rompecabezas, sumamente curioso sin duda: he aquí unos cincuenta pedacitos de cartón representando el soberbio castillo que se alza frente a la rada. Pero no me imaginé que este paciente juego sería para mí como un símbolo por lo difícil que me resulta componer los recuerdos de una visita reciente, en razón a la incalculable antigüedad de Rodas, a su importancia histórica y geográfica, que la hace inasible para quien la ha visto una sola vez, y únicamente durante una mañana y una tarde.

El visitarla así es quedarse a la postre con la miel en los labios, y entonces la porfiada remembranza se convierte en un *puzzle*, no pequeño como el que tengo en realidad, sino de un sinnúmero de piezas complicadas de armar. Esto es a causa de que Rodas fue en su pasado milenario un centro cultural y financiero clave; que reúne en su seno épocas tan diversas, y además como punto principal del archipiélago del Dodecaneso es estratégica en el Mediterráneo oriental.

Llegamos allí no hace mucho; aunque mi relación con la singular isla del Egeo arrancó antes en la mismísima Biblioteca Nacional, acá en Lima, tres décadas atrás. Mejor dicho cuando empezó mi amistad con Simmias de Rodas, poeta del siglo IV anterior a la era cristiana; pero nada menos que precursor de un estilo ultramoderno en que la disposición de los versos reproduce la forma de las cosas; en resumen, nuestro amigo ha resultado así padre de los insólitos *Caligramas*, poemas que el francés Apollinaire escribió con el fin de que se lean y también se contemplen.

Ese sábado 3 de setiembre de 1994 —según lo fechó mi esposa en sus apuntes de viaje— fue justamente cuando yo era un excursionista superficial, que no veía más allá de sus narices, y, en honor a la verdad, hasta olvidé del poeta Simmias, que se quedó en mi remota biblioteca; porque el entusiasta lector limeño era parte de la masa de forasteros que desembarcamos muy campantes como Pedro por su

casa , y uno que otro —entre ellos yo— pensando en el celeberrimo coloso de Rodas, que llegó a ser una de las siete maravillas del mundo; y por mi parte, además, me atreví a comparar en silencio que éste no había sido tan suertudo como los colosos egipcios de Memnón —hasta hoy enhiestos en Luxor—, porque en el año 226 a. de C. a raíz de un terremoto se vino de bruces y quedó en añicos.

En la mañana estuvimos por nuestra cuenta en el barrio viejo confiados en el intempestivo azar, yendo y viniendo por un laberinto de callejas, haciendo alguna que otra compra, y, naturalmente, pasando al pie de una escultura con la figura de dos caballos marinos ubicada en una placita que es el lugar más concurrido de la zona. Hacia el mediodía volvimos al barco para almorzar, y luego en la tarde desembarcamos otra vez, y, por fin ahora, seguimos las flechas en dirección a los vestigios históricos.

Estamos en Lindos en un extremo de la isla, pero para descender en las profundidades del tiempo hay que realizar una larga caminata cada vez más ascendente, porque vamos a la acrópolis donde se alza el templo de Atenea, de cara al mar, con una vista impresionante exactamente igual a la que se palpa en el cabo Sunion en la Grecia continental. Posteriormente, nos dirigimos hacia otro punto de la isla, más bien desplazándonos esa misma tarde a otro período del pasado, como que nos deslizamos de la convincente mitología griega al Medioevo, a ese Palacio del Gran Maestre, a ese hospital convertido en museo —en realidad, observándolos no más de fuera—, a esa calle de doscientos metros de largo por donde discurrieron los cruzados, y por donde camino a tientas sin saber nada de nada. De vuelta ya, alcanzamos a ver de refilón los molinos de viento también medioevales; y, más adelante, cuando el barco dejaba la bahía divisamos a duras penas uno de los dos ciervos de hierro, que fijos sobre altas columnas adornan la entrada del puerto

Rodas es poliédrica, polifacética, múltiple —digámoslo con más claridad—, según bien se aprecia; pero, felizmente, la remembranza dejó de ser un rompecabezas; claro está, lo vivido aquel día se me agolpa del modo más simple aunque esto me es suficiente por ahora. Hoy, en casa, me acabo de reencontrarme con Simmias de Rodas,

quien se quedó aquí alojado con sus poemas de tipo visual tan similares a los que escribió Apollinaire en el siglo XX. Lamento sobremanera de no haberme hecho acompañar de Simmias cuando estuve en el templo de Atenea; sin embargo, espero volver allí —por cierto, es mucho pedir— para rastrear ante todo las huellas de mi buen amigo.

REMORDIMIENTOS DE UN VIAJERO

El que viaja y el que no viaja viven experiencias naturalmente distintas. Son cosas diversas el irse a un país lejano y el quedarse en un mismo sitio. Allá, las andanzas por encima de mares y montañas; acá, la permanencia incluso a veces entre cuatro paredes. Los viajes son el reverso de la inmovilidad. Sin embargo, lo uno y lo otro constituyen las dos mitades de una misma esfera, que no es nada más que la propia existencia humana.

Volvamos de inmediato a los viajeros y a los sedentarios. Lo mejor es que nos socorran con el ejemplo de sus biografías un par de escritores hispanoamericanos, que vivieron en los mismos días: el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927) y el peruano José María Eguren (1872-1942), aparentemente qué distintos. Para mí, escritores de veras entrañables, a quienes nunca dejo de recordar. Es ésta la razón porque están aquí en un espacio y tiempo hipotéticos. Ambos son como buenos árboles, y como tales dan buena sombra; por ello, los traigo ahora del remoto trasanteayer, y enseguida vuelven a palpitar en las inmediaciones.

En una noche de noviembre último, encontrándose en Roma, Gómez Carrillo decidió subir de improviso la infinita escalinata de la Basílica de San Pedro y San Pablo, que se alza en el moderno barrio de EUR, y que data de la época mussoliniana. En varias oportunidades, había pasado por las inmediaciones del monumental templo, divisiéndolo a lo lejos; finalmente, esa vez emprende la subida. Pocos días antes, justo en un sitio distante de Roma, había estado también ascendiendo, no una larga escalinata sino la colina que está en el centro de Egina (la isla más próxima a Atenas), con el exclusivo fin de alcanzar los numerosos temples, solitarios, abandonados, que están allí como metidos en la roca viva.

Entre el barrio de EUR y la isla de Egina, exactamente entre uno y otro ascenso, los gusanos del remordimiento de súbito han comenzado a roer el alma del andarín impenitente. Pero ¿por qué le

sucede esto a Gómez Carrillo? Le bulle la idea de que no merece en lo absoluto estar con un pie en el estribo (es decir, a punto de viajar), queriendo siempre ver mundo, realizando viajes redondos como el que ahora hace. De repente, al ir en pos del empinadísimo templo romano, piensa en un hermano espiritual suyo, en Eguren, que nunca pasó los confines de Lima.

El elegante cronista guatemalteco queda desmadejado al recordar emotivamente a Eguren, que está en el otro lado del planeta, tal vez saliendo muy temprano de su casa en Barranco para ir a campo traviesa hasta la Lima antigua, y cumplir sus tareas de modesto bibliotecario en el Ministerio de Educación. En el fondo de todo, al poeta simbolista le importa un bledo de que las puertas de su ciudad natal —naturalmente por un mandato divino— estén para él cerradas a piedra y lodo.

El sedentario Eguren es un viajero imaginario, como pocos lo han sido. No necesita salir de su cuarto para ir a otras tierras. Aunque no escriba todos los días, sin embargo no hay día que no cruce mares y montañas en el coto de la mente. Así suele vivir todas las épocas —hoy, ayer, trasanteayer—; así, recorre todos los lugares y, más aún, por su firme estirpe simbolista, llega al extremo de poner el mundo visible al servicio de lo invisible.

Gómez Carrillo piensa en Eguren, y en esos instantes en que sube la escalinata de la basílica de EUR, pronuncia en su reino interior un mea culpa, ya que se siente culpable de que su hermano no viaje nunca. Los antípodas se aproximan, los contrarios dejan de serlo. El uno está en Roma y Egina, el otro en Barranco; el uno es un viajero real, el otro un viajero imaginario. Sin duda, Eguren y Gómez Carrillo saben bien que el mundo y la mente es una sola cosa. Esto último quizás hay quienes no lo entiendan y lo consideren un disparate; aunque, por fortuna, en ello sí creen ambos escritores a pie juntillas. Pues están allí a sus anchas, en su propio elemento, cada cual en lo suyo.

ROMPECABEZAS

En los alrededores diviso un rimero de rompecabezas o *puzzles*, y en honor a la verdad sin comerlo ni beberlo. Son grandes —hasta más de dos mil piezas—, por lo tanto complicadísimos de componer. Pero desde hace no mucho veo un par de *puzzles* chiquitos, y debo confesar enseguida que uno lo compré yo con el mismo entusiasmo de los aficionados a este pasatiempo; naturalmente, debería intentar armarlos, si bien prefiero enlazar las palabras que al trote me inspiran sus figuras reconstituidas por manos ajenas.

Uno representa la isla griega de Rodas; el otro, una vista de Venecia captada meticulosamente por Canaletto, pintor del siglo XVII, quien allí vio la luz. Son más pequeños que los tradicionales y lucen imágenes tan especiales —que para mí lo son—, que de súbito nos parece que dejarán su propia condición como es el de ser unos prosaicos juegos destinados a matar el tiempo, o entretenernos, e incluso relajarnos, como reconocen sus adeptos. Entonces es el caso que el rompecabezas común alcanza otra dimensión: es el *superpuzzle*, el *puzzle de puzzles*, y, en resumidas cuentas, sendos resortes que nos impulsan a pensar en las figuras que representan. En consecuencia, al observarlos perfectamente ensamblados, el de Rodas cómo satisface al viajero tenaz y el de Canaletto al devorador de cuadros.

Sí, en efecto, allí están puestos sobre nuestro escritorio, uno al lado del otro; no atino a decir nada más que «¡Sésamo, ábrete!». Y de nuevo visitaré ese punto de la ribera de Rodas reproducido en el rompecabezas; y otra vez contemplaré la escena veneciana de Canaletto, que hace poco descubrí en el Museo Thyssen de Madrid (donde tan campante compré el *puzzle*). Vuelvo pues cuidadosamente sobre mis pasos evitando que los trocitos se zafen del lugar que les corresponde. Lentamente me encamino hacia Rodas y paso delante del castillo fortificado con tres torres y una muralla contigua; después regreso al lejano museo exclusivamente a contemplar el cuadro de Canaletto, en cuyo fondo se aprecia el *bucentauro*, ¡ojalá que no me

equivoque!, nada menos que una espléndida nave de cuarenta remos y con guarniciones de oro, que se utilizaba en la ceremonia simbólica de las nupcias de Venecia con el mar.

Las esencias vienen en frascos chicos, que así lo demuestran los rompecabezas de sólo una cincuentena de piezas menudas. Dejan de ser un entretenimiento intrascendente, ya que al verlos se convierten en pasarelas o escalas para codiciar lo que allí está representado; porque este Canaletto es el pintor de las vistas urbanas, que cada vez queremos conocer más; y Rodas, allá en el mar Egeo, que lamentablemente la visitamos en un santiamén, es la isla a la que quisiéramos retornar.

En las últimas horas vengo recordando el cuadro de Braque inspirado en el juego de billar, y, aunque en cierta ocasión, escribí unas palabras acerca de dicha pintura, sé bien que nunca puedo lograr una carambola. Y también nunca tendré la suficiente paciencia de armar estos trocitos de cartón recortados caprichosamente; pero, por suerte, alguien lo ha hecho por mí, y entonces de nuevo he enfilado hacia Rodas y donde Canaletto.

SANTA ROSA EN FLORENCIA

Las casualidades son una grande y tupida malla, porque literalmente se entretejen. Invisibles como el envés de la materia (o el más allá), sutiles como una filigrana de oro, inesperadas como un rayo, sin embargo perceptibles por aquel que está siempre con los sentidos fijos en el azar objetivo. Aunque muchas no gravitan en nada, todas absolutamente poseen un significado especial. Lo máximo estriba naturalmente cuando las extrañas casualidades influyen, sin más ni más, en el destino de una persona; pero en rigor no es necesario de que los hechos fortuitos sean cosas trascendentales.

El año pasado, iba y venía por determinadas calles y plazas de Florencia, como si empequeñecido discurriera por la palma de mi propia mano. Inexplicablemente, nunca llegué en esa ocasión al Palacio Pitti, creo que ni siquiera a sus alrededores. Por cierto, al retornar me preguntaron si había estado allí, y en realidad lo confundía con la Galería de los Oficios; sin duda, la más torpe de las equivocaciones. No era otro que un forastero atolondrado, cuya borrosa visión no distinguía cuál es cuál entre los monumentos, seguramente cegado por el resplandor de la ciudad.

Estoy ahora de nuevo en Florencia, y por fin arribo al Palacio Pitti, según parece de conformidad al misterioso plan, que tal vez haya dispuesto de que hoy vaya a ese lugar y de ninguna manera ayer. Estaba perplejo por haber soslayado tan linajudo punto, como postergando adrede la visita para otra oportunidad más propicia. Porque es así que el inasible e insospechado azar me conduce a la mansión de los Médicis, guiando mis pasos a lo largo de la pinacoteca, que como una cornucopia rebosa cuadros inmensos y pequeños, de los más variados asuntos y escuelas.

Repentinamente me encuentro ante una pintura más bien chica, en que asoma la pálida y ojerosa cara de una muchachita, que he visto toda mi vida. Es Santa Rosa de Lima (1586-1617) luciendo su figura humana coronada con una diadema de flores; y que ha brota-

do de la suave paleta de Carlo Dolci (1616-1686). Por las fechas, que aquí vemos, da la impresión de que el maestro florentino hubiera escoltado el tránsito terreno de la dominica limeña. Además hay una curiosa simetría, como es el hecho de que Dolci se va de este mundo justamente a los cien años del nacimiento de Rosa; y, en consecuencia, el actual año resulta la efemérides de uno y otro.

Es una tamaña ingenuidad creer que las casualidades cronológicas se hayan concertado para que recién visite el monumento florentino. Lo real es que me hallo en pleno cuatricentenario de la santa, precisamente ante su imagen, que aparece ante mí cuando menos yo pensaba. Equivale como encontrar una joya, una perla, ya que es el mismo rostro de mi madre adolescente, algo pálido y ligeramente ojoso, que a su vez aparece en el álbum familiar. Por entre dioses mitológicos, ninfas y pastores, soberanos y guerreros, el inesperado reencuentro con algo entrañable. Nada más que un cuadro chiquito, exactamente como una gota en un océano de pinturas colosales, famosas y deslumbrantes.

El azar objetivo es extremadamente cuidadoso, puntual y preciso en urdir los hilos del hecho fortuito. Pone quizás un delicado toque para que el forastero despistado, al poco tiempo desande lo andado antes, vuelva sobre sus perdidos pasos, y alcance el punto adonde debió ir al comienzo. Llegar finalmente al Palacio Pitti, descubrir a la humildísima Rosa en la villa de los Médicis, y todo en el año en que más se le recuerda. Es como si la visita hubiera sido aplazada, para que el encuentro con la pintura de Carlo Dolci, coincidiendo con el cuarto centenario de la santa, posea el halo imborrable del azar.

TODOS LE VUELVEN LAS ESPALDAS

El pintor Donato da Montorfano lleva a una ineludible reflexión. En realidad, resulta el blanco del desdén más helado, tal como lo hemos podido comprobar en estos días. Nadie contempla lo que él ejecutó con tanto esmero, talento y devoción, sobre una de las paredes del refectorio de los dominicos de Santa María de las Gracias, iglesia situada en Milán. *La Crucifixión* —es el vasto mural que Da Montorfano pintó allí a fines del siglo XV— ha quedado enhiesto, incólume y nítido pese al tiempo transcurrido y a los embates de las guerras, tan implacable lo uno como lo otro. Sin embargo, a nadie le importa un bledo esta obra, y todos maquinalmente pasan de largo; el mundo entero clava la mirada en la pared de enfrente, como atraído por un imán.

En el antiguo comedor de los dominicos se desarrolla puntualmente un doloroso episodio provocado por el destino inexorable que deben encarar los artistas. Los visitantes cruzan delante del mural sin echarle siquiera una mirada; siguen de frente hasta quedar estáticos ante la pintura que está al otro lado. Pero ¿quién es el vecino del desdeñado Da Montorfano? Ni más ni menos, Leonardo da Vinci, quien a su vez pintó allí *La Última Cena*.

Las postrimerías de Jesús dan vida a los sendos murales, que, por hallarse cara a cara, revelan claramente cómo es la desigual suerte. Porque, en fin de cuentas, todo se reduce a una corriente inicial de preferencias y rechazos, lo que termina encarnándose en la gloria y el olvido sempiternos. Justamente, esto se palpa con suma facilidad, como muy pocas veces, en el refectorio de Santa María de las Gracias.

En esta ocasión acudí exclusivamente por *La Última Cena*. Era la segunda vez que iba, y hoy tengo que confesar la pura verdad: no recordaba que también estaba allí *La Crucifixión*. Veo que me he comportado a semejanza de todos, y que al pobre (pero grande, sin duda) Da Montorfano le había yo vuelto las espaldas en la ocasión anterior. El mural de Leonardo reinaba en el refectorio, si bien lucía

medio borroso y al parecer hasta con grietas; la admiración se mezcló con una mayúscula inquietud por su deterioro. Veo igualmente que somos un ser poco consistente y que la grandeza del arte y el fulgor de la gloria terrenal nos encandilan hasta cegarnos, hasta no poder apreciar lo que palpita en los alrededores. Por segunda vez he tenido que ir hasta allí, para darme cuenta finalmente de que está asimismo *La Crucifixión*.

Pero ahora se hace más notorio el infortunio de los olvidados, e incluso resulta más patético que antes. El refectorio parece un prosenario donde se desarrolla en silencio un drama humano (que en realidad lo es, aunque esto suene a tremendismo). El mural de Leonardo, que andando los siglos terminará estropeándose, en la actualidad está siendo retocado meticulosamente, por cierto con técnicas mucho mejores que las restauraciones anteriores, a las que en el pasado fue sometido. Por eso, hoy se encuentra cubierto por un abigarrado andamiaje; y, justamente aquel día una joven restauradora estaba como en volandas, sobre unos de los andamios, empeñada en resanar las grietas y restituirla tonalidad que tuvo el mural al ser pintado por Leonardo entre 1495 y 1498.

En consecuencia, casi nada se podía divisar de *La Ultima Cena*. Pero, no obstante las circunstancias, los visitantes como una caravana de robots cruzan el refectorio y tratan de acercarse en lo posible y palpar con los ojos alguna pizca del famoso mural. Aunque me he equivocado: más bien parecen peregrinos que van directamente a un santuario: la obra maestra se torna como una cosa sagrada no por su tema teológico, sino por el inmenso entusiasmo —exactamente similar al fervor religioso— que despierta su sola presencia. El fervor de estos peregrinos sui géneris, procedentes de muy diversos países, no se amengua un ápice, aunque poco o nada puedan contemplar por entre los andamios.

No sabemos cuándo fue retocado *La Crucifixión*, o si lo harán próximamente. Entre tanto, el mural de Da Montorfano está allí tras haber sobrevivido, literalmente por milagro, a los bombardeos de 1943, según lo atestiguan las fotos que se exhiben. Sin embargo, casi nadie le hace caso, pues está sumido en la mayor de las orfandades,

como un aborto de la naturaleza. Evidentemente, la indiferencia, el rechazo, el olvido constituyen cosas muy dolorosas en la vida transitoria o en la posteridad. Donato da Montorfano nos lo dio a entender esta mañana.

TRES TORRES

Los cien años de la Torre Eiffel resultan un acicate. Pero no para pensar en la de Babel, tumultuosa siempre; ni en esa torre edificada en marfil, ya que ambas torres están al alcance de la mano. Desde hoy, algunas torres recién vuelven a ser recordadas. El cumpleaños de una de las más famosas —la que se yergue frente al Sena— tiene, pues, la virtud de reunir las en la memoria de los viajeros que rumian con detenimiento sobre ellas y llegan a la conclusión de que están vinculadas a una etapa particular de sus vidas.

Tres torres quedan en la cuenta final. Naturalmente, no priman las precisas consideraciones del perito: ni arquitectura, ni paisaje, ni configuración urbanística; ni son divisadas como masas verticales, dinámicas, con tendencia ascensional; ni como victoria del espíritu sobre la materia, ni tampoco como escala entre el suelo y el cielo. Únicamente, la torre en relación a una determinada experiencia vivida; surgiendo, ni más ni menos, desde el reino interior.

En un comienzo, en lo recóndito, la Torre Eiffel; más adelante, La Giralda; y, como una imagen que sigue fresca, un minarete de Nueva Delhi. De modo inesperado en el horizonte, en épocas lejanas entre sí, matemáticamente como las estaciones del tiempo. Por tal motivo, este trío de torres, ahora recordadas con vehemencia, parecen hitos exactos en el curso de un largo viaje que continúa contra viento y marea.

En el mismo umbral de sus días, los forasteros aún pequeños en compañía de sus padres salen de un hotel de la avenida Kleber, donde las vidrieras de las tiendas están hechas trizas por los mítines políticos de las vísperas; y, finalmente, llegan a la Torre Eiffel. Ascienden nada más que al primer piso; desde el cual observan asombrados la ciudad y compran un alargado álbum de vistas panorámicas, que les ha sobrevivido por medio siglo, ni apolillado ni amarillento. Es la torre de la jornada inicial, cuya alegría de esa fecha nunca se repetirá, aunque retornen muchos años después y suban entonces hasta el ápice.

Poco antes de coronar la mitad del itinerario, en plena primavera, los viajeros visitan por primera y única vez Sevilla. Allí, junto a la catedral, La Giralda, la torre cuadrada construida por los árabes entre 1184 y 1196, a la vez que inundaban los aires con las voces de su lengua, que por millares se anidarán en el español. Antes, minarete de una gran mezquita; posteriormente, ésta fue derribada y aquélla en cambio respetada. La puerta de entrada es pequeña y se sube a través de rampas. De un solo tirón los jóvenes visitantes se hallan arriba; nada saben del Islam, ni se figuran que la existencia es breve.

Pero los años pasan inexorablemente, aunque con la fortuna de volver a la ruta del Islam. En horas del atardecer, en Nueva Delhi, los impenitentes andarines, ahora ya canosos, divisan el Qutb-Minar, parte de la mezquita que el primer sultán de la India edificó dentro de su poderosa fortaleza. Este minarete —más elevado que la Giralda, más pequeño que la Torre de Eiffel— fue construido entre 1199 y 1230, sobre vestigios hindúes, con formas y ornamentos musulmanes. El Qutb-Minar está cerrado, pero hay alguien que cree que esto es el presagio de que volverá y entonces podrá subir.

Las tres torres, cuya arquitectura, orígenes y lugares tan diferentes, como el día y la noche, fueron vistas cuando niño, joven y maduro. Hoy son inalcanzables y sólo están en la memoria de los viajeros. Sin embargo, existen otras en cuyo seno incluso ellos habitan. He aquí la bíblica torre de Babel, donde nadie puede entenderse por el desorden reinante. Además, aquí y ahora, la torre de marfil, entre cuyos ebúrneos muros hay quienes leen, escriben y vuelven las espaldas a la de Babel, y sueñan con las torres del alma y de toda la vida.

VAN GOGH HIPOTÉTICO

Esas imágenes de la vida prosaica cómo deslumbran a quien las contempla en los cuadros de Vincent Van Gogh. Allí están las personas simples, las cosas insignificantes. En el fondo, palpita el deseo que hace hermoso lo feo. En el caso complejo del pintor holandés, probablemente constituye el voraz deseo de vivir, que se manifiesta —sin lugar a dudas— en su voluntad de hierro para crear. Esta actividad superior del espíritu la cumple incansablemente en poco menos de diez años. En sus difíciles comienzos, cuando decide ser pintor, vislumbra su futuro con rara clarividencia: «He caminado en esta tierra 30 años y por gratitud quiero dejar un recuerdo en forma de dibujos o pinturas, hecho no para complacer un gusto artístico determinado, sino para expresar una genuina emoción humana».

Quizás a Van Gogh no se le pasó por el pensamiento pintar figuras míticas como algunos artistas anteriores a él; sin embargo, hoy por hoy, su vida y obra son un mito. Es el creador extravagante, extraño entre los extraños, que ahora resulta un fabuloso clásico moderno, incluso una leyenda internacional. Está aquí y allá, y parece ser uno de los pintores predilectos de la familia humana. En particular, hasta hay quienes lo aman más que a su propio padre; o bien creen ser exactamente como él.

Pero existe de todo en la viña del Señor. Pues por allí va el feliz contemplador desaprensivo quien dice a *sotto voce* que no hay mal que por bien no venga, tras visitar el resplandeciente Museo Van Gogh en Amsterdam, consagrado a la memoria del pintor. Pensar de tal modo es como creer, con un cierto cinismo, que valió a la postre que el destino arrojara en la cara del artista un puñado de cal viva, que sea una víctima del demonio del arte, y que abandone el mundo finalmente no ileso, no descansado, sino herido de un balazo en el pecho, que él mismo se lo disparó apenas a los 37 años de edad.

En realidad, muchísimo mejor es pensar que hubiera sido preferible que Van Gogh —ahora el más cotizado de los pintores— tu-

viera una existencia absolutamente distinta: ser amado por las mujeres; no ser predicador entre mineros y obreros, sino retratista en una corte europea, o embajador como Rubens; no pasar los días bajo el amparo de su hermano Theo, sino en cambio velar por él como primogénito que era; en fin, no la locura sino la razón administrando su reino interior.

«Por mi trabajo arriesgo mi vida, y mi razón, medio destruida...», lo confiesa Van Gogh. Pero, a cien años de su muerte ocurrida el 27 de julio de 1890, seguramente hay quienes quisieran que tan admirable legado pictórico no hubiera tenido la correlación de una vida que llegó a los límites del dolor. Es aquel Van Gogh conjetural, hipotético, que hace unos instantes por primera vez lo hemos imaginado contra viento y marea. Digámoslo, aunque sea ingenuamente, que la pena absoluta no debe tener el privilegio de la gran obra. La felicidad terrenal merece de veras una conjetura.

Van Gogh fue retratista, paisajista y pintor del ambiente cotidiano. Acostumbraba a aferrarse al mismo tema; por ejemplo, se hizo varios autorretratos, o se inspiraba en la prosaica silla hogareña. En efecto, la de su amigo Gauguin (con quien terminó trezándose en una riña casi mortal), y su propia silla. Las describe en carta a su hermano Theo, y dice que aquella en que se sienta Gauguin posee un efecto nocturno, y en cambio la suya un efecto diurno. La primera es una silla de brazos —un verdadero sillón—, en cuyo asiento hay una vela y un par de libros; la segunda simplemente es de paja y madera y no tiene brazos. Por un lado, el sillón de Gauguin, invitando al sosiego, a sentarse a sus anchas allí; por otro, la silla de Van Gogh, como destinada a un cura de pueblo, un sembrador de papas, un lisiado de por vida.

Persistimos en conjeturar a Van Gogh, y ahora sí lo vemos sentado en el cómodo sillón de Gauguin, en una noche de otoño, rodeado de nietos, en la primera década del siglo XX. Disfruta de días apacibles y del triunfo de la escuela expresionista, que sin pensar la impulsó hacia delante. En las paredes de la tibia sala, hay varios dibujos y pinturas de él, entre los que destaca un autorretrato con la habitual mirada penetrante, naciendo de dentro hacia fuera, pero ya no

desde el centro tenebroso del alma, sino del jardín de las delicias, que todos los humanos también llevamos dentro.

VER A VERMEER

Ese día en La Haya había un tático santo y seña; era el sábado 25 de mayo pasado cuando numerosos turistas venidos de muy lejos convergían con los residentes locales bajo una consigna común: ver a Vermeer. No obstante la lluvia y el frío, enderezaban sus pasos hacia el Museo Mauritshuis con el único fin de visitar la exposición del pintor holandés Johannes Vermeer, de quien se venían exhibiendo 22 cuadros casi todos procedentes de otras pinacotecas del mundo.

Era, pues, un tático santo y seña guiando a propios y extraños al parecer familiarizados con el artista, quien opera como un verdadero imán en ellos. Lo demuestra perfectamente aquella señora inválida que en la zona de estacionamiento es ayudada a bajar del automóvil por su esposo e hijos, que la ponen en una silla de ruedas. En efecto, minutos después aparecían en el museo.

Lamentablemente, Vermeer vive poco tiempo —nace en 1632 y muere en 1675—; ejecuta sólo 33 cuadros, de cuya autenticidad ya nadie duda; además, nunca sale de su natal Delft, donde tempranamente se casa y llega a tener hasta 11 hijos. Por otra parte, en la exclusiva historia del arte comenzó como un semidesconocido —así fue también en vida—, pero en el siglo XIX su mala estrella cambió de improviso; en fin, hoy por hoy, según se aprecia en el museo de La Haya ha resultado siendo un pintor popular. Pues los sesudos estudiosos lo aprecian sin reservas; desde luego, también los otros, que son la mayoría de sus devotos: aquellos que lo han conocido en los diversos museos y aquellos que resignadamente lo conocen a través de las reproducciones gráficas. Sea como sea, es ahora la niña de los ojos de todos.

Los dos tercios de la obra de Vermeer están desplegados en cuatro salas del Mauritshuis, frente a los espectadores que a duras penas pueden circular porque ellos se hallan apretujados como en una procesión religiosa, tratando de ponerse de puntillas o fijando la mirada por encima del hombro de quien está delante. En realidad, cada cual

lleva un cuadro en el fondo del corazón; por ejemplo, algunos admiran *La lechera*, otros *La encajera* (en buen romance, la que realiza encajes); o esa serie de hijas de Eva, presentadas de maneras diversas, que son 19 los personajes femeninos que él pintó.

Naturalmente, a estas alturas, la pregunta inescapable: ¿cómo Vermeer coronó su estilo que despierta ahora tanto entusiasmo? De los temas religioso y mitológico —justamente son así sus tres obras juveniles— evoluciona hacia la pintura de género muy en boga en el Siglo de Oro holandés, que es la que representa escenas de costumbre o de la vida común; y allí entonces del par de vistas exteriores —una callejuela, una imagen de Delft— el espectador pasa a esos interiores que Vermeer ejecutó obsesivamente, como queriendo desentrañar lo cotidiano y prosaico, mejor dicho, idealizándolo.

Lo suyo es una pintura narrativa, realizada con exactitud matemática, con precisión fotográfica; pero se conjuga muchas veces con un simbolismo sutil referido en particular al tema amoroso, o bien se inclina conscientemente por la alegoría como en las composiciones dedicadas a la fe religiosa o al arte pictórico. Enseguida no dejemos de decir, aunque sea un jarro de agua fría para los amantes de la originalidad, que Vermeer solía imitar a sus coetáneos cultores de este arte intimista, o reproducir un cuadro ajeno dentro de su propia composición; o incluso no tenía empacho de repetir los mismos temas.

Esto último es una digresión que, lógicamente, les entra por un oído y les sale por el otro a los visitantes que han vencido mil obstáculos para llegar al Mauristhuis. He aquí entonces que los espectadores se asombran ante la boda estilística de la luz y la perspectiva, pero ¿qué significa ello? Ni más ni menos, la luz entrando por una ventana situada a la izquierda, como santificándola, porque es la pura vida; en tanto lo otro —es decir, la precisa perspectiva— parece una invitación para que el espectador pase al interior de la habitación.

No hay que ser zahorí para pensar que ese día entre la multitud que colmaba el museo tal vez algunos gustosamente hasta se hubieran convertido en secuaces de Caco, como que, al menor descuido de los vigilantes del museo, se llevarían a escondidas su obra predi-

lecta; sin embargo, se dan cuenta que es una idea descabellada y optan entonces por colarse mentalmente dentro del cuadro. Así, pues, van directamente a las escenas interiores, y entran allí aprovechando la luz y la perspectiva; porque si es hombre quiere también competir con el oficial que corteja a la sonriente muchacha, o si es mujer quiere asimismo recibir una carta de amor.

VIAJE A TRAVES DEL OTOÑO

Sugiere muchos pensamientos aquello que se ve entre Hartford y Storrs, en el breve camino que une a estas pequeñas ciudades de la región norteamericana de Nueva Inglaterra. El tramo seguramente se queda anidado en la memoria de cualquier forastero que por primera vez llega. No es una simple ruta que conecta dos puntos, sino algo mucho más. Las impresiones iniciales no se extinguen, y en cambio lo percibido allí se multiplica, da rienda suelta a cosas sin duda impensadas.

Por lo pronto, salta a la vista la coherencia de mi viaje, porque de manera natural, fluida, lógica discurro por esos parajes. Antes, en el museo de Hartford, ya me había topado sorpresivamente con la pintura *El otoño en el pueblo*, de Marc Chagall, cuyo curioso mundo lo tenía harto presente, pues por esos días había escrito sobre él. Desde luego, como acostumbra a pintar Chagall, una apretada pareja de enamorados en volandas, mejor dicho, tendidos sobre la gran copa de un árbol. El cuadro aún palpitaba en mi retina, cuando poco después iba a ver un follaje parecido, y quizás más impresionante, yendo hacia Storrs.

El mundo se convierte ahora en un albergue enramado. Me imagino viajar por debajo de un dosel tejido de abundantes hojas amarillas como el oro. Este azafranado toldo resulta tan espléndido, que me recuerda en cierta manera las *shamyanas* hindúes. Dosel de doseles, *shamyana* máxima —así se llaman los doseles en lengua hindi—, pues es obra de la mismísima naturaleza. Bien vale usar aquí el vocablo exótico: el follaje es como un pórtico por donde se entra al seno del otoño, que además constituye la estación predilecta de los modernistas. Nuestros escritores del anterior fin de siglo, en efecto, idolatraban el otoño y soñaban a la vez con el Oriente, hasta con los ojos abiertos.

La inesperada ruta pone en evidencia otras cosas. Las estaciones del año han simbolizado las fases de la edad humana. Lo otoñal —autumnal según el adjetivo preferido de los modernistas— suele ser

representado como algo sombrío y, además, ligado siempre al crepúsculo. Es ésta la alegoría de la madurez humana, pero acompañada obsesivamente por la idea del final absoluto. Es la estación de los balances existenciales, de la cuenta del mal, de las añoranzas de la primavera no vivida y la convocatoria de los últimos bríos para disfrutar la luz del ocaso. Probablemente se usurpa al invierno su papel de introductor al más allá.

Al parecer no todo es así. El fugaz paso por Nueva Inglaterra, discurriendo por debajo de un dosel, toldo o *shamyana*, tejido por los más compactos follajes, me reveló otra dimensión del otoño, literalmente su otra cara, que hasta entonces la había percibido de modo borroso. De vuelta de mi viaje, hurgo entre rimeros de libros caseros un pequeño diccionario de iconología, que con particular satisfacción poseo desde hace algún tiempo. El otoño está alegorizado por la diosa Pomona —divinidad romana protectora de los árboles frutales—, coronada de pámpanos, con un racimo de uvas en una mano y en la otra un cuerno de abundancia rebosando frutos. Además se dice que es la edad viril del año, porque en ella maduran los frutos de la tierra.

Acá, en Lima, las estaciones apenas tienen fronteras y en consecuencia los ojos corporales casi nunca pueden divisar el otoño. Pero en cambio sí los ojos espirituales de algunos hombres y mujeres suelen descubrirlo en su propio reino interior. Este puñado de personas lo siente dentro de su ser y durante la estación otoñal está en su salsa. Por mi parte, con los ojos corporales, acabo de ver que, por ventura, de ningún modo resulta el tramo final. El follaje dorado es un evidente indicio de que la vida terrenal no acaba allí sino que empieza. Asimismo, con los ojos espirituales (que también creo tener) alcancé a ver, esa mañana viajando a Storrs, una pareja de enamorados volando o echados sobre la cima de un árbol, exactamente como en la pintura de Chagall.

VIEJOS EN FERRAGOSTO

Es el otoño metido en el verano, si es que lo dijéramos figuradamente; o de modo más directo y diverso: he allí la tercera edad vivita y coleando en el verano de Italia, donde justamente el mes de agosto constituye el momento central de esta estación. Recuerdo pues ante todo, no los felices mortales que viajan puntualmente en esa época del año a los lugares que prefieren para estar allí a sus anchas, sino a ciertas personas, sin duda también felices como aquellos, aunque suelen permanecer clavados en los puntos en que residen.

Sin proponérmelo, sin darme cuenta de cómo iba a ser mi vida en el pasado agosto, me ví de pronto al igual que uno de los miles o millones de veraneantes, en medio de unas vacaciones para mí de veras inusitadas; fue entonces que de súbito, en los comienzos de la larga y variada excursión, nos topamos en la autopista con un peliagudísimo embotellamiento a lo largo de kilómetros y kilómetros, durante horas y horas; exactamente, como si todo el mundo se hubiera volcado rumbo a las costas del Tirreno. La interminable caravana de autos iba a su destino, según parece magnetizada.

¿Qué es lo que sucede allí como en el resto de Italia?, ¿qué nos hace desplazar tan febrilmente esa mañana? Es el Ferragosto, un verdadero santo y seña, una especie de jábrete, Sésamo!. Estando allá no averigüé sus orígenes; naturalmente, hoy poco he podido rastrear, porque sólo sé que es una tradición que nace en la Roma antigua, a partir de las fiestas del dios Conso —identificado con Neptuno—, que posteriormente se celebran en honor del emperador Augusto, como *Feriae Augusti*; (que, según vemos, de allí el nombre del archipopular Ferragosto); por último, nuestra Iglesia conmemora el día 15 de agosto la elevación al cielo de la Virgen María.

Es la pesquisa de un casual excursionista, que está muy agradecido por haber gozado de sus vacaciones y a la vez asimilar la lección que le dieron los súbditos del otoño, esos convidados de piedra en el juvenil reino del verano. Que recién he llegado a lo que quería contar,

como que todos estos rodeos eran para traer a colación un recuerdo específico. Es la otra cara del Ferragosto, sí pues, muy escondida.

Helos allí, en la cima de la edad, que ya nada le piden a la vida, sentados en los bares o restaurantes de las pequeñas ciudades, como entornillados en sus asientos, a orillas de una calle importante, y adonde acuden día a día como cumpliendo con un ritual. Forman parte del paisaje urbano, estos lugareños que han quedado en casa, en tanto que su familia se ha ido de veraneo, dejándolos quizás al cuidado de los gatos, los perros y las plantas. Están todos con la piel tostada por el sol canicular, casi todos con bermudas y claras camisas de mangas cortas; juegan a las cartas, conversan sobre política, deportes, o de otros asuntos intrascendentes.

Prácticamente, entre las variadas y múltiples imágenes de iglesias y palacios, calles y plazas, pinturas y esculturas, la visión de estos especiales contertulios la tengo imborrable, ya que no hubo día en que no los dejo de observar, aunque sea de refilón, cuando cruzo sucesivamente a través de diversas localidades. Por cierto, resulta más o menos parecido en otras latitudes, pero el Ferragosto, que moviliza a tantas personas, pone en evidencia con más énfasis lo que estamos descubriendo.

Pienso ahora que no sé dónde se encuentra la felicidad; por ejemplo, si estuviera residiendo allá en Montepulciano —uno de los primeros puntos a los que llego en Umbría—, no lo sé si allí quisiera ser un fiel contertulio de mis plácidos coetáneos; o bien devorar como un caníbal los versos del renacentista Poliziano, escritor que nació en ese lugar. Que no sabremos nunca, Dios mío, por dónde anda la felicidad terrena.

VISITA AL GRAN BAZAR

Principió todo al visitar la mezquita de Solimán y las vecindades de la universidad próxima al templo. Inmediatamente luego, por primera vez, pasamos delante del Gran Bazar y, aunque seguimos de largo, se pudo ya vislumbrar lo que allí reinaba. A la verdad, ninguno quiso entrar porque en esos momentos el afán mayor era pasear por la ciudad, donde recién poníamos los pies. Ni una palabra dijimos, aun cuando en silencio se convino en que pronto volveríamos.

En particular, para mí no me resultaba extraño el nombre, que es de origen persa, como siempre lo supe por los diccionarios de casa. Igualmente, en otros tiempos, en otro lugar —en mi ciudad natal— había tiendas pequeñas y medianas, diseminadas en la zona vieja. Eran los bazares japoneses, según recuerdo, repletos de ropa y lencería, artículos de tocador y juguetes. Un cierto exotismo, un incipiente japonésimo engastado en pleno barroco americano. Pero, en la otra parte del mundo, es muchísimo más que una simple tienda: exactamente, un mercado público.

Dos o tres días después, nos encaminamos en pos del paraje magnético. Nunca antes había ido con los míos a un mercado. Y esto me ocurría en Estambul, no en alas de la quimera sino en la misma realidad. Al evocar hoy el episodio no cejo de figurarme disparatadamente, por cierto, que Boscán —poeta español del siglo XVI— quizás soñó que estaba viajando desde Barcelona a tierras sarracenas, que están al frente, para ir de compras a un zoco en compañía de los suyos. Pero hasta aquí la forzada digresión; en seguida retomo el recuerdo personal imborrable.

Por fin, en el Gran Bazar, al atardecer; sin más rodeos, con mi esposa e hijas, entro en el gentío que hormiguea. El pater familias, con su gente, satisfaciendo el propósito natural de llevar a casa una prenda, una pequeña cosa típica. En un extremo, la experiencia doméstica, simple, como una estampa realista y racional. En tanto que en el otro punto, en los confines del reino interior, la pura ensoña-

ción del viajero imaginario que, sin salir de sus aposentos, puede llegar a creer que está contemplando la silueta de las mezquitas desde la parte alta de Estambul.

Ya dentro caminamos con lentitud por una galería que se bifurca en largos corredores. En el bazar al parecer mezcladamente se exponen las cosas más variadas, aunque desde luego hay un tácito orden y concierto. Los vendedores batallando entre ellos, ofreciendo sus artículos, que se van multiplicando al infinito de escaparate en escaparate. Pero la visita hay que completarla, y posteriormente vamos a otro lugar también ineludible, como es el Bazar Egiptio, situado en el puerto casi de cara al Bósforo. Un poco más pequeño; priman allí las especerías, si bien hay de todo como en el mercado anterior. En realidad, aquél prolongándose en éste.

El hecho agradable, aún cercano, impulsa a recordar asimismo una experiencia lejana. Es algo diferente: el zoco de Tánger treinta años antes (claro está, distinto a los bazares); además, el joven visitante de entonces confiando que, merced al azar, podría producirse allí el encuentro capital con Eva. Ahora, otras son las circunstancias; aunque tampoco son las del viajero imaginario, que nace, vive y muere en su empinada torre de marfil, donde sueña con regiones desconocidas. Unicamente, en uno y otro mercado, como cualquier mortal feliz. Estoy un largo rato en los bazares de Estambul, junto con los míos. Sin duda, resulta así mejor visitar los puntos remotos y legendarios.

VISITANDO LO FANTÁSTICO

Estaba allí a la mano el admirable libro, aunque hacía mucho tiempo que no lo hojeaba. En cierta manera es comparable a *Los raros* que Rubén Darío escribió sobre los creadores marginales de su época, pero en el libro de marras no son seres de carne y hueso sino la arquitectura fantástica en todas sus manifestaciones, exactamente cuando lo extraño asume las formas tangibles más desafortadas, cuando la imaginación se desata a diestra y siniestra en el espacio donde residimos.

Empecé a leer el prólogo y dar vueltas a las páginas nerviosamente. Estamos en la vasta sección de las imágenes que revelan que dondequiera hay indicios de que los hombres a veces no se resignan a vivir en medio de formas dictadas estrictamente por la razón y la estética. O bien son artistas que dan rienda suelta a su inspiración, o bien son personas comunes y corrientes que lo asumen como un maniático pasatiempo, utilizando los materiales más disímiles.

Y por primera vez me pongo a sopesar aquello que conozco personalmente, que es poquísimo en verdad aunque sin duda constituyen los dechados en tan curiosa materia. Y se me viene a la memoria la vez que con Enrique Lihn acudo a contemplar el frontis de la inconclusa Iglesia de la Sagrada Familia, de Antonio Gaudí, en Barcelona, y prácticamente fuimos como embargados por la unción de un ritual, como cumpliendo un ineludible peregrinaje. Era la hora del atardecer, y fue cuando observamos las cuatro fantasmales torres del templo, y cuando quizás ambos tributamos un silencioso homenaje a los exabruptos de lo irracional en el arte, a la libérrima combinación de los estilos, en suma, a la descarriada arquitectura, que en este caso es obra de un católico muy piadoso como era en efecto Gaudí.

En cambio, en el curso de una excursión familiar prevista para visitar sólo Umbría y Marche, resultó entonces que sin pensarlo visito un inaudito lugar —otro exabrupto de lo irracional— ubicado en

la vecina Lacio. He aquí que esa mañana estival nos metimos todos de lleno en Bomarzo, adonde yo llego no como el sensible mortal que encaminó sus pasos hacia el templo de Gaudí, sino como el más prosaico de los visitantes. En realidad, sin comerlo ni beberlo, me sumerjo en compañía de los míos en un inmenso jardín tachonado de estrambóticas estatuas, donde la áspera piedra se multiplica en formas caprichosas, y, según lo que recuerdo borrosamente y repaso ahora en nuestro libro, asume la figura de un elefante y de una casa ladeada, y de monstruos, sirenas y gigantes, y de un descomunal y aterrador rostro, con tamaños ojos, con tamañas fosas nasales, y una bocaza abierta de par en par como lista para engullir.

Finalmente, el visitante real de la Santa Familia y de Bomarzo se convierte en un visitante imaginario cuando encuentra una tarjeta postal en que se reproduce *El palacio ideal*, singularísima obra de Joseph Ferdinand Cheval, situada en la localidad francesa de Hauterives. La hallé en un día grato para mí, creo que en medio de algunos trastos viejos, y la considero como una puntual invitación dispuesta por el azar para que acuda a conocer esta muestra de la arquitectura fantástica. Probablemente nunca iré, si bien entre tanto me resignaré a escudriñarla en mi fortuita postal y en las socorridas páginas mencionadas. Allí, ahorita mismo, cómo escarbo con la mirada la profusa ornamentación de *El palacio ideal*, que a muchos les parece un templo hindú, y que Cheval —cartero y arquitecto *naif*— edificó paciente-mente desde 1879 a 1912.

Y por entre el alboroto de las estructuras insólitas, entre la fantasía desatada, obtengo una lección que nada tiene que ver con el fuego creador, y sí con la apacible moral. Porque la sensibilidad está imbuida de la virtud de lo tenaz, justamente cuando se reúne, con firmeza y esmero, distintos estilos artísticos, o se ensambla los materiales más heterogéneos, o, por cierto, sobre todo cuando se trabaja contra viento y marea una sola obra durante décadas hasta los últimos momentos de la vida.

VISITAS A AREZZO

Nuevamente hemos estado en Arezzo. En la ocasión anterior fue un par de días, si mal no recuerdo; ahora, nada más que unas horas, aunque tan útiles porque nos han permitido repasar mejor el panorama de la ciudad. Si bien, entre una y otra vez, siempre la tuvimos presente gracias a una serie de lecturas, en que el fiel lector termina convirtiéndose en una especie de turista inmóvil. Exactamente, una misma experiencia personal, indivisible de por sí.

Sin embargo, tratemos de desmenuzar lo vivido. Que hable ante todo ese extraño viajero que no tiene necesidad de salir de donde se domicilia, como que la punta de sus zapatos nunca sobrepasa los umbrales; porque, increíblemente, la antigua ciudad italiana la tiene muy próxima en virtud de un itinerario intelectual —digámoslo de esta manera—, que naturalmente no está en los mapas convencionales sino en un puñado de libros concernientes a unos hombres ilustres de la Edad Media y del Renacimiento, que nacieron, vivieron o trabajaron allí.

¿Cuáles son los tramos de nuestro singular recorrido? En vez del histórico lugar, unas páginas sin duda predilectas: el *Cancionero* de Petrarca; igualmente, las vidas de artistas narradas por la pluma de Giorgio Vasari; también un álbum con pinturas de Piero della Francesca y, en fin, la biografía de Pietro Aretino escrita por el pintor peruano Felipe Cossío del Pomar. El lector, sin pensarlo, prolongó su primera visita a Arezzo pues los autores y las figuras estudiadas forman parte del más atractivo recorrido de la ciudad. He aquí ahora la propia ruta turística trazada acaso por unos oscuros empleados públicos, que a lo mejor la proyectaron con desgano bajo el imperio del reloj; sin embargo, en esencia, coincide con aquel itinerario que elaboró exclusivamente para él un viajero inmóvil.

Es este lector, que, en la recóndita biblioteca de su domicilio sudamericano, no deja de circunnavegar, volar y vagar por los libros que tanto quiere; pero hoy vuelve brevemente a caminar por ciertas

calles y plazuelas y pasa a ser un transeúnte de carne y hueso, que escudriña todo lo que está ligado con aquellos que él admira. Así, finalmente, ingresa en la casa de Petrarca, que lamentó muchísimo no haberla visitado antes por encontrarse cerrada; allí, en ese lugar que ha sido reconstruido, nació y vivió el hombre que adoró a Laura, aunque ella estuvo casada con otro; además, divisa una impresionante estatua del poeta, tan blanca como los cisnes, que se alza en las inmediaciones.

En su segunda visita llega a la casa de Vasari, que este arquitecto, pintor e historiador de arte la edificó para sí y la decoró espléndidamente; asimismo, en el Museo de Arte Medioeval y Moderno, contempla por primera vez varios cuadros de él, entre ellos uno de tamaño colosal llamado *La boda del del Rey Asuero y de la Reina Esther*, que se demoró en ejecutar únicamente 41 días, y que al enterarnos uno queda reducido en la más absoluta envidia. Poco antes, como algo familiar, observamos la galería diseñada por Vasari, delante de la Plaza Grande, que no la habíamos olvidado.

De Pietro Aretino vimos no más de pasada una calle que lleva su nombre; en consecuencia, lo que conocemos del controvertido hombre de letras renacentista se limita entre tanto a la biografía de Cossío del Pomar. Desde luego, encontramos en el camino a Piero della Francesca, exactamente como la anterior vez; he allí sus frescos algo descascarados que se hallan en la Iglesia de San Francisco, que para muchos forasteros resulta lo máximo de su recorrido.

En realidad, el itinerario de unas lecturas ha orientado firmemente la nueva visita. Por eso, el fugaz e inmerecido turista cede otra vez el paso al constante turista imaginario. Volvamos pues a sus libros relacionados de uno y otro modo con algunos grandes de Arezzo: el *Cancionero* petrarquesco en un trío de ediciones tan distintas entre sí, que son sendos regalos que recibimos por motivación también distinta: filial, romántica y amistosa; mientras que la clásica obra de Vasari, la semblanza de Aretino y el álbum de Piero della Francesca los descubrimos hace algún tiempo, en medio de una mayúscula sorpresa, al ras del suelo y a la intemperie, entre aquello que venden los libreros ambulantes al otro lado del mundo, para ganarse así el pan de cada día en nuestro valle de lágrimas.

VITTORIA COLONNA EN EL CAMINO

Cuando lee a duras penas aquel soneto de Vittoria Colonna (1490-1547), aún adolescente y en los umbrales de su experiencia literaria, no se imaginaba quién era la poetisa que lo escribió, y menos que la volvería a encontrar después de muchísimos años por donde el destino le encaminó los pasos. A la sazón no se le pasa por la mente que en el futuro iba a tener su obra poética completa, que iba a saber de su ilustre biografía, y sobre todo —esto le resulta la cosa más curiosa del mundo— que de cuando en cuando se hospedaría en Milán en una casa ubicada en la calle que justamente lleva el nombre de la autora de ese soneto, que él descubre en medio de la mayor estupefacción propia de un jovencito ignorante.

El hallazgo inolvidable ocurre en un álbum —un grueso cuaderno que es más exacto definirlo así—, fechado por añadidura en Lima en 1896, que misteriosamente llega a manos del incipiente lector. En él hay composiciones escritas a mano y unos recortes de revistas pegados en sus páginas, cuajando todo un florilegio abigarrado, en verdad sin orden ni concierto, según parece al arbitrio del gusto de quien lo recolectó, o tal vez del caprichoso azar, sin sospechar que, andando el tiempo, un futuro lector devoraría estas páginas, y que hasta les serían decisivas en el itinerario de su existencia.

Allí está el añejo, naturalmente amarillento cuaderno, que fue el punto de partida de él. Allí, justamente, brilla el poema de la renacentista italiana, junto con composiciones de Leopardi, Darío, Núñez de Arce, Díaz Mirón, y alguna otra pluma más también en boga en esos lejanos días. Y lo palpa con la mirada y hoy finalmente sí comprende mejor los versos que la escritora dirige a su contemporáneo Pietro Bembo —cardenal e impecable poeta petrarquista—, quien no había compuesto nada en memoria del fallecido esposo de ella.

Este poemita contiene el tema constante de Colonna, que se relaciona con la remembranza del cónyuge muerto tempranamente. El estado de viudez se le convierte en una gran fuente de inspiración,

que la lleva a alabar al ser querido, recordándolo como si fuera el mismo astro solar, metáfora que utiliza puntualmente. Es esclava de su viudez —según lo han dicho—, y en consecuencia aquello que escribe son variaciones que al entrelazarse constituyen un suntuoso mausoleo verbal, sustentado por la fe católica y la filosofía platónica, en memoria del esposo perdido, y en el cual va destilando su dolor a través de la métrica de los endecasílabos y las simetrías sonoras de la rima, y todo bajo la influencia del petrarquismo de moda entonces.

Es una de las más notables poetisas del *Cinquecento* italiano, pero además estuvo en la médula, en el cogollo, en la flor y nata, ya que ostentó un poder decisivo en las esferas papales, y fue consejera de las lumbreras de su tiempo, y sobre todo cultivó una amistad cercana al amor con Miguel Ángel. El le dedica tres dibujos memorables, y ella responde con varios poemas. En sus escritos sobre arte, Colonna define así el genio de él: «Único Maestro Miguel Ángel y mi singularísimo amigo». En los versos que el pintor le escribe, éste habla del «bello rostro» y los «bellos ojos», y varias veces emplea la palabra «amor».

El lector de Vittoria Colonna vuelve a replegarse en sí mismo y ahora se le precipitan los recuerdos con más claridad. Observa que es armonioso el curso de las cosas, pues el finisecular álbum de versos le llegó como un verdadero legado, que en realidad su propia madre se lo puso en las manos. Pasarían mil años —¡qué exacta esta reiterada hipérbole!—, y hoy en día su hija, quien justamente radica en Milán, resulta obsequiándole la obra completa de la poetisa, donde vuelve a leer el soneto dedicado a Bembo. Y de improviso estando en la filial casa milanesa devora en un diario la buena nueva de que en el Kunsthistoriches Museum de Viena se realizaba por entonces una muestra bajo el sugestivo título de *Poetisa y Musa de Miguel Ángel*, homenajeándola con una constelación de 200 piezas entre pinturas, esculturas, medallas, códices, manuscritos autografiados, todo relacionado con la escritora.

Al lector cómo le satisface la temática reiterativa de Colonna, el que recuerde fielmente a su consorte, y ese rotundo linaje de espíritu

que ostenta (que según él eclipsa cualquier otro tipo de linaje). Entonces con el libro de ella bajo el brazo emprende un par de peregrinaciones imaginarias. Retorna a aquella tarde cuando se topa con el mencionado cuaderno en que lee el soneto que no lo entendía cuando joven, y que de todas maneras fue el arranque de sus lecturas. Y enseguida parte desde la vía Vittoria Colonna, aunque a través de los aires literalmente como un personaje pintado por Chagall —a quien él admira mucho—, rumbo al Kunsthistorisches Museum, para recorrer no más la exhaustiva muestra. Y ahora sí se da cuenta sorprendido que el cuaderno de versos está fechado en 1896 y que el evento vienés tiene lugar en 1997. Más o menos un siglo de distancia; evidentemente, un tácito ritmo cronológico, una secuencia entre lo uno y lo otro.

EN SUNION CON AMIGOS

A la memoria de Augusto Tamayo Vargas

A media mañana nos dirigimos hacia el cabo Sunion donde están los restos del templo al dios Poseidón, más o menos blancos si mal no recuerdo, cuya silueta se recorta con esplendidez y firmeza sobre el espumoso mar azul vecino. Nuevamente voy hasta allí, y hoy lo he hecho en ómnibus desde el propio corazón de Atenas, en un recorrido que demoró más de una hora, durante el cual los pasajeros iban bajando y subiendo en las escalas intermedias, hasta quedar finalmente un escaso puñado de turistas curiosos, o quizás alguno que otro devoto de la divinidad de los mares.

Ese día estuve acompañado de dos escritores, a quienes estimo sobremanera: uno lamentablemente fallecido hace poco tiempo; el otro aún viviendo en este mundo; aquél limeño, éste ateniense. Aunque, sea como fuere, con el amigo invisible y el amigo visible anduve codo con codo. Pero ¿cómo y de qué hablaba el escritor ausente? Bien vale decir —no ya de modo figurado— que nunca desde su partida había recordado con tanto énfasis a mi buen amigo limeño, y es así que en este sitio singular me parece que estuviera dialogando con él, y hasta con rara insistencia me va diciendo en el oído de que trate de ubicar la firma de Lord Byron entre las frases que se leen en algunos de los muros.

Ya delante del templo, de inmediato se me agolpa en la memoria lo que dijo allá en Lima acabando yo de retornar tras haber visitado la inolvidable morada de Poseidón; fue cuando, sin más ni más, me pregunta si había visto el nombre de Byron. En verdad, me sorprendió, porque no lo leí en ningún momento, y más aún tampoco estaba enterado de que el legendario romántico inglés hubiera dejado un testimonio de ese tipo en Sunion.

Entonces, bajo el impulso del recuerdo afectuoso, fijo la mirada por entre una maraña de rúbricas, fechas y frases puestas allí acaso desde hace dos o tres siglos. Hemos girado hasta dos veces en torno al templo, aunque sin ninguna suerte, porque lo escrito en el pasado

por arqueólogos o viajeros irreverentes me resultó como un palimpsesto (que son esos documentos antiguos que fueron borrados para escribir otra cosa). Afortunadamente, en un libro de viaje de un autor sudamericano acabo de comprobar que el poeta puso su nombre en una columna; y, además, repaso un poema de mi amigo limeño inspirado en su visita a Sunion, y que precisamente lleva como epígrafe los versos byronianos también alusivos al mítico lugar.

Pero ese día definitivamente me enteré de algo que no más sabía de modo borroso. Creo ahora a pie juntillas que hay configurado un triángulo esotérico que abarca tres templos, más o menos cercanos. Es éste el de Poseidón; aquél, el de la diosa Afea en la isla de Egina, no lejos del puerto de Pireo; y, en fin, el mismísimo Partenón consagrado a Atenea. El escritor griego me lo confirma, si bien sin añadir ni una jota; pero esto es suficiente para más de uno.

La impaciencia por estar en el cabo Sunion respondía a una poderosa razón; en realidad, varios son los resortes que me han motivado a visitar un lugar que ya conocía. Probablemente he querido emular a los navegantes milenarios que tras el buen término de un viaje iban a ofrecer su gratitud a Poseidón; pienso que igual he hecho yo, aunque inconscientemente, pues viajando por el mar Egeo me vi con vientos y mareas inesperados antes de llegar al hospitalario puerto de destino. ¿No es también fundamental el estar otra vez en uno de los ángulos del misterioso triángulo y reencontrarme allí, justamente, con un amigo ya ido y otro aún presente acá?

AKROTIRI, OTRA VEZ

Fueron en dos momentos distantes entre sí; fueron en circunstancias qué distintas. No hace mucho, el encuentro inesperado; más adelante, el reencuentro también sin sospecharlo. Son los restos arqueológicos de Akrotiri que los tengo en la punta de los dedos, exactamente como los vestigios del país donde vivo; porque a la postre me están resultando tan entrañables al igual que los testimonios precolombinos bajo cuya sombra tutelar hemos visto la luz del día.

Allá, en los remotos confines, que así lo divisamos desde donde estamos ahora; allá, en el archipiélago de las Cícladas diseminadas en el mar Egeo; allí, en Santorini —más o menos próxima a Creta—, allí pues está Akrotiri, que es un lugar del todo diferente al resto de la sofisticada isla, ya que retrotrae a los despreocupados turistas hasta la Era de Bronce; sí, ni más ni menos. Data de unos tres milenios y medio, y, según parece, estuvo vinculado a la civilización minoica cretense; son los vestigios de un poblado que se conjetura desapareció a raíz de una explosión volcánica precedida tiempo antes por un terremoto, que hizo huir a los moradores hacia el interior de la vecina Creta, pues no se han hallado restos humanos en el propio Akrotiri.

No me figuré que andaría de sorpresa en sorpresa. Previamente, años atrás, coincidí con las tareas de excavación, cuando sacaban los variados vestigios ocultos en la volcánica piedra pómez. De nuevo me los encuentro aunque sin ir a Santorini, sino literalmente a la vuelta de la esquina, bajo el firmamento de Atenas; allí, en el Museo Nacional, donde las muestras más notables han sido trasladadas, como un verdadero trasplante quirúrgico, injertadas en vastas, elegantes y clarísimas salas.

Esto que estamos observando hoy resulta un Akrotiri portátil, y la segunda visita constituye como una línea divisoria con respecto a la anterior. La vez pasada me parecía estar sumido en la polvareda que desatan las paletadas vibrantes del arqueólogo; y me sentí entonces como un enamorado del polvo milenario, y creo que hasta lo

saboreaba, olía y palpaba, ya que lo percibía en todas partes del perímetro en que se alzó Akrotiri, que, si no me equivoco, incluso estaba techado e iluminado con luz eléctrica para así extraer cuidadosamente los tesoros y trasladarlos a Atenas.

En cambio, la impresión ahora es más cerebral, y tal vez aquilato mejor todo, pasando de lo estético a lo religioso o antropológico, con un ánimo más ecuánime. Vuelvo a observar aquello que más me llamó la atención en la visita anterior y, naturalmente, fijo la mirada en los extraordinarios frescos; por cierto, esa curiosísima figura de los dos chiquillos o chiquillas en pleno combate de box, el pescador desnudo con peces en la mano, los monos de color azul, los antílopes, la Primavera simbolizada por una floración de lirios, la joven sacerdotisa, y el mural que parece una miniatura representando una expedición naval.

El pensamiento vuela a la propia Thera (que es el nombre oficial de Santorini), y recordamos la Casa Occidental y la Casa de las Damas, donde hace milenios la gente palpitaba a sus anchas en los rituales, en el amor, en el comer y en el beber; e igualmente cómo no recordar aquel trecho chiquito que subsiste inalterable, y por donde muchos andaban felices antes del terremoto. Por allí, como siguiendo las huellas imborrables, discurrimos hace sólo unos pocos años; y, posteriormente, terminamos desembocando en el museo ateniense. Pero si nos atenemos a algunos arqueólogos hemos estado asimismo en los umbrales de Creta, teniendo en cuenta los vínculos de Akrotiri con la isla mítica. Sin duda, lo creo, y a la vez pienso que bien vale el haber nacido acá, que nos ha sensibilizado para atisbar otros Akrotiris, y que el misterioso pasado nos resulte el más poderoso de los imanes.

BOMARZO, DE IMPROVISO

Bomarzo constituye un lugar extraño: un parque tachonado de estatuas de regulares dimensiones, varias de ellas monstruosas, y donde igualmente hay otras cosas más. Estuve allí no hace mucho, y ahora que pretendo borrar algunas líneas me está resultando un quebradero de cabeza, porque no quiero aludir a ciertas circunstancias a las que siempre estoy ligado y, además, porque hasta me parece difícil poner en orden el recuerdo de algo que es tan inusitado.

Pero, por enésima vez en estos días, voy mentalmente hasta allá, y voy al grano: Bomarzo, como todo paraje raro, en realidad se las trae. Lo vi desde el comienzo como la viva encarnación de las casualidades; sencillamente, porque no estaba en nuestro itinerario, si bien una calurosa mañana de agosto último terminamos yendo hasta este parque situado a 68 kilómetros de Roma. Data del siglo XVI y es un homenaje del príncipe Pier Francesco Orsini a su esposa fallecida; fue concebido por el arquitecto Pirro Ligorio, y desde hace unas décadas rescatado del olvido por su actual propietario.

No lo habíamos planeado visitar; menos aún, nunca se nos pasó por la mente ir en alguna oportunidad; aunque terminamos allí, sin comerlo ni beberlo, que es como decir sin merecerlo, ya que no conocíamos de su historia ni tampoco habíamos leído la novela ni escuchado la ópera, que llevan como título el nombre del legendario lugar; y, en consecuencia, de Bomarzo únicamente sabíamos de oídas, pues ya hace tiempo que se nos entró por un oído y se quedó dentro de uno para siempre.

Es entonces el sacrosanto azar enderezando nuestros pasos sigilosamente, como me ha ocurrido en tantas ocasiones anteriores; pero la pluma ahora también trae a colación algo por donde suelo ir y venir. Es el mundo de la mitología grecorromana, presente en el parque de cabo a cabo, y cuyos personajes los diviso habitualmente, y en cuyo seno ellos están vivos y de paso contribuyendo a que la inspiración de nuestros maestros siga palpitando puntualmente cada día.

Es lo mítico, titánico y monstruoso, y a través de esto se produce una exaltación de la esencia vital, en particular la fuerza viril, de lo que se da incluso por la figura de la bellota esculpida en una que otra de las ornamentaciones. Están allí delante, y justo hay algunos seres en plena acción, como Hércules poniéndole el pie sobre el cuello a Caco; o, por el contrario, quietamente Neptuno mirando desde un recodo; o bien Glauco, el Ogro, el Cancerbero y el Dragón; y, naturalmente, las deidades, como las benignas Venus, Ceres, Proserpina, las tres Gracias, las Esfinges, la ninfa durmiente y, en fin, la maligna Equidna. Además, un bestiario variado, como un trío de leones, un monumental elefante doblegando a un guerrero y una tortuga también muy voluminosa, y en cuyos alrededores surge Pegaso, que por cierto no resulta tan terrenal como aquellos sino un alado caballo divino.

El parque no es solamente una asamblea de lo más granado de la mitología grecorromana, sino también un lugar donde se alza un par de edificaciones por entero distintas. Pues en pleno recorrido uno se topa con una casa de veras única, absolutamente inclinada, y quien ose entrar allí queda mareado; y, en cambio, al término de la visita se yergue un pequeño templo que automáticamente evoca los de la Roma de ayer. Por un lado, el *scherzo* o broma arquitectónica (como lo leí en un libro); por otro, un depurado ejemplo clásico.

Es ésta la vacilante remembranza de un extraño paraje, que ha hecho que forzosamente aluda a cuestiones específicas por las que me paso desviviéndome y acerca de las cuales hablo casi siempre con machaconería. ¿No es acaso el azar venerado por los surrealistas que vieron la luz en este siglo de hierro a punto de extinguirse? ¿No son los dioses, semidioses y héroes grecorromanos venerados por los escritores del antiguo Siglo de Oro? Sí, he andado literalmente junto con los unos y con los otros; sí, esto me acaba de ocurrir allá en Bomarzo.

EN LA CAPILLA BRANCACCI

Felice Brancacci —mercader florentino de sedas— decidió encargar a varios artistas una serie de frescos para ornamentar la capilla que hoy lleva su nombre, ubicada en la Iglesia de Santa María del Carmine. Fue en el siglo XV; los muralistas escogidos eran Masolino, Masaccio y Lippi; sus temas los entresacaron de la Biblia, y la figura más pintada resultó la de San Pedro; y muy pronto el lugar se constituye en un punto de aprendizaje, en un modelo para los pintores que vendrán más adelante. Precisamente, no hace mucho culminaron las tareas de una rigurosa restauración a la que se le sometió por sus cuatro lados.

Estos simples y diversos datos nos lo da un suertudo mortal, quien con sumo entusiasmo se empeña en relatarnos cómo tomó conocimiento de la Capilla Brancacci, de la cual antes no sabía una jota, según confiesa paladinamente. Además, de paso afirma que estos murales le dieron a él más de una lección: la de los pasajes bíblicos allí representados, la de los comienzos del arte renacentista y, cosa curiosa, la lección de que la vida también es harto coherente, según fueron las circunstancias cómo se enteró de la capilla, que primero fue de modo indirecto merced a un libro y después admirando personalmente los propios murales.

Deja los rodeos y pasa a relatarme cómo fue todo. Dice que descubre la existencia de la Capilla Brancacci cuando sus consuegros milaneses le obsequian un impresionante volumen inspirado en los frescos ya totalmente restaurados, y que el imprevisto regalo será un verdadero presagio de la visita que en el futuro hará en compañía justamente de ellos, aunque no se le pasó por la mente que más adelante iba a ser así.

Juntos pues han ido a Florencia, como probando que el mundo tiene el tamaño de un pañuelo; y después de almorzar en un tradicional restaurante se encaminaron a la meta codiciada, como si la capilla los atrajera magnéticamente. Pero para él no era un momento apropiado ya que se hallaba inquieto porque tenía que intervenir más

tarde en un acto literario público, que por esto prácticamente se encontraba en ascuas, según afirma. Por su desasosiego parece que no se dejó ganar por la unción de los temas religiosos, ni por la admiración artística; ni más ni menos, quedó como un vecino del antiguo barrio florentino, que puede entrar y salir de la iglesia del Carmine tantas veces quiera.

De vuelta en Lima se puso a recordar un día la desasosegada visita, y le resultó una impresión toda borrosa. Desde luego, entonces, empieza a hojear el libro inspirado en los murales; y automáticamente va pensando que otra vez se encuentra allí, si bien ahora con la tranquilidad que no tuvo antes. Parece que estuviera sentado a los pies del colosal volumen, como un discípulo delante de su preceptor; y va clavando la mirada en las reproducciones de los doce frescos, y por fin sabe quién es quién de los muralistas y quiénes son los personajes bíblicos que allí aparecen.

Literalmente se zambulle en el libro, al que lo menciona por enésima vez; y, en consecuencia, la capilla florentina termina siendo como la niña de sus ojos. Pero más que zambullirse en estas páginas, él se figura hallarse, con su carne, su esqueleto, su alma, dentro de algunos de los murales; sí, pues, como un personaje más. Empieza a colarse en la composición aquella de Masaccio en que se divisa a San Pedro andando por la calle y curando con su sola sombra a un lisiado; e igualmente fija la atención en otra de las pinturas —ejecutada a cuatro manos por el joven Masaccio y por Masolino, maestro tal vez de éste—, cuyo tema también es la curación de un tullido, y asimismo la curación de Tabita, personaje femenino entresacado del Libro de los Apostoles; y entre uno y otro ángulo —es decir, en el centro del fresco—, dos transeúntes elegantes e indiferentes a lo que está ocurriendo en sus alrededores. De tanto repasar ambos murales, dice él que se siente como una figura más, aunque no sabe bien si es como un hermano del lisiado o de la moribunda Tabita; o como un transeúnte tan satisfecho de la vida, como esos jóvenes del siglo XV, que les importa un comino el dolor ajeno.

Pero él vuelve a la realidad, monda y lironda, porque desplegar así la fantasía ya es demasiado. Resignadamente quiere rastrear nada

más cómo descubrió esa capilla bautizada con el nombre de un opulento mercader; y se queda qué asombrado cuando palpa la evidente coherencia de las circunstancias de su hallazgo. Pues confiesa ahora —no lo había dicho antes— que el enterarse de los murales del Carmine fue en horas para él entrañables, significativas, memorables; que así fue primero en Lima, que así posteriormente en esa tibia tarde otoñal cuando admira en persona las propias pinturas. Que, además, en compañía de sus parientes de Milán resulta visitando la Capilla Brancacci, por cierto sin ningún propósito preconcebido, sino, más o menos, bajo el impulso de lo fortuito, que como siempre gobierna nuestros vacilantes pasos.

DICCIONARIOS Y MAPAS

Mucho piensa en la corteza verbal y en la corteza geográfica. Pero, ante todo, ¿qué significa esto que parece incomprendible? No es nada extraño sino alguien que ha terminado viviendo entre diccionarios y mapas, según nos lo dice él sin rodeos; e inclusive añade que sería el hombre más suertudo si trabajara en la biblioteca de su casa acompañado de dos cosas: por un lado, un atril donde esté el diccionario del idioma que habla, y, por otro, un antiguo mapamundi.

Hasta aquí tan justas aspiraciones, que naturalmente bien las merece. Desde luego, la realidad es diferente, aunque en el fondo las circunstancias son un poco parecidas, porque va discurriendo entre diccionarios y mapas, como ya dijimos. Los puntos cardinales los ha reducido a dos, que además los considera como imanes, cabos, objetos emblemáticos, en suma, los grandes ejes de su vida. Allí — digámoslo con las oscuras ideas del comienzo—, la corteza de las palabras; allí, la corteza de la Tierra; que para él lo uno y lo otro son como prolongaciones de su propia persona.

Con gran paciencia usa las palabras, igual rumia los puntos geográficos. Lógicamente, no puede conocerlo todo; más aún, la vida es qué corta. De modo que, aunque se empeñe bastante, siempre se va quedando con la miel en los labios. No hay que olvidar que el libro que prefiere alberga millares de términos y que aquel mapa abraza los cinco continentes. Y el vocabulario que domina no es abundante y lo que conoce del mundo todavía es una pizca. Por eso cada vez que descubre un vocablo desconocido él lo paladea, cada vez que se entera de un lugar desconocido de inmediato quiere ir hasta allá, si bien por último no vaya y se resigna a visitarlo imaginariamente.

Dice muy convencido de que no hay mejor consorcio que el que ha establecido con los diccionarios y los mapas; que en adelante nunca se apartará ni de la corteza verbal ni de la corteza geográfica, porque ama las palabras y es un empedernido viajero real o ficticio. Recapitulando descubre que todo esto tiene un porqué. Pues lo que

prefiere tan entusiasmado le resulta coherente; justo, entre los imborrables recuerdos, hay un mapa que sus padres le solicitaron a un vecino para ubicar con exactitud el lejano país adonde iban a trasladarse, cuando él era un chiquillo; poco después, ingresa para siempre en su hogar, por entonces en el otro lado del mundo, un libro cuyo aspecto señorial ha quedado intacto a lo largo de los años.

Más adelante, pudo enseñorearse de varios tesoros de la lengua; asimismo, minuciosos atlas que semejan microscopios, en que se alcanza a escudriñar un sinnúmero de ciudades e islas. Nuestro feliz mortal, sin embargo, no es un docto gramático ni menos un navegante o un viajero del jet set; nada más que un tipo simplemente intuitivo, que trata de no ser un menesteroso del idioma que le concedieron los hados, y además suele a veces ir a las regiones donde se escucharon los primeros vagidos humanos. Le encanta en particular los cuatro mil arabismos albergados significativamente en el voluminoso libro; igualmente, acaricia la esperanza de ir otra vez por el Egeo, andar por entre las islas Cícladas, y llegar al fin a la legendaria Efeso, lo cual se le ha metido entre sien y sien.

Desurquemos lo que él ha surcado sobre la corteza geográfica y sobre la corteza verbal; por cierto, es retornar a las honduras de su ayer. Recuerda el prestado mapa de su buen vecino; fija la mirada en el diccionario que heredó de sus padres y que siempre lo conserva como un objeto emblemático. No le interesa más nada; le basta con imaginarse que escribe como un verdadero hombre de letras y que de improviso viaja hasta los antípodas del punto donde vive. No sé si envidiarlo o apiadarme de él; pero lo alcanzo a ver, a través de la puerta entreabierta de la biblioteca casera, sentado y flanqueado por un mapamundi y un atril con el libro predilecto; parece un rey sentado en su trono y acompañado de su ejército.

LA CASTALIA INVISIBLE

Por segunda vez hemos ido al santuario de Delfos, que es el lugar donde se adora a Apolo. En esta ocasión el propósito especial era observar con detenimiento la fuente Castalia, a la que ni siquiera me había podido aproximarme en la oportunidad anterior. Por eso un deseo vehemente nos domina ahora, acaso recorrer a prisa el santuario, acaso observar de reojo los montes vecinos, para así llegar cuanto antes a la meta de nuestra visita.

El recuerdo de la Castalia se me había enseñoreado, y lo demás poco a poco parecía quedarse relegado a un segundo plano. Pero hoy la Castalia resultó invisible y su murmullo por entero inalcanzable, como si fuera la más escurridiza de las fuentes. En cambio, allí a ojos vistas los inconfundibles vestigios del santuario delfico, allí los inamovibles montes del Helicón y el Parnaso, que son los hogares de las Musas; todo pues en su justo punto como hace algunos miles de años.

La fuente, aunque imperceptible, hacía que los célebres montes quedaran reducidos a ras de la corteza terrestre, y por cierto también fueran cosas de poca monta los altares de Apolo y Atenea, la Vía Sagrada, el Tesoro de los Atenenses, el estadio, el teatro, en suma, el museo de sitio donde está la popular estatua del auriga triunfante, cuya facha podría suponerse que es la del propio Apolo.

Naturalmente eso que es blanco de tanto afán lleva a repasar, con la mayor atención, cómo la Castalia se origina, por qué estaba allí, y adónde se ha ido. Paso a paso refrescamos la memoria. O bien es una ninfa transfigurada en fuente por Apolo, en el Helicón; o bien se registra una ligera variante: es una ninfa que huyendo de él se arroja en una fuente del Parnaso. Sea lo que fuere, constituye lo mismo para el devoto de los dioses de la Hélade, que así es el nombre primitivo de Grecia.

Acerquémonos mentalmente al manantial, y ahora sí hay que recordar que la divinidad les concedía el don de la poesía a quienes

bebieran sus aguas u oyeran su murmullo; y, por este hecho, quedó por siempre consagrado a las Musas. Dejemos el aspecto estrictamente religioso, y recordemos que allí Pitia —la sacerdotisa adivinadora— solía bañarse antes de entrar en el sanctasanctorum del templo de Apolo, y allí también se lavaban los sacerdotes y los peregrinos.

No me perdono haber estado distraído cuando el ómnibus que me conducía hasta el santuario pasó cerca, y no alcancé a ver nada. Después fui a pie en pos de la fuente, aunque no pude coronar mi cometido: creo que me quedé a mitad de camino un poco por las incipientes sombras del atardecer y otro tanto porque me parecía muy distante; y fue entonces que suspendo la tenaz caminata y opto no más por escudriñar desde lejos el paraje codiciado.

Con qué resignación estoy ahora devorando un par de fotos actuales del sitio donde se encontraba. Lo único que se ve es una hendidura en una pared rocosa, amén de unas cuantas malezas y una suerte de hornacinas para las ofrendas en homenaje a Castalia, que así llamaba la ninfa que originó todo. Evidentemente, ni el menor trazo de la fuente de mármol blanquísimo, conforme me la imaginaba, y que así creía ingenuamente que había sobrevivido desde tiempos inmemoriales.

Y comienzo a leer el libro *Castalia bárbara*, del escritor boliviano Ricardo Jaimes Freyre, porque sospecho que sus versos son en alabanza del legendario manantial. Sin embargo, no hay ninguna alusión concreta, y más bien afloran otros aspectos de la mitología grecorromana, junto con diversas referencias míticas germanas y escandinavas, e inclusive la Edad Media cristiana como uno de los temas importantes.

Allí la Castalia se adelgaza, se repliega, se hace invisible, y asume el significado espiritual que por añadidura asimismo encarna. Castalia pues como inspiración poética, ni más ni menos. Pero ¿por qué se le tilda de bárbara? Es una pregunta que cualquiera se la hace. Aguaito en un diccionario, y descubro que para los griegos y romanos era todo lo ajeno a su cultura. Y concluyo que *Poemas bárbaros*, del francés Leconte de Lisle, y *Odas bárbaras*, del italiano Carducci, tienen el sentido que nuestro Jaimes Freyre quiso darle modestamente, como

es el juicio de los antiguos acerca de aquello que los modernos escriben.

Volvamos a la Castalia donde los atribulados y ansiosos peregrinos purificaban sus cuerpos percederos. Es una óptima lección la suya porque ha preferido quintaesenciarse por completo, desaparecer de Delfos, y quedar anidada en las páginas de las doctas enciclopedias, como la cosa más entrañable del mundo, que según parece lo constituye la inspiración poética.

PEREGRINANDO EN DELFOS

Fue hasta allí más por Apolo y las nueve musas, más por los montes del Helicón y del Parnaso, más por la fuente Castalia, en tanto que en nada pensó en el famoso e infalible oráculo. En realidad, nunca se ha preocupado por preguntarles a las adivinas de cómo le irá a él en las horas, los días o los años por venir; en cambio, cómo se identifica en cuerpo y alma con la era cristiana, que son los tiempos en que le ha tocado vivir; pero su profesión de fe reviste de una singularidad: cree además en algunos dioses del Olimpo, especialmente Eros, Afrodita, Apolo y los mellizos Dioscuros.

Sí, efectivamente, este varón católico es algo raro, pues hasta hoy no ha peregrinado a la Tierra Santa, aunque ahora ha estado por segunda vez en el santuario de Delfos. Maquinal, inconscientemente otra vez allí, y según parece ha tenido razones poderosas, que de modo magnético enderezaron sus pasos. Fue apenas retornando al remoto punto geográfico donde radica cuando le sobrevienen casi a la par dos quebrantos personales pero diferentes: por un lado, una dolencia de tipo físico y, por otro, unos atroces remordimientos por el mal uso que él le ha dado a la gaya ciencia, o sea en buen romance el arte de la poesía.

Volvamos a Apolo, por cierto hoy en día el más popular de los moradores del Olimpo, sobrepasándolo a su propio padre Zeus. De los varios atributos que posee, diremos nada más que es la divinidad de la poesía y de la medicina, y esto último por ser progenitor de Asclepios, deidad igualmente de la más socorrida de las ciencias. He aquí el que le mitiga sus preocupaciones al atribulado escritor; he aquí el que le restablece la salud al mortal enfermo; y por eso entendemos el porqué de su largo viaje.

Estaba acercándose al santuario, y entonces escucha una docta voz que le dice en el oído que en esos momentos va pasando delante del Helicón; luego que a su diestra se encuentra la fuente Castalia; y ahora sí a ojos vistas el Parnaso. Son los alrededores del templo, y

todo está entrañablemente ligado a Apolo, a las musas y a la inspiración poética. Y el creyente cristiano dice para sus adentros —tal vez con la posibilidad de equivocarse— que ni la Biblia ni el santoral católico cuentan con un gran patrono de la poesía y, por añadidura, con dominios tan hermosos, precisos y sempiternos.

Hoy, de nuevo sumido en su biblioteca casera, superadas sus dolencias —las corporales y las literarias— el creyente de la Hélade asevera con el tono de esa voz docta que una mañana de agosto pasado oyó en Delfos, que en el mundo entero se suele hablar de las musas, que hay una escuela poética francesa llamada del Parnaso, y que el escritor boliviano Ricardo Jaimes Freyre tiene un libro titulado *Castalia bárbara*.

Enseguida deja las maneras eruditas y opta por la confesión íntima, manifestando que la letra con sangre entra. Pero ¿por qué tal exabrupto? Dice que eran dos o tres días de haber salido del quirófano cuando se entera de que el benigno dios romano Esculapio es el mismísimo Asclepios griego; desde luego, en tales circunstancias el enterarse de algo es para no olvidarlo nunca.

En el santuario de Apolo existía la siguiente inscripción: «Conócete a ti mismo». Comprendemos entonces por qué el moderno peregrino de Delfos, en un comienzo intranquilo por profesar dos sentimientos religiosos distintos, se sosiega plenamente al recordar que Rubén Darío —el conspicuo amigo de Jaimes Freyre y de los parnasianos— había reunido en su insondable reino interior a Jerusalén, Atenas y Roma, como un solo norte. En verdad, ya no se siente tan indigno por sus ambas devociones.

Sin duda, nuestro sensible prójimo se conoce a sí mismo, conforme a la milenaria advertencia. Por ello le sobrevinieron esos remordimientos a causa de su mal uso de la gaya ciencia; y por ello ahora comprueba que no hay nada nuevo bajo el sol, pues lo que le ocurre a él fueron las mayores inquietudes del admirado escritor nicara-güense. De fijo, en adelante, tal recuerdo le acrecentará su doble fe.

DE ISOLA BELLA A BENARÉS

Estuvo hace algunos años en Benarés; posteriormente, no hace mucho, en Isola Bella. Pero acaba de retornar a uno y otro punto, cuando menos se figuraba, porque ha estado leyendo unas páginas de Enrique Gómez Carrillo —escritor modernista guatemalteco—, donde aparecen mencionados estos lugares. Desde luego, el viajero y el lector se dan la mano efusivamente. Por eso, en medio de la mayor de las sorpresas, el lector se transforma en un viajero no real sino imaginario, que como un autómata vuelve sobre sus pasos a lo largo de la corteza terrestre.

La evocación es irrefrenable ahora, y no duda de aproximar estos dos puntos, que entre sí son tan lejanos. Benarés —llamada también Varanasi, a orillas del Ganges—, constituye la ciudad sagrada de la India. Isola Bella —en español Isla Bella— está enclavada en el Lago Maggiore, en el norte de Italia. Sin embargo, el lector termina por decirse a sí mismo que no es disparate ni irreverencia recordar ambos lugares a la vez, evidentemente tan desemejantes.

El visitar un punto desconocido, remoto por añadidura, al que se llega en virtud del azar o dentro de un *tour* deliberado, puede ser una fuente de ideas, que están ocultas en el sitio donde uno se asoma por primera vez. En plena visita, o en la remembranza posterior, los parajes resultan símbolos redondos, que reflejan una significación particular. Así, según la óptica más simple, Isola Bella constituiría el espejo de la pura vida; así, Benarés es el umbral del más allá.

Gómez Carrillo viene comentando paso a paso un libro de viajes de un contemporáneo suyo, y es entonces que le dedica un pasaje a Isola Bella, aunque no se sabe si es una visión del autor francés que está glosando, o porque él ha estado también en la isleta del Lago Maggiore. En fin, en un puñado de líneas, el escritor guatemalteco hace que, entre los diversos significados que poseen las islas, uno de arranque deseche la idea de que sean sitios de soledad y

muerte, y quede convencido de que son restos del Paraíso diseminados en las aguas del planeta.

El lector empieza a retornar al ayer aún cercano. Es un domingo templado de otoño, bajo un firmamento algo encapotado, acaba de atravesar el tranquilo lago, y se ve desembarcando en la isla en cuya superficie —pequeña como la palma de la mano— se alza espléndidamente el Palacio Borromeo, casi ocupándola toda; fue edificado en el siglo XVII por el conde Carlo Borromeo en homenaje a su esposa. La admiración domina al visitante, porque está a la vez en un palacio y en un museo, donde se ha congregado sucesivamente la inspiración de arquitectos, pintores y escultores.

Al evocar Isola Bella no vacila en dejar de lado la historia y el arte. Le importa poco de que un emperador y su mujer hayan dormido allí; ni que andando el tiempo, en el siglo XX, el palacio haya sido sede de una importante conferencia para salvar la paz europea. Además, no presta mucha atención cuando alguien le dice que la residencia de los Borromeo constituye un monumento al *kitsch* (que es la apoteosis de lo cursi en el arte). Fija sus recuerdos en la abigarrada pinacoteca, en el mobiliario, en los tapices, en la galería subterránea; y, sobre todo en el jardín que rodea el palacio, poblado de plantas y aves fuera de lo común, con terrazas superpuestas, provistas de escalinatas y adornadas de fuentes y estatuas. Ni la historia que colinda con la leyenda; ni el barroco que aquí tal vez se aproxime al *kitsch*; nada más y nada menos, el buen vivir de los humanos, que atrás han dejado las cuevas de Altamira y Lascaux.

Gómez Carrillo escribe acerca de las bayaderas, que son las bailarinas y cantoras de la India. En esta crónica mundana hace una rápida referencia a las que viven en la ciudad sagrada. Sin embargo, el lector solamente recuerda Benarés como la última escala del viaje hacia el reino invisible. En realidad, después de haber estado allí, el visitante ha tenido que resignarse con leer nada más que datos lacónicos sobre el lugar. Por lo tanto, con todas sus fuerzas, se aferra al recuerdo de su breve estada, que para él es cada vez más imborrable.

Primero, forastero como un ave de paso; más adelante, lector de referencias concisas como telegramas. Aunque esto no le impor-

ta, porque la ciudad sagrada la ha reducido entre sus sienas a unas imágenes esenciales: las empinadas escalinatas, los *ghats* (o crematorios), el navegar un trecho del Ganges con el fin de divisar los ritos de purificación entre cánticos de los fieles al rayar la aurora; o la caminata en una noche impenetrable para aproximarse lo más posible a un *ghat*, en cuyo fuego crepitaba la carne y los huesos de un difunto a punto de quedar en cenizas.

Benarés e Isola Bella aparecen instantáneamente en las páginas de Gómez Carrillo. Pero han sido verdaderos resortes para que alguien pueda retornar en alas de la memoria. Estar de nuevo en uno y otro punto, y así llegar a la conclusión —con la mayor de las ingenuidades— que Isola Bella equivale al buen vivir y Benarés al buen morir. Allá, el Palacio Borromeo con su extraordinario jardín poblado de aves blancas, reafirmando de tal manera que las islas son pedazos del Paraíso. Allá, los *ghats*, las escalinatas, un templo con un sacerdote orando, y las parejas de enamorados paseando relajadamente en el malecón frente al río sagrado, en tanto que en las inmediaciones hay quienes van dejando este mundo. El lector convertido en un viajero imaginario ha estado exactamente, en un mismo día, en Isola Bella y Benarés, y ya de vuelta a casa le da eternas gracias a nuestro admirable escritor.

EGINA, LO SIMPLE TAMBIÉN

Más de una vez he visitado la isla griega de Egina —allí cerca del puerto de Pireo—, y ahora me doy cuenta que toda visión retrospectiva, con el tiempo y la distancia geográfica de por medio, posee la virtud de aquilatar mejor lo ya vivido. El recuerdo sosegado sopea, atesora y escudriña exhaustivamente lo experimentado durante las visitas, que casi siempre son fugaces. Y he llegado a la conclusión —¡qué importa aunque parezca necio decirlo!— de que las gentes, las cosas y los lugares registran, en porciones iguales, la grandeza y la insignificancia, como que esta nostalgia de Egina me ha hecho ver que, además del templo de Afea, las solitarias ermitas y el monasterio de San Nectario —eso que conocí y que siempre recordé con asombro—, hay asimismo lo extremadamente simple, que resulta injusto echar de menos.

Esto último lo saco del fondo de la memoria, oculto humildemente, sumido por un inmenso temor reverencial, como aquellos mortales que se sienten inferiores delante de otras personas. Dejémonos de hablar figuradamente, y digamos que al recordar Egina aparecía, en un primer plano, un soberbio templo griego, numerosas ermitas anidadas en un monte, y un moderno monasterio. Finalmente, en estos momentos, ni más ni menos, un árbol de pistacho y un perro callejero, que muy decididos se han colocado por primera vez en el centro mismo de los recuerdos.

Lo uno y otro creo verlos delante, como si se dirigieran a mí reprochándome con resentimiento de que nunca haya hablado ni pío acerca de ellos, que los haya mirado de arriba abajo, como lo más insignificante de la isla. Les doy la razón, y hasta me remuerde la conciencia. Dejo entonces por unos instantes los lugares sacrosantos, pongo los pies al ras del suelo como debió ser antes, me percato en lo prosaico, y el creyente de todos los dioses se convierte en un hortelano y en un transeúnte más de las calles de la isla.

Desde acá clavo la mirada en el huerto de una hospitalaria casa, y vislumbro la planta que da el fruto típico del lugar; naturalmente, resulta cuán exagerado haber dicho de que me voy a transformar en hortelano, y en cambio sí estoy a la medida de lo que hice a la sazón, que es comer por primera vez los pistachos. En suma, tal como me enseñan, con una uña separo las dos partes simétricas de la cáscara, extraigo la almendra del tamaño de un maní, y la mastico con curiosidad. Enseguida engullo atropelladamente el resto que tenía en la mano.

Y fue una mañana en que me dirijo a la zona portuaria, cuando un apacible can archicallejero, de mediano tamaño, macilento, grisáceo, tan meloso como un perrito faldero, parecía que, con sus cinco sentidos, esperaba al primer transeúnte del día, que era yo y nadie más, cuando automáticamente me empezó a seguir. No había escapatoria en esa calle interminable, a lo largo de una antigua prisión; y, así, lo tengo como un inseparable compañero de ruta, paso a paso junto a mí, como un cicerone, un lazarillo, más exactamente, porque yo iba a tientas sin conocer el camino, y adivinando pretendía alcanzar afanosamente el bullicioso puerto. Por último, llegué allí, y la ocasional mascota se me esfumó para siempre, dejándome en la memoria un episodio inédito, y con seguridad irrepetible.

Aunque tarde bien vale poner en orden los recuerdos, y no dejar de lado ni las circunstancias más modestas. Y volvamos a Egina, y veo que todo está relacionado de modo estrecho. Afea —la divinidad de la isla—, según el mito, al huir de un pescador furioso desapareció en un bosque, y entonces me digo que en aquel paraje a lo mejor habría árboles de pistacho; que los ermitaños y San Nectario tal vez comerían este fruto típico de allí, y que cada cual tuvo tal vez tuvo un mimoso perro que los acompañaba fielmente. Por cierto, una conjetura caprichosa, pero que podría ser válida para comprobar que los seres sobrenaturales también se topan con las cosas terrenales. En consecuencia, no somos los más indicados para sepultar en el olvido ni las almendras que engullimos ni el can callejero que porfiadamente nos acompañó un trecho de nuestro itinerario.

PUSCHKIN EN SU MUSEO

Estuve en el Museo Puschkin en noviembre pasado. Era uno de los lugares que estimaba ineludible, adonde debía ir de todos modos esa vez que visité Moscú. La biografía de Alejandro Puschkin es el imán que me atrajo hasta el mismo sitio en que residió. Pero, en particular, dos hechos singulares y equidistantes en su existencia —uno en los orígenes del poeta, otro en su muerte—, que lo hacen diferente a los otros escritores de todos los tiempos.

Puschkin era tan admirado en vida, que el conocer de memoria sus versos resultaba cosa de muy buen tono. Escribió incesantemente desde el colegio, y las cumbres de su numerosa obra son los poemas de gran aliento como *Ruslan y Ludmila* y *Evgeny Onegin*, así como el drama *Boris Godunov*. Nunca hemos tenido a mano ningún libro de él; pero en cambio sus rasgos biográficos los llevamos grabados indeleblemente en la memoria. Por fortuna, ahora un poco más hemos avanzado en el conocimiento del legendario romántico ruso cuando recorrimos la casa en que vivió en Moscú, convertida desde hace años en primoroso museo literario, donde se puede seguir con exactitud sus huellas. Era como volver hacia atrás y darle alcance al poeta en su propia torre de marfil, lugar en que eufórico o alicaído soñó y escribió.

Recordaré en adelante la morada de Puschkin, con el mismo fervor de siempre. Porque, en efecto, nunca me había dejado de sorprender y conmover su historia personal. Por cierto, su sello distintivo no es del consabido poeta maldito, cuya rebeldía luciferina lo suele llevar de la mano a la inanición, al manicomio o al suicidio. Nada de ello tuvo que ver con Puschkin.

Precoz, afortunado literariamente; radiante, linajudo socialmente, pero su bisabuelo materno era el abisinio Abram Ganibal. No erramos si decimos que este hecho lo convierte en una rara avis entre los escritores europeos, con excepción de su tocayo el novelista francés Alejandro Dumas, que igualmente era nieto de africano. La rareza de

sus raíces se empareja con el desenlace de su vida. Muere tempranamente a los 37 años el 29 de enero de 1837 a consecuencia de un duelo a pistola por defender su honor y el de su bella esposa. En suma, noble ruso bisnieto de abisinio; muerto en duelo por lavar una ofensa; naturalmente, saber todo esto siempre nos llamará la atención y emocionará.

Vuelvo ahora al Museo Puschkin. La casa en que nace el poeta quedó arrasada en el incendio de la ciudad a raíz de la invasión napoleónica. Sin embargo, la mansión no ha sido doblegada por el tiempo, y en cambio está fielmente remozada albergando 4,000 objetos vinculados de una u otra manera al escritor. Hay muebles, cuadros, estatuas, libros, cuadernos y hasta un cabello de Puschkin. Exactamente, como el cabello de Mahoma, que se conserva en el Palacio Topkapi en Estambul. En uno y otro caso, la veneración en toda su magnitud.

Días después, el automóvil en que voy pasa casualmente delante de la estatua en homenaje al poeta. Es éste el monumento literario más antiguo de Moscú. Allí está de cuerpo entero el bisnieto de Abram Ganibal, que no dejó de sentirse orgulloso de su antecesor.

EGIPTO EN TURÍN

El llegar hasta el Museo Egipcio de Turín, y por cierto recorrerlo palmo a palmo, era uno de nuestros objetivos. Desde hacía algún tiempo abrigábamos tal esperanza, e incluso teníamos en casa un calendario, hoy ya caduco, adornado con significativas fotos de las principales ciudades italianas y entre las que aparece el frontis del museo soñado, y delante del cual como un imán se aprecia una estatua egipcia; y en realidad no dejábamos pasar ni un día sin clavarle la mirada.

Eran pues grandes mis expectativas tanto así que la visita no resultó un aislado episodio, ya que antes y después en el curso del viaje me topé con testimonios del antiguo Egipto. Sin habérmelo propuesto daba la impresión de que estaba siguiendo un cierto itinerario, como si me condujeran de la mano hacia una determinada dirección.

Fue en la renacentista Urbino —la patria chiquita de Rafael—, a pocos metros del Palacio Ducal, que divisó un obelisco de altura mediana, y de inmediato no dudé de que surgía como un hito en el camino, un especial anuncio de que tarde o temprano llegaría a la meta. Posteriormente, también del modo más inimaginable tuve asimismo otro encuentro, pues ahora en el Museo Nacional de Atenas, donde en un par de salas muy vastas e iluminadas hay una extraordinaria colección egipcia, que nos la devoramos al instante, sin salir de nuestro asombro al hallarla en las inmediaciones del recinto de la Grecia remota.

Desandemos lo andado y quedémonos en el lugar previsto, que acaso fue el resorte poderoso de lo que vimos primero en Urbino y más adelante en Atenas. Por último, he aquí entonces el museo de Turín que en importancia constituye el segundo en su género después del museo de El Cairo. Gracias a lo que alberga entre sus muros, el inmemorial y entrañable Egipto palpita en el mismo corazón de la capital piemontesa; más aún, da pie a figurarnos que el Nilo ha terminado desembocando en el Po, que es el río que cruza la ciudad.

¿Cómo estos diversos vestigios arqueológicos, incluso algunos de tamaño colosal, han podido ser trasladados a un lugar tan lejano? Lógicamente, el fervor humano y la vocación universal, que palpitan en la ciencia de la egiptología, cuidadosamente han catapultado — nunca tan justo este término militar— esculturas de todo tamaño, sarcófagos y momias en perfecto estado, numerosos papiros y estelas hasta el seno de un antiguo palacio europeo.

Es esa egiptología transformada en voraz pasión, que así la llevaba en sus venas el piemontés Bernardino Drovetti —oficial del ejército napoleónico durante la campaña de Egipto—, quien reunió unos ocho mil objetos, adquiridos más tarde por las autoridades de entonces, y que resultaron la piedra angular del museo inaugurado oficialmente en 1824. Después, a fines del siglo, fue nombrado director el egiptólogo Ernesto Schiaparelli, asimismo piemontés, quien logra enriquecer aún más la colección con compras sistemáticas y excavaciones en puntos escogidos con exactitud.

Hoy, al cabo de unas cuantas semanas de esta muy bien planeada visita, me pongo a recordarla y para refrescar la memoria me sumerjo en un breve libro que traje de allá celosamente conmigo. Es el vademécum más socorrido porque me permite que lo que vi rápido no lo eche en saco roto. Recordando y leyendo llego a conclusiones simples y evidentes, que sin embargo son para uno de muchísimos quilates. Allí, en el Museo Egipcio, está anidado el amor en esas esculturas que representan a unas parejas de esposos; allí, el acto de escribir personificado en los escribas y brillando en los papiros y en las estelas; allí, la vida de ultratumba como una precisa prolongación de todo lo mejor de la vida terrenal.

Comprendo hoy esta impaciencia por visitar el Museo Egipcio de Turín, que en el fondo era como traer agua al molino de mi reino interior, igual que en otras ocasiones. Fuimos hasta allí conscientemente, si bien nuestros pasos también se encaminaron en pos del obelisco de Urbino y hacia las salas egipcias del museo ateniense. Esto seguramente para que no olvidemos a unos serenos esposos que vivieron hace cuatro milenios; unos escribas de mirada penetrante; unos sacerdotes que, en los umbrales del más allá, pesan previamente las almas, según acabo de descubrirlo en un papiro.

ESOS VIEJOS AMIGOS

Pensaba él que el primer trecho del viaje lo iba a ser en compañía de sus nuevos amigos renacentistas del Museo de Brera en Milán, cuyo encuentro estaba preparándolo desde semanas atrás; pero sucede que cuando uno propone algo la casualidad puede disponer de una manera diametralmente distinta: en el recodo del camino unos antiguos conocidos suyos lo estaban aguardando. Prácticamente se da de bruces con ellos cuando menos piensa; sí, con ellos, a quienes él les había vuelto las espaldas hace tiempo y cuyas caprichosas obras no deseaba ver más, porque ahora prefería solamente los frutos de la alta tradición pictórica del pasado.

Vayamos despacio para entender lo que le ocurre a este tipo ingrato. Antes que todo él quería ir al Brera —lo dijimos ya—, sin embargo terminó yendo a otra ciudad distante, más aún a otro país. Finalmente, el inexorable imán que atrajo sus pasos se encontraba en la localidad suiza de Martigny, en el museo de la fundación Pierre Gianadda; allí, en vez de los cuadros del Brera (que tanto había esperado ver), estaba frente a ochenta obras ejecutadas durante el siglo XX, muchas de las cuales le resultaban familiares. Era la colección Gelman proveniente del Museo Metropolitano de Nueva York, tan completa, precisa e ilustrativa con respecto a lo moderno, como lo es el Brera con el Renacimiento.

Es aquí que el antiguo vanguardista —o renegado, o arrepentido, no lo sabemos bien— hace las paces, esa tarde estival, con aquellos pintores que ayer admiraba sin limitaciones. Entonces, desde Martigny se dirige imaginativamente a Manhattan, justo a los días de su mocedad, porque era el reencuentro con sus primeras devociones artísticas. El contemplador rumiaba sorprendido que en la vida no se puede ser inflexible en nada, que lo que se experimenta previamente responde por último a una causa.

Este renegado o arrepentido de la pintura y escultura contemporáneas, a partir de esas fortuitas circunstancias, saluda con efusión a

quienes, allá, en los museos de Manhattan, le inculcaron la lección de que el arte debe ser una pura búsqueda, un ir por la tierra de nadie. Por cierto, es el reencuentro con las buenas amistades de ayer; por cierto, además, ha olvidado los extremos inadmisibles, como es la desintegración del objeto estético y el consecuente callejón sin salida.

Es grande su alegría, sea como fuere, porque, allí en el museo suizo, ha vuelto a observar los paisajes lunares de color lechoso, de soledad sobrehumana, que Tanguy pintó mucho antes que los vuelos cósmicos; allí, la mesa de billar de Braque, los inconfundibles retratos de Modigliani, el cuadro de Rouault en que aparece una pequeña cruz. Naturalmente, hay muchísimo más, aunque las mencionadas pinturas parece él devorarlas.

La específica idea del reencuentro —entre padres e hijos, entre amigos cordiales— suele ser recurrente en algunas personas; el visitante del museo de Martigny ha tenido la suerte de sopesarla en una dimensión amplia. Asimismo, hay algo que complementa cabalmente todo: es la imagen de los propios artistas captada por unos insignes fotógrafos. He aquí los rostros de quienes han realizado estas obras modernas hoy clásicas; pero, también, el entierro de Léger, más o menos solitario; además, el atelier de Giacometti, desde varios ángulos, al día siguiente de su muerte, el 16 de enero de 1966, cuando los trabajos inconclusos están impregnados aún de la palpitante vida del escultor.

La súbita visita al museo suizo, según vemos, le resulta una lección por varias razones. No hay que sepultar en el absoluto olvido a aquellos que, por uno y otro motivo, nos familiarizaron con la contemplación estética. Esa tarde estival, de vuelta ya, cruza él las fronteras rumbo a Milán, con la satisfacción de haberse reunido con sus amigos de siempre; varios de ellos le han ofrecido igualmente una particular e inusitada lección, como que el sitio en que uno pinta o esculpe —lo demuestran así las inesperadas fotos— puede estar sumido en un desorden febril, semejante al de una cocina donde se preparan los platos que nos proporcionan el aliento vital.

EL NAZARENO DE MONSEFÚ

Improvisamente ocurrió, cuando menos se pensaba. Habíamos ido hasta Monsefú nada más que a comprar alguna que otra chuchería artesanal, de las que allí se hacen con bastante gracia. Sin embargo, viajando en el ómnibus, nos dijeron que en esa semana justamente se estaba celebrando la festividad en homenaje al Señor Nazareno Cautivo; quizás todo nos entró por un oído y nos salió por el otro. Pero fue el aviso rotundo, la señal de una experiencia única, por siempre imborrable.

Hallándome ya en la Iglesia de San Pedro, templo principal de Monsefú, más bien pequeño y sencillo, de inmediato me llaman de una sala contigua. Hacia allí voy entonces, y es cuando me topo con la efigie del Señor Nazareno Cautivo, rodeada de un puñado de fieles, de pie, y vestida con una recamada túnica violeta; en el preciso momento en que la cargaban en andas para llevarla al interior del templo, entre los sones estentóreos de una banda de músicos, que empezaba a tocar, acompañando con la mayor de las solemnidades el desplazamiento de Cristo cautivo, aunque únicamente fuera de un recinto a otro.

Nos unimos al raro cortejo, conmovidos de la cabeza a los pies. La emoción era tan grande como cuando se disfruta el placer o se padece el terror, uno y otro intensamente. Pero lo que experimentamos no era el gozo carnal (que para algunos creyentes orientales es una vía a los cielos), ni el miedo cervical (sin duda, para todos, una vía a los infiernos), sino la emoción provocada por una súbita mezcla de fe y conmiseración. Es un apretado nudo en la garganta, un sollozo contenido a duras penas, que irrumpe desde el último rincón de uno. Al parecer, estamos en igual situación, tanto los lugareños como los que venimos de fuera.

Es el corto desplazamiento de la imagen sagrada, desde la sala parroquial, como un acto previo a la festividad que más tarde —u otro día acaso— se realizará con el acompañamiento de los fieles del

pueblo. Ahora, ya en el templo, pasada la impresión del primer instante, divisé varias cosas que también me llamaron la atención: la parte central del techo estaba pintada con escenas bíblicas; en el lado donde fue colocada la estatua había un ropero con otros trajes tales del Nazareno; asimismo, en el centro del templo, una mesa rectangular con apetecibles frutas, que tenían una cáscara tan reluciente por lo que uno dudaba si eran naturales o artificiales.

¿En qué radica la emoción que nos embargó? Desde luego, ante todo la fe inextinguible; pero, además, la visión de Cristo doliente, cuya figura de yeso fue realizada por algún anónimo escultor del lugar, o quizás de otro punto del mundo; (por cierto, no lo indagaremos nunca, que lo mismo da). Cristo, en el más vivo reflejo del dolor, en los finales de su tránsito terreno, exactamente como cualquier otro mortal que nace, vive y muere en Monsefú. Por delante las laceradas manos superpuestas, como las maniatadas de un cautivo; una diadema de metal ciñéndole las sienes, como símbolo de la corona de espinas. Allí, en el semblante del cautivo, está la causa de todo: cejijunto, barbado, ojeroso, demacrado, entre tonalidades lívidas, y los ojos casi entornados con la mirada fija en el vacío, brotando desde las entrañas, como despidiéndose de su Madre María.

Pero enseguida una reflexión artística, que a lo mejor es inoportuna. El recargado atuendo y los ornamentos tienden a ser barrocos; en cambio, el rostro es de inspiración expresionista, porque evidentemente resulta la emergencia de lo patético, según caracterizan a esta escuela. La digresión no es forzada, porque desde días antes, mañana, tarde y noche, pensaba sobre qué es lo barroco y qué lo expresionista; en realidad nunca me imaginé que finalmente allí —adonde había ido a comprar unas simples artesanías— hallaría quizás un ejemplo de lo uno y lo otro.

Vuelvo ahora sobre mis pasos, y me hallo nuevamente en la sala parroquial de San Pedro. Otra vez escuchamos los sonos de la banda de músicos; el Señor Nazareno Cautivo va a ser alzado en andas. Está de pie como haciendo equilibrio entre los cielos y la tierra. Unos lo besan, otros lo tocan temblorosamente, con un nudo en la garganta o con lágrimas en los ojos. Lo besamos, lo tocamos, exacta-

mente como cuando nos despedimos de nuestros seres queridos, que abandonan el mundo visible. Por fortuna, esa mañana no era una despedida, sino el emotivo saludo del encuentro con alguien que estaba siendo trasladado a la casa vecina, que es la suya por derecho propio.

ESCILA Y CARIBDIS

En esta mañana algo asoleada —en circunstancias sin duda qué gratas—, he pasado por los feudos de Escila; ahora, de noche, retornando a la ciudad de Reggio Calabria, cruzo de nuevo por allí. Naturalmente, en ambas ocasiones, recuerdo que al frente se encuentra el dominio de Caribdis, en el otro lado del estrecho de Mesina. Aunque no estoy navegando por sus aguas, sino que discurro por tierra firme bordeando el litoral calabrés, esforzándome en divisar las costas de Sicilia, y figurándome el exacto punto en que habitaba Caribdis. Basta pasar rápido por esa zona, que uno automáticamente termina filtrándose en la imaginación universal.

«Entre Escila y Caribdis», frase convertida en proverbial en el curso de los milenios, significa un ineludible peligro por partida doble. «Salir de Escila para entrar en Caribdis», otro dicho que simboliza justamente lo mismo. Están en los diccionarios, en los labios de algunas gentes, que gustan expresar así los peligros que el existir nos pone delante desde el primer latido. Son los riesgos que, sucesivamente, asechan a la vuelta de la esquina o del camino.

Pero ¿qué tienen estos nombres para reflejar el temor humano ante los riesgos? ¿Por qué Escila encarna un tremendo peligro, por qué a su vez también Caribdis? Dos puntos frente a frente en el estrecho de Mesina —lo dijimos ya—, que separa el territorio de Calabria de la isla de Sicilia; dos lugares en que habitaban, mejor dicho, dos antros donde se transfiguraron en lo que más tarde serán en definitiva, tal como se les conoce. Allí, exactamente, la imaginación ha echado raíces, no a partir de ayer, sino desde el trasanteayer del mundo, desde sus orígenes.

Es el alba terrenal cuando los navegantes, entre ellos Odiseo y los argonautas, al cruzar por esos parajes deben encarar los riesgos que representan tanto Escila como Caribdis. A la verdad, quien hoy va en automóvil o en barco, no llega a imaginarse ni una pizca cuán grande era el peligro en esa parte del estrecho. Aquí, en su tenebrosa

cueva, Escila convertida en un monstruo ladrador, de seis cabezas y doce patas; allá, al otro lado, Caribdis bajo las trazas de un mortal torbellino, suele tres veces al día aspirar el agua en grandes cantidades, y después vomitarla entre bramidos. Puntualmente, en consecuencia, las barcas zozobran, ya por culpa de Escila, ya por culpa de Caribdis.

Presiento que hoy las cosas han cambiado por completo. Voy atravesando la zona libre de toda asechanza. Así, pues, cruzo la pequeña localidad de Escila, seguramente a corta distancia del punto en que moraba el monstruo. Soy un forastero sosegado, campante; naturalmente, en estos momentos, no pienso en ningún riesgo. Lo que percibo es un lugar sereno, e inconscientemente creo que la vida también puede ser un caudal de señas amigas, positivas, favorables.

De modo que hoy retrocedo a los orígenes. Prefiero remontarme hasta entonces y reunirme con dos agradables deidades, que así en realidad eran Escila y Caribdis, antes de su transformación lamentable. Vuelvo a los días en que eran un par de muchachas hermosas y rompían los corazones de dioses, semidioses o de esos pobres mortales (que son nuestros más remotos antecesores). En vez del peligro duplicado, que ambas desencadenaran en el estrecho de Mesina, prefiero evocarlas en su estado divino original. A Escila se le conoce mejor, hasta posee genealogías algo distintas. Elijo una de las leyendas: hija de Forcis; enamorada de Poseidón, cuya esposa Anfitrite, ciega de celos, se venga de ella transformándola en un monstruo que ladra. De Caribdis se dice nada más que es hija de la Madre Tierra y de Poseidón; y que por ser una mujer voraz resulta arrojada al mar por el rayo de Zeus; desde entonces se encuentra convertida en un remolino.

Aunque sea únicamente ahora, cuando paso por el pueblo de Escila, no creo en aquellos proverbios pesimistas. Ni tampoco quiero evocar a Escila y Caribdis como espeluznantes seres maléficos. El destino ha revocado sus decretos funestos: no voy por aguas tempestuosas ni por caminos pedregosos. Este viaje por Calabria me explica que no todo es pura zozobra; que hay circunstancias gratísimas como justamente hoy, según lo confieso aquí desde las primeras líneas.

COMPAÑERO DE RUTA

No sólo coincidiendo en el mismo grupo generacional, no sólo en la espontánea lectura recíproca, no sólo juntos en una importante tesis doctoral, sino también en el acto de viajar, que me lleva a reencontrarme con Enrique Lihn en los lugares más variados y aun lejanísimos. En realidad, sin proponérselo deliberadamente, un poco bajo el impulso del intempestivo azar, fuimos ocasionales compañeros de viaje en momentos distintos, y es así en consecuencia que nuestro itinerario común configura un rosario de convergencias muy significativas en que siempre estuvo de por medio el señuelo de las letras, que como un imán magnetizaban nuestros pasos hacia un determinado punto.

Lihn tuvo conciencia de ello, e incluso lo hizo patente en la dedicatoria que puso de puño y letra en su poemario *Pena de extrañamiento*, el último libro que me obsequió. Fue una dedicatoria muy expresiva, hasta diría curiosa, fechada el 15 de junio de 1987, esto es, el año anterior de su fallecimiento. Prácticamente, un puñado de palabras escritas en Valencia, a la velocidad del rayo, y que dieron en el clavo en cuanto a un aspecto de nuestra amistad. Pues allí estoy como un compañero de ruta de Lihn, quien dice que nos hallamos en el camino de Darío y Chocano, recalcando que es más áspero; y añade que ayer estuvimos en Nueva Delhi, hoy en Valencia, y mañana en Barcelona, adonde íbamos a ir después.

La ruta recordada por Lihn arranca en Toronto, con motivo de un encuentro literario internacional, al que yo asisto por su gentil gesto de sugerir a los organizadores de que me transfirieran la invitación que originalmente era para Nicanor Parra, quien no podía asistir. En los siguientes días, pasaríamos a Nueva York, reuniéndonos allí con Rigas Kappatos y Pedro Lastra, quienes serán nuestros gentiles anfitriones tal como ocurrirá todas las veces que cada cual visite de nuevo dicha urbe.

El camino de Darío y Chocano lo íbamos a extender hasta los propios antípodas, y fue cuando menos lo pensábamos. La coincidencia es ahora en Nueva Delhi con motivo del Festival Valmiki, y para lo cual Lihn tendrá que escribir ex profeso algunos poemas pues no había llevado consigo ningún libro suyo para leer en los recitales en que estaba programado. Posteriormente, todos los participantes iremos a Agra a palpar con la vista el monumental mausoleo del Taj Mahal; y por último pasaremos a Benarés donde al rayar el alba observamos los ritos matinales y en una pequeña embarcación navegaremos en las aguas del Ganges, quizás entre cenizas aún tibias de los difuntos cremados en las inmediaciones.

El otro trecho de la ruta común fue Valencia, y esta vez el señuelo o el imán o el norte —no sé cómo definirlo— fue la conmemoración del encuentro de escritores que tuvo lugar allí en 1937. En vista de que casi la mayoría de los poetas estaban enmudecidos en el mar de participantes, Lihn por propia voluntad organizó un recital en el marco del congreso en que cada uno leyó sus versos. De Valencia ambos pasamos a Barcelona, y recuerdo nítidamente que fuimos a contemplar el frontis de la iglesia de la Sagrada Familia concebida por Gaudí.

Naturalmente la ruta se repliega, y volvemos al corazón sudamericano, desandando lo andado. Nos encontramos esta vez en el balneario de Huanchaco, en compañía de Alberto Escobar; los tres somos el jurado de un certamen de poesía, y fue entonces que elegimos por unanimidad el libro *Cementerio general*, de Tulio Mora. No recuerdo bien cómo fueron las deliberaciones, aunque sospecho que este joven escritor peruano fue escogido por Lihn al considerarlo como un compañero en la ardua ruta de las transgresiones literarias, que es lo que más le interesaba a él.

Pero volvamos a la corteza terrenal, a los caminos transitados, en fin, a este cuaderno de bitácora que a trompicones he tratado de escribir aquí bajo el impulso de la generosa dedicatoria del amigo bueno, del admirable poeta deshinibido, que acá muchos siempre recordamos. Y hoy me encuentro con nuestro compañero de ruta otra vez en Benarés, donde lamentablemente nunca llegaron ni Darío

ni Chocano. Esta mañana, despuntando la rosada aurora, vamos navegando en una canoa en medio del Ganges, y de improvisto me doy cuenta que, cuando el alma parte rumbo hacia los cielos, la carne es cosa percedera y hasta puede terminar siendo pasto de algún perro hambriento, justo como lo estamos observando allí en la orilla del río sagrado.

EL ROBOT CANINO

Estoy seguro que he estado antes en la ciudad holandesa de Harlem —vuelvo literalmente después de mil años—, y ahora a estas alturas de la vida visito el Museo Teyler, que versa sobre la historia de la cultura humana, y que constituye la institución más antigua en su género que hay en este país. En realidad, he llegado un poco desprevenido, con el propósito de conocer la colección de dibujos que previamente ejecutó Miguel Angel para la Capilla Sixtina. Nos salió el tiro por la culata, ya que en esa oportunidad no se hallaba en exhibición.

Hace un par de días que estuve allí, y hoy con la ayuda de un didáctico folleto en torno al Teyler, pongo en orden los recuerdos aún frescos de visitante imprevisto, que sin merecerlo lo ha recorrido rápidamente. En un comienzo, una absurda desazón de no encontrarme en un museo consagrado en su totalidad al arte, con lo cual uno está siquiera un poco familiarizado; pero la impresión final, tras recorrer la última sala, fue de gran sorpresa mezclada con una alegría personal y el fuego de la imaginación desatada.

Pues bien, digamos que hemos visto la historia íntima del globo terráqueo, cuyos orígenes son puestos en evidencia en el Teyler, aunque siempre creeremos porfiadamente que responden a un misterioso acto divino. Allí están los restos petrificados de plantas y animales existentes hace millones de años; son nítidos vestigios fosilizados que se remontan al período cámbrico, exactamente en el alba de la Tierra, y llegan hasta el actual período cuaternario. Y, en dos zancadas, dejamos atrás de nosotros los tuétanos terrenales, como si no hubiera sucedido nada, y entramos a las galerías tachonadas de instrumentos que reflejan la avidez mental para dominar la realidad física.

Fue a punto de culminar la visita cuando estuvimos en nuestro propio elemento. Dejamos la indiferencia del profano con que en verdad habíamos observado los complejos instrumentos, y repenti-

namente he aquí en medio de un mundo archiconocido, que lo hemos tenido a la mano desde nuestros primeros vagidos. Nacimos a la par con él, y por ello lo consideramos consubstancial, indesligable de nosotros; simplemente, los electrodomésticos, simplemente aquello que ha hecho que nuestras vidas sean mucho más sosegadas. Y esto no era todo, porque de súbito observamos un pequeño robot en forma de perrito faldero, que aparecía como la más soberbia joya de la corona, descollando entre nuestros socorridos artefactos de marras.

Ver el robot canino superó prácticamente mis expectativas. Era del tamaño de una plancha eléctrica, y reflejaba la forma de un perro de verdad. Allí estaba como el ápice de los electrodomésticos, destinado a ser probablemente el querencioso acompañante en los hogares del futuro. A diferencia de los de carne y hueso, no hace sus necesidades, no ladra, no tiene pulgas, no huele mal, no muerde, y es qué obediente. El perfecto can, que alguna vez aparezca en nuestros alrededores, hasta podría convertirse en un lazarillo de las personas invidentes, según lo imaginamos ahora. Entretanto, sí que es un robot emblemático.

En estos momentos, sopesando la visita al museo de Harlem, seguramente nos quedamos con la miel en los labios al no contemplar los dibujos de Miguel Angel, que era el motivo que nos llevó al Teyler, de cuyos exactos alcances no teníamos una idea clara. En cambio, en el específico plano de los hitos científicos —los de ayer, los de hoy, los de mañana— quedamos con las pupilas colmadas, como debe haberle ocurrido al resto del público. Y, más aún, ese insólito animalito mecánico cómo hizo posible que entreveamos que la robótica, amén de concebir autómatas que nos ayudarán a superar el yugo del trabajo material —el que muchos aborrecen porque quieren consagrarse al ocio creador—, igualmente nos dará fidelísimas mascotas en cuya compañía podremos salir contentos a pasear despreocupadamente.

ENTRE LA MAJA Y SATURNO

Esta mañana en el Museo del Prado hay un visitante, que tras contemplar las pinturas de Diego Velázquez, entra con evidente impaciencia en las salas de Francisco de Goya. Sí, en efecto, hoy recuerda él claramente que empezó a conocerlo en los días de la adolescencia, en el tomo de una colección de arte universal que había en su casa, y fue entonces que terminó hechizado por la *Maja vestida*; lógicamente, tarde o temprano, el descubrimiento de Goya se complementaría cuando se topa por fin con la *Maja desnuda*, quizá en otro libro o en alguna revista.

Por enésima vez ha ido al museo madrileño, y aunque tuvo que cruzar mares y montañas para llegar hasta allí, sin embargo ya lo tenemos observando como antaño sus dos lienzos preferidos. Pero ahora este nuevo peregrinaje —en verdad siempre algo de prisa— resulta en sí un tácito homenaje ya que justo el sábado 30 de marzo, que está a la vista, se conmemora 250 años del nacimiento del autor de los *Caprichos*, quien vio la luz en Fuendetodos, cerca de Zaragoza,

En toda relación con las obras artísticas, en particular aquellas que no dejamos de preferir, hay ciertos estímulos especiales que nos ligan a ellas, y hasta pueden ser una suerte de fundamentos íntimos. Esto lo rumia cuando viene escudriñando cada obra de Goya, y descubre que hay algunos cuadros que le vienen de perlas para representar el itinerario de su larga vida y de su cambiante sensibilidad estética; que en cuanto a esto último es mejor revelarlo enseguida: el ocasional visitante es un pintor vanguardista arrepentido, que en el ápice de su entusiasmo por el arte moderno nunca se olvida de las dos proverbiales majas, que él conoció cuando aún era colegial.

Pues bien, en las postrimerías del invierno europeo, se halla de nuevo ante lo más granado de lo que pinta Goya en sus ochenta y tantos años —digamos exactamente que muere en Burdeos (Francia) en 1828—. Mientras va repasando los lienzos recuerda ante todo que fue pintor de la corte, inmortalizando así a Carlos IV y su familia

en un cuadro que constituye la niña de los ojos de los críticos; asimismo, que ejecuta más de doscientos retratos cuando alcanza a ver el autorretrato que Goya se hizo ya un poco envejecido; o el que le hizo a su esposa Josefa Bayeu; y, en suma, hoy el vanguardista arrepentido hasta le agrada el hispanismo palpitante de los lienzos inspirados en las fiestas populares y, por cierto, el terrible realismo tan fidedigno como una foto periodística contemporánea reflejado en *Los fusilamientos del 2 de mayo*, o la inspiración fantástica, específicamente en *El coloso*.

Es en este día invernal que se da cuenta que unos lienzos de Goya resultan para él como hitos. Ha llegado el momento de llevar agua para su molino: por un lado, esas dos majas —la desnuda y la vestida—, que son las primeras pinturas que paladeó; y, por otro, *Saturno devorando a sus hijos* —gemelo de *El coloso* en lo grotesco—, que ahora admira cada vez más, por ser fiel retrato del dios romano del tiempo, o un espeluznante reflejo del inconsciente humano, según se entera cuando retorna a casa. He aquí, pues, Eros y Tánatos remacha él con tristeza.

El rapto de sinceridad se prolonga porque confiesa también que la increíble biografía de Goya (que en estas horas cómo la sopesa) le ha hecho ver lo que hubiera querido vivir en realidad. Curiosamente la nueva ida al museo madrileño le demuestra que él es un tipo tan pusilánime como grisáceo, al contrastar su existencia con la del gran maestro, que en cambio sí fue mujeriego, pendenciero, que era amigo de la realeza y de la plebe, y que por quitarme allá esas pajas ponía en su sitio a los criticastros enemigos. Pero no olvidemos que el visitante del Prado es un vanguardista arrepentido —antes fue devoto de los estilos abstractos de Mondrian y Malevitch—, y que finalmente se ha dado cuenta de que nunca será un pintor dúctil ni fecundo.

La visita no dura más de cuatro horas, aunque lo ha sacudido de la cabeza a los pies; termina entonces su nueva peregrinación a las fuentes, que le son inalcanzables por lejanas; abandona el museo y se encamina a su hotel. Allí, como no le ocurrió en ocasiones anteriores —en verdad hoy está más viejo y, por lo tanto, todo le resulta irreparable— se siente qué empequeñecido. Resignadamente acepta su

destino, y llega a la conclusión de que se irá al otro mundo con el sabor amargo de que quiso ser y no pudo, ni como hombre ni como creador; si bien, en el fondo parece que está contento de que uno de sus mayores sí tuvo la fortuna de realizar aquello que le vino en gana entre las postrimerías del siglo XVIII y comienzos del XIX, que eran tiempo difíciles como siempre lo es en la viña del Señor.

DE EPIDAURO A DELFOS

Es un par de peregrinajes tanto a Epidauro como a Delfos. Y en todas las ocasiones fui motivado exclusivamente por el arte, que era el imán que convertía mis pasos en los de un autómatas resuelto en llegar cuanto antes. Además de ese interés primordial, desde luego había también en mí la curiosidad histórica, y poder palpar con los ojos por primera vez las reconditeces del pasado.

Nunca se me pasó por la mente que tales visitas las iba a recordar vinculadas a la socorrida medicina. Es así que ahora mismo aquel viajero de salud de hierro, interesado por las cosas del espíritu, le cede el lugar a un memorioso con ciertos achaques, que gracias al mecanismo de la remembranza se encamina hasta allí por enésima vez, y aun abrazando al unísono los dos legendarios lugares. Pienso nada más en los dioses que poseen el don de expulsar las enfermedades.

Voy pues en un peregrinaje sui generis, en una y otra dirección. Primero a Epidauro, como fue en la realidad de los hechos, donde diviso un soberbio anfiteatro para unas 14,000 personas, y me uno a los demás excursionistas, subiendo a la parte superior para desde allí gritar alguna palabra, y escuchar así el eco de nuestra voz. Es el lacónico, el tartamudo, el casi afásico —todos estos hablantes limitados que llevamos dentro—, que desean oírse a sí mismos en un escenario tal, como Epidauro, antes de abandonar el mundo.

Pero Epidauro había sido algo más, muchísimo más, evidentemente todo ello hoy invisible por culpa del tiempo. Ni una jota yo sabía de que allí, en ese mismo lugar, se levantaba un balneario termal, donde había un santuario dedicado a Asclepios —entre los romanos, Esculapio, que así se le conoce comúnmente—, divinidad de la medicina, cuyos secretos descubrió al ver resucitar a una serpiente luego de que comiera una hierba de propiedades curativas. Se dice que en Epidauro se podía recuperar la salud durmiendo en el tem-

plo de Asclepios, que durante el sueño se sugerían los remedios para curarse.

Más adelante, vamos de frente a Delfos, que es la milenaria aunque todavía enhiesta morada de Apolo, padre de Asclepios, nada más ni nada menos. Lo sé a duras penas ahora, pues las veces que fui hasta allá obstinadamente sólo quería llegar al sitio donde estuvo la fuente Castalia, y repetidamente contemplaba el vecino monte Parnaso, el templo de Apolo y el anfiteatro, y fijamente pensaba en las musas y en el celeberrimo oráculo.

Apolo es dios de la luz, la poesía, la música, e igualmente lo es de la medicina. Y por ello que Asclepios es hijo de él, y por ello su educación se la confió a Quirón, el centauro-médico. En consecuencia, tras rumiar los peregrinajes a Delfos y los atributos divinos de Apolo, forzosamente he venido pensando en Aldo Pellegrini, escritor-médico argentino, fallecido hace algunos años, y notable divulgador del surrealismo en el ámbito del español. El recordarlo no es algo raro, sino que nos ha ayudado a comprender la identidad del dios délfico y la curiosa asociación de la poesía y la medicina, que a veces se presenta en la historia literaria.

Después de ir a Epidauro y a Delfos creo que dejé de ser siquiera un poco el viajero indocto. Finalmente, descubro la existencia de Panacea e Higía —o Salud entre los romanos—, ambas hijas de Asclepios; y además he palpado en carne propia de que la letra con sangre entra, porque estando enfermo un amigo me sopló en el oído de que Esculapio corresponde al griego Asclepios. Y, sobre todo, he comprendido a fondo aquel precepto de Apolo, según el cual hay que conocerse a sí mismo. Sí, en efecto, he aquí el más desordenado de los mortales, que en vez de ilustrarse antes de emprender un viaje, lo hace siempre después, amalgamando a tropezones sus recuerdos, y tratando de desentrañar por fin lo que ha visto previamente.

EN EL PAÍS DE CHAGALL

Estas no han sido las circunstancias que inesperadamente me condujeron a la muestra en homenaje a Juan Gris, ni tampoco cuando tiempo después voy a contemplar los murales de Fra Angélico. Hoy es enteramente distinto: no me hallo en unas vastas salas de exhibición ni en los corredores de un convento, Nada de ello, pues, sino solamente tengo a la mano un puñado de libros, incluso con imágenes algo descoloridas; y, además, palpitando en uno la evocación de lo ya visto anteriormente, grabado con fuerza en la memoria. Es la pintura de Marc Chagall, que ahora tengo delante nada más que así.

En este año se conmemora el nacimiento de Chagall, quien ha fallecido recién en 1985. Se me sugiere que escriba sobre él, y por tal razón leo para documentarme, repaso las reproducciones y me aferro al recuerdo de los propios cuadros que mucho antes he visto en los museos. Sin embargo, me resulta un hecho especial, semejante a una inmersión en uno mismo, una verdadera introspección. Para decirlo desde otra perspectiva, es algo que está al sabor de mi paladar, comenzando con el poema que el pintor compuso, que, sin duda alguna, cuánto nos hubiera gustado escribirlo. Pero mejor debo ir despacio: no es que yo únicamente concuerde con Chagall, sino que hay otros en todas las latitudes, en particular los enamorados y los creyentes, que le profesan una devoción igual.

Pongo manos a la obra, y naturalmente me fijo en lo más notorio de su estilo. He aquí la representación del mundo visible, como lo pueden hacer los niños, los locos o los primitivos. Hombres, animales y cosas literalmente volando por los aires, al parecer lanzados por un huracán. No es el furor de los vientos sino el imperceptible soplo interior, que constituye la fantasía desatada, la cual imprime el privilegiado poder de la ascensión.

Probablemente estamos vislumbrando el carácter central de la pintura de Chagall, y con cierto *parti pris* creo haber comenzado por este punto, como llevando agua para nuestro molino. Pero, desde

luego —lo confieso—, más lógico habría sido mencionar ante todo sus raíces, pues el nacer en un pequeñísimo pueblo ruso y el ser judío son hechos que lo marcaron para siempre. En Vitebsk —su lugar natal— había unas treinta iglesias, y me figuro que tal vez allí existirían rincones parecidos al propio pesebre de Belén, por la dulce fauna que el pintor irá diseminando en sus lienzos. Es como una comarca portátil que él lleva metida en su sangre de judío errante, que nunca dejó de leer la Biblia; y todo en suma —conforme lo sugiere bellamente en el poema— constituye el más entrañable de los países, que es la intransferible alma.

Chagall se preocupa principalmente por el fondo de su arte, según ha dicho. Pero ¿cómo llega a cuajar su técnica, que es la vía para poder revelar ese raro contenido? La asimila en París, donde la lección de los vanguardistas dará rienda suelta pronto a su estilo, que lo acompañará de por vida, sustentado en colores radiantes, en figuras increíblemente dislocadas y deformadas por el poder de la ingenuidad y la fe. Había salido temprano de su *ghetto* ruso, llegando puntualmente a la capital de la pintura, en la primera hora de las innovaciones, aunque a la postre resultó un inclasificable en el festín de los ismos modernos.

Es un solitario por la peculiaridad de su expresión y, más aún, por el sentido de su vida. Poca importancia le daba al tiempo y al espacio, y para él el arte era el reflejo del reino interior, una representación psíquica. Allí humanos y animales están en un mismo nivel; asimismo, las páginas bíblicas y el circo; y toda su inspiración queda impregnada de un amor fanático. Los vanguardistas ateos, que habían expulsado de sus mentes a Dios, miraban desdeñosamente a Chagall, tildándolo de místico. En realidad, no se equivocaron.

ENTRE EL RIN Y EL GANGES

Dos ríos distantes entre sí, pero sobre todos distintos como el día y la noche. Y, justamente por esto último, sus riberas resultan de índole tan opuestas. Desde luego —digámoslo antes de proseguir—, ambos son iguales en su configuración, al constituirse cada cual sobre la arrugada corteza terrestre; y lógicamente se asemejan en términos generales. Sin embargo, las diferencias se acentúan cuando andando el tiempo han asumido una naturaleza particular, que hace que sus riberas posean una fisonomía tal, hasta dejar asombrados —por razones dispares— a todos los que los observan por primera vez.

Aquí, a la mano, el Rin; allá, al otro lado del mundo, el Ganges. Dos de los ríos más célebres, que, arropados en sus respectivas fomas legendarias, el uno va por Alemania, el otro por la India, a través de cauces interminables, como si jamás quisieran detenerse. Aunque no es únicamente esto: por igual circulan palpitantes en la imaginación universal, pues desde hace muchísimas épocas hay quienes piensan y repiensen en ellos, como si cruzaran con toda puntualidad por sus ciudades natales o circularan a lo largo de los reinos interiores (en otras palabras, las propias almas de las gentes).

Hace algunos años un viajero navegó al amanecer por el Ganges, en un pequeño bote, a la altura donde se alza la ciudad sagrada de Benarés; y, ahora, en un atardecer casi de verano, va viajando en tierra firme por los alrededores del Rin. Pero cuando está contemplando el sosegado panorama del río alemán, sus riberas de veras deliciosas, extrañamente resulta impulsado, como a contrapelo, a otro espacio y a otros días, que no hace mucho vivió.

Sea como fuere, continúa avanzando a lo largo del Rin, palpándolo con la vista. Allí, en efecto, están sus orillas desde donde se elevan unas suaves colinas, y en cuyas cimas y laderas se empinan resueltamente casas con techos a dos aguas y, junto a ellas, esbeltos castillos medioevales, cuyos muros algo negruzcos semejan la pátina del tiempo. Los castillos hoy son hoteles, viviendas privadas o museos, según

le dicen al forastero; en resumidas cuentas, la pura vida cuajada allí. Pero la actitud contemplativa, que le ha despertado el Rin, enseguida lo lleva a recordar aquello que puede ser el reverso de la medalla, el polo opuesto de lo que al presente está viendo. Es la experiencia que tuvo años atrás al divisar en cierta ocasión el Ganges. De tal modo, desde el sedante Rin pasa de repente a una de las riberas del Ganges, que bordea Benarés. Así, de una visión estrictamente terrenal a una visión que deja entrever el más allá. Es ésta la ribera del todo diferente, a la que no sólo se llega a orar cuando despuntan los primeros rayos solares, sino forzosamente a algo mayor, como es el cruzar el umbral de la muerte.

El viajero se encuentra en Benarés, de nuevo como ayer (aunque hoy imaginativamente). Baja por las empinadas escalinatas hasta una especie de embarcadero; enseguida, navega en un bote un corto tramo, retornando al punto de partida. En la orilla de enfrente hay una escasa arboleda; en la otra —donde se alza la ciudad sagrada— está allí precisamente el polo opuesto del Rin. Una multitud de hombres y mujeres oran —ya lo dijimos— a viva voz con la mirada fija en el sol naciente; y eso que se oye más parece el canto de una bandada de pájaros desconocidos. Todos acuden a las aguas del Ganges, porque los purifica; allí se bañan, o únicamente se lavan la cara o los dientes, o la ropa que los cubre día a día. Pero no sólo el agua purificadora sino el fuego de las piras funerarias, sobre una colina en uno de los extremos, que reduce a cenizas y deja en libertad el espíritu.

El Rin termina desembocando en el Ganges, aunque sus riberas sean desmesuradamente distintas; sin embargo, éstas son inseparables hasta estrecharse entre sí finalmente. Pues la pura vida de uno —los viejos castillos, el paisaje ameno— y la pura ultratumba del otro —el agua y el fuego purificadores— constituyen una sola cosa, que es el destino humano. Tantos quieren encastillarse en los dulces refugios del Rin; en cambio hay unos pocos que quieren desligarse de la vida mortal en una pira del Ganges, y meterse para siempre en lo invisible.

EN EL TEMPLO DE POSEIDÓN

Unos amigos nos invitaron a su casa en una playa próxima a Atenas, y nos dijeron que de allí se podía ir fácilmente a Sunion. En un primer momento no recordaba si había estado anteriormente en ese lugar. De todas maneras, el nombre me sonaba en los oídos, y nada más. El no saber qué era Sunion, confirmaba lo que ayer me enrostraba a mí mismo, como es el llegar a Grecia sin merecerlo. Era un pecado que en cierto modo acaso lo iba a expiar.

La letra con sangre entra, y bien lo comprobará ese iletrado (que soy yo por cierto), uno más del vulgo del siglo XX, que por oleadas suele llegar a tan legendarias tierras, en verdad sin comerlo ni beberlo. Hasta aquí la justa digresión; retomo de inmediato la senda: finalmente, en Sunion; luego, momentos después, en las cercanías y en circunstancias que vivo inesperadamente, y que ahora descubro como parte de la jornada, secuela natural de esta visita.

El viaje de ida fue corto y bastante agradable, a lo largo de una vía junto a la costa y, en los tramos últimos, entre pequeños barrios de veraneo. El recorrido termina ante una suave pendiente, que, en la parte superior, desemboca en un escenario de veras único. Estamos en un paraje en que la tierra se prolonga como cuchillo o lengua dentro del mar. Pero Sunion es una zona sagrada, porque alberga el templo al dios de los océanos, que es Poseidón para los griegos y Neptuno para los romanos.

Pocos santuarios que se alzan sobre la superficie terrena poseen tanta coherencia con sus fines, como aquél. El templo de Poseidón, a simple vista, muestra el estrecho enlace con la deidad bajo cuya advocación se ha edificado. Pues cualquier morro o cabo es lo más aparente para tener en su seno adoratorios a la divinidad marina. Seguramente, además de mirador desde donde divisar las naves que vuelven satisfechas o a punto de zozobrar, constituye el sitio natural, el más propicio para elevar preces y colocar ofrendas votivas.

De pronto, cuatro altas columnas de mármol, remozadas en no sé qué medida, se recortan impecables en el firmamento hasta maravillillar a quien tiene la suerte de verlas; al lado hay otras completando la columnata toda del solitario templo. Al frente el mar entre verde y azul, con unas migajuelas de espuma, ya que allí las olas apenas bullen. Pequeñas ensenadas metidas en el litoral, y algunas islas invisibles, entre ellas Egina, una de las más cercanas al puerto de Pireo, contiguo a Atenas. De arriba abajo, rebosando serenidad con la disposición de las columnas, por el buen ceño de los cielos y las aguas.

Apenas acababa de maravillarme, cuando en el viaje de retorno las impresiones cambiaron a causa de unos momentos borrascosos, pero no de la propia naturaleza. Fue en la plaza principal de una localidad intermedia, donde hicimos una escala con el objeto de abastecernos. Según parece, el *gulf stream* del subconsciente —esta frase la leí hace tiempo y tal vez era un presagio—, de un ser querido con quien viajaba esa mañana, se desbordó de improviso estropeando el timón y el velamen de mi invisible barca.

Pero ¿qué quiere decir esto de por sí tan inusitado como oscuro? Descifrémoslo paso a paso. El *Gulf Stream* es una corriente cálida del Atlántico; el subconsciente son las honduras de la psiquis, como todo el mundo lo sabe, y la barca podría significar la propia vida de cualquier de nosotros. Digámoslo en buen romance: nada más que un justo reproche fulminante como el rayo, un ajuste de cuentas que ocurre por añadidura aún cerca de Sunion.

Recién ahora desentraño esas circunstancias inesperadas. Al recordarlas trato de zafarme del vulgo moderno repasando libros sobre mitos y símbolos, con el fin de ilustrarme acerca de Poseidón o Neptuno. El dios del mar lleva un tridente como su atributo más notorio, por el cual surgen las fuentes; asimismo, los caballos marinos, que encarnan las olas agitadas. En la alquimia, Poseidón simboliza el agua; hoy —según leo sorprendido— se le vincula también con el alma humana. Por analogía o simetría, se han ampliado sus poderes. Lógicamente, si desencadena mares, entonces también los abismos del reino interior. Por igual tiene que ver tanto con las tormentas cuanto con las pasiones destructoras, según lo supe bien aquel día.

Por fortuna, lo vivido ayer fue un hecho congruente. El océano se hallaba muy tranquilo, y en vez el *gulf stream* psíquico no cejaba en agitarse. Pero nada estaba reñido entre sí. Acepto lo que afirman los letrados (no sé si por ingenuo o por deseoso de lo trascendente). En consecuencia, la visita a Sunion, de principio a fin, queda en paz por siempre en mi memoria.

CUSTODIOS DE LOS MUSEOS

Estamos en el Museo Diocesano de Milán admirando una amplia exposición de arte religioso del siglo IV al siglo XIX, denominada *Esplendores* y procedente de las diócesis de la región lombarda con motivo de la celebración del Jubileo. Es temprano y además un día de semana, y escasos son los visitantes, aunque curiosamente los custodios de las salas sí son numerosos, y hasta podría decirse que superan al público presente. Estas circunstancias nos han devuelto automáticamente a nuestros viejos sueños juveniles, como era el desempeñar el oficio de vigilante en un museo —lo cual nunca pude coronar—; y, no sólo eso, sino que también recuerdo los días en que visitaba asiduamente el Museo de Arte Moderno de Nueva York cuando justamente envidiaba a las personas que trabajaban allí. He aquí, pues, el otro extremo del tiempo, y otra visión artística diametralmente distinta de aquello que estoy percibiendo ahora.

Entonces, desde el Museo Diocesano ubicado en los claustros de Saint Eustorgio, como a contrapelo, retrocedo hasta el antiguo Moma (que comúnmente así lo llaman por las siglas de su nombre en inglés), allá en el corazón de Manhattan. El deseo de ser un simple empleado de museo, me ha conducido a enlazar dos expresiones artísticas diferentes como el día y la noche, que en realidad es volver a confirmar la existencia de lo uno y lo otro dentro de uno; porque siempre seguimos devorando, como en un banquete interminable, pinturas tanto antiguas como modernas.

En consecuencia, figuradamente, las colecciones del museo neoyorquino y la actual exposición del museo milanés, las contemplo de cabo a cabo, pero sin intentar la menor lectura por no ser un perito en la materia; y, en lugar de ello, actúo como los verdaderos vigilantes, y observo con el rabillo del ojo las obras que albergan ambos museos; y así mal que bien sopeso el arte paleocristiano, o sea desde sus comienzos; y las extrañas creaciones de las diversas escuelas de vanguardia del siglo XX. Y quedo atónito ante la desemejanza que

hay entre el Diocesano y el Moma, como si fueran sendos museos de dos planetas distantes,

Todo ello son palabras mayores que escapan a un custodio de museo en que me he convertido imaginariamente por unos momentos. Sin embargo, hay algo ahora que me lleva a pensar forzosamente en cuestiones que nunca he podido desentrañar, como es la estética de ayer y la de hoy. El resorte ha sido observar la exposición *Esplendores* del Museo Diocesano y pensar naturalmente en la belleza que expresan estas obras de arte, y considerarla como un camino a Dios; y asimismo me he puesto a recordar que gran parte de aquello que solía contemplar en Nueva York reflejaba —si no me equivoco— la fealdad que hay en los profundos abismos del alma y en la visible realidad circundante. En buen romance, alimentado por la fe en lo sobrenatural y a la vez por el mundo físico.

Sigo imaginándome aquello que no pude ser, y por la persistencia de esta idea fantasiosa ahora sí que me veo trabajando en las mañanas en el Diocesano y en las tardes en el Moma, y ahora sí puedo admirar, desde temprano y sin dificultad, las impecables pinturas del Niño Jesús, el Crucificado, la Virgen y los Santos; y, avanzando el día, unos relojes derriéndose y unos solitarios maniqués de cabezas ovoides. Y, me digo a mí mismo, como reconociendo un hecho, que cuido con igual celo la belleza y la fealdad, lo espiritual y lo material, lo sacro y lo desacralizado.

Llegó la hora de que abandone la caprichosa imaginación. Debo limitarme a confesar la pura verdad, como que a lo lejos por entre los altos rascacielos divisó el Moma al que acudía puntualmente cuando joven, como emblemático de la ultramodernidad; y, acá el Diocesano en los claustros de Saint Eustorgio, presentando una muestra de arte sacro, como emblemático de la creación tocada por la Divinidad. No seré vigilante ni en uno ni en otro, aunque sí por cierto he podido hallar en ambos lugares, en épocas entre sí lejanas, una poderosa razón de vivir.

EN THISIO NO MÁS

Ahora tampoco he llegado hasta la Acrópolis donde se alza el Partenón; igual fue la anterior visita a Atenas. El ir a esta ciudad desde tan lejos y no escalar la colina sagrada puede lógicamente llamar la atención a cualquiera, y más me sorprende a mí cuando estoy ya de vuelta. El desperdiciar las increíbles oportunidades, que nos conceden los hados benignos, seguramente se debe a que varias veces he ido hasta la Acrópolis; y, además, es que me siento como si hubiera estado toda la vida en esas lejanas latitudes, donde nada asombra porque lo inalcanzable se halla al lado de uno.

Aunque la permanencia fue breve, sin embargo, hoy más que nunca, me he creído tan diferente de las parvadas de turistas que llegan desde todos los puntos cardinales. Esta vez estuve alojado en Thisio, antiguo barrio más o menos próximo a la Acrópolis, antes muy venido a menos, pero ahora ya recuperado e incluso de moda entre la gente joven. Thisio o Teseo en español (que es aquel héroe mitológico que mató al minotauro en el laberinto de Creta), resulta un lugar propicio para que nos sintamos no como un ave de paso sino como un vecino más, intercambiando saludos corteses, como si residiéramos allí siempre. Pues andaba sosegadamente por sus calles, o me replegaba en mi cuarto, o desde la terraza posterior escudriñaba los techos vecinos.

Dejemos atrás la acogedora casa y vayamos naturalmente al grano. Sí, pues, la Acrópolis se halla casi a la vista, ya que sólo basta salir a la calle y avanzar por la mano izquierda unas tres o cuatro cuadras hasta llegar a la avenida Apóstol San Pablo, muy transitada por una multitud de carros; y, desde allí justamente, poder divisar el Partenón, que palpita de día en su milenario mármol o de noche iluminado con nuestra luz eléctrica contemporánea, que entonces el propio santuario semeja quizás un aerolito incrustado en la cima de la colina, según se nos ha puesto entre ceja y ceja.

Y, en este ficticio vecino de Thisio, se desata una contienda silenciosa, ya que dentro de él hay dos bandos irreconciliables. ¿Qué me ocurría? Estaba como tironeado a la vez por la cotidianidad y la eternidad: por una parte, lo grisáceo, menudo y simple; por otra, ni más ni menos, la fuente, el crisol, la semilla de los cánones estéticos de la humanidad. Acá, las casas de veras asimétricas; allá, el templo de Atenea Parthenos y el Erecteón, cuyo balcón está ornamentado por las Cariátides, que son seis estatuas con la figura de bellísimas muchachas.

Más pudo la idea de verme como un quieto lugareño, que un cosmopolita viajero que visita rápidamente a la diosa de la sabiduría (que a ella está consagrado el Partenón). En consecuencia, quedé como un clavo metido en la madera, exactamente un pequeño funcionario jubilado, que fija su residencia en la zona al fin libre de sus antiguas ataduras oficinescas. Sí, en esta corta visita, quise ser ante todo como nuestros coetáneos del barrio, que riegan el jardín, arreglan su auto o charlan durante horas en un barcito destartalado.

En realidad, de nuevo no he hecho el ineludible peregrinaje por la colina sagrada, no he seguido las huellas de los viajeros insignes del siglo pasado. No, nada de esto hice, quizás demostrándome que todavía mi sensibilidad estética es rudimentaria. Mejor dicho, que soy un bárbaro de Occidente, que así de sí mismo se decía un escritor español que conozco. Más aún, ni esta cruda conclusión puedo manifestarla con mis propias palabras; salvo sí confesar avergonzado que en los últimos días ya ni miraba el Partenón, que allá en Thisio me sentía como uno del vecindario, que únicamente quería ser feliz como ellos en mi restante tiempo terrenal.

ENTRE EL LAGO MAGGIORE Y FEHMARN

Entre uno y otro punto no hay ninguna ligazón; en realidad, nada que los vincule. El Lago Maggiore reposa apaciblemente en Italia y Fehmarn constituye una isla alemana situada en el mar Báltico. Cada cual en el lugar exactamente dispuesto, uno de espaldas del otro, y de por medio la distancia geográfica inexorable. De pronto, sin embargo, un buen día se unen cuando alguien va a ambos lugares distantes entre sí, entrelazándolos en cierta manera en su imaginación, o en su alma, si se quiere decirlo en términos más generales.

Por un rato dejemos de lado la geografía, y cedamos el paso a las divinidades protectoras —los penates de los antiguos—; y todo esto que parece oscuro resulta la causa de la inesperada aproximación, lo cual estriba ni más ni menos cuando los benignos dioses domésticos disponen que a una familia que vive en los antípodas repentinamente le florezcan parientes en Italia y a la vez en Alemania. Ahora sí que no sé bien, si son los mencionados penates, o simplemente los conocidísimos hados, que constituyen la fuerza del destino.

He aquí este mortal sudamericano sumamente desconcertado; he aquí que sin pensarlo, sin proponérselo, sin invocar a las deidades de la familia, viaja de Essen a la isla de Fehmarn para reunirse con sus consuegros que están allí esperándolo; y, en otra oportunidad, va de Milán hasta el Lago Maggiore con el fin de encontrarse con sus otros consuegros, donde ellos suelen pasar algunos fines de semana. Los gratos desplazamientos terminarán originándole un itinerario mental sui generis, incluso tachonado de algunas simetrías, que le hacen aún más agradables los recuerdos.

Sigámoslo sigilosamente, y descubrimos entonces que el tramo inicial conduce al Lago Maggiore, enclavado en el norte de Italia. Luego de salir de Milán y andar en auto un poco más de una hora, llega al lugar previsto. Ha entrado por una vía bordeada de villas señoriales, silenciosas, replegadas en sí mismas, como las casas pateras de los poetas crepusculares; y cruza después por el municipio de

Portovaltravaglia, y por último llega a una dacha enteramente modificada que se alza en medio de un vasto jardín, y cuyo piso superior resulta como un oportuno mirador para escrudriñar en la noche estival las aguas del lago, reflejando como un espejo la luz lunar.

Los dioses domésticos proyectan ahora un nuevo itinerario familiar, y es en dirección al mar Báltico; y entonces sin darse cuenta le vuelve las espaldas a la tierra firme, y veloz avanza a través de un largo puente hacia la isla de Fehmarn. Era una tarde otoñal, y lo primero que observa es una playa desierta donde hay diseminados unos curiosos asientos de mimbre que a duras penas se empinan entre el fuerte viento; posteriormente, al día siguiente, se encamina a la zona portuaria para conocer el yate de vela de sus anfitriones, inmaculadamente blanco como todos los de su género, plácidamente acoderado, aunque con la mirada fija en la ruta del legendario ámbar, que a lo mejor estaba en las inmediaciones. Más adelante, como de refilón, se entera que Fehmarn había sido el lugar predilecto de algunos pintores expresionistas que huían de sus modernas ciudades, allá en la década del veinte.

El par de tramos del itinerario familiar registra unas ciertas simetrías. Desde allí, en auto y a bordo de un *ferry boat*, va hacia un país vecino para una visita que dura un abrir y cerrar los ojos. Pues bien, del Lago Maggiore parte un día a Suiza, embarcándose en Luino con auto y todo en dirección de Martigny, y el propósito es visitar una sobria exposición de arte contemporáneo, que le resulta como un inesperado reencuentro con viejos amigos de quienes estaba algo distanciado. Y asimismo desde Fehmarn se desliza hacia Copenhague, donde devora más de un museo, y hasta se da tiempo para conocer la estatua más popular de la ciudad, aunque incomprensiblemente no entra en las tiendas en que venden el ámbar báltico, como si no quisiera estar cara a cara con una linajuda materia que forma parte de la imaginación de todas las épocas, quizás como si fuera algo demasiado para él.

Este mortal sudamericano cómo le agradece a sus penates y a sus hados que en el Lago Maggiore y en la isla de Fehmarn la fatídica torre de Babel quedó abolida; y, en consecuencia, pudo descubrir

que los hombrecitos y las mujercitas son evidentemente una misma familia, en tanto que el mundo una sola casa. Finalmente, a estas alturas de su vida, en cualquier parte parece que se sintiera como en su propia salsa —lo recalca él con una frase un poco prosaica— a diferencia de lo que le pasaba mil años atrás.

DOS COLOSOS INDESCIFRABLES

El divisar los dos colosos de Memnón, en las inmediaciones del Nilo, fue el ápice del asombro cuando vamos avanzando de trecho en trecho por la ruta que nos habían trazado cuidadosamente desde el templo de Filae. En ningún instante podía hacer la vista gorda, mostrarme siquiera un poco indiferente ante lo que estoy observando en las sucesivas escalas; en verdad, atónito, frente a lo que nunca imaginé antes. Fue tras visitar el valle de los Reyes, cuando me esperaba otra sorpresa aún mayor: la quintaesencia, el espejo de lo fenomenal, prácticamente a la vuelta del camino, al toparnos con una pareja de estatuas gigantescas, allí exactamente de improviso.

El asombro era por un motivo doble: así, el pensamiento empieza a retroceder a lo largo de unos tres milenios, hasta palpar los vestigios humanos más antiguos; así, los ojos —esos que están en la cara perecedera— elevan la vista, palmo a palmo, a una altura de 64 pies, que es lo que miden los colosos de Memnón. Es el pensar retrospectivamente hasta alcanzar los orígenes; es el mirar directamente hacia arriba. Así, el presente —que somos hoy nosotros— vuelve al más recóndito pasado; así, la arrugada corteza terrestre catapultando la piedra esculpida en dirección de la bóveda celeste, que no la ha dejado de albergar en su seno.

Hay el tiempo para conocer, recordar y documentarse; que de tal manera los viajeros indoctos aquilatamos lo visitado, en sus exactos quilates, sólo cuando al regresar nos anidamos de nuevo en nuestros hogares. En este caso, hay algo más, como que la fascinación suscitada por los monumentos faraónicos persiste, se ahonda, aumenta incluso posteriormente; porque ahora al fin sabemos algo de la compleja historia de los colosos, sin duda indescifrables ambos, y que no obstante nos aventuramos a repetirla como un papagayo.

Esto último es un rapto de sinceridad, más que de humildad, porque uno ha vivido sin interesarse ni en los rudimentos de la egiptología, aunque hoy, tras haber navegado día y noche por el Nilo

apacible, nos empeñamos en contar una que otra cosa de lo visto allá. Desde luego, para hacerlo mejor, he leído atropelladamente sobre los colosos, y ahora estoy con unos escuetos datos entre los dedos, que parecen las cuentas de un rosario. Descubro que el ciego entusiasmo puede hasta impulsarnos a borrar acerca de aquello que estamos en ayunas.

Pero, sea lo que fuere, traemos a colación lo que otros con insistencia vienen diciendo milenio tras milenio. Primero digamos como ellos que los monumentos de Memnón son mal llamados así porque realmente representan al faraón Amenofis III; además, hay unas estatuas de tamaño pequeño, tanto de la madre como de la esposa de él, al pie de uno y otro coloso; por mi parte, no lo recordaba bien, aunque las fotos de algunos libros dan fe de esto.

La leyenda extraordinaria desaloja a la historia puntual. Es cuando los griegos llegan a Egipto y le cambian de identidad a los dos monumentos: Amenofis desaparece y Memnón se hace presente. A estas alturas me digo a mí mismo, zapatero, a tus zapatos; sin embargo, prosigo entresacando datos de acá y allá. Memnón es un rey de Etiopía, hijo de la Aurora y de Titón, que muere a manos de Aquiles frente a la sitiada Troya, adonde acudió con sus huestes tras navegar a prisa por el Nilo, alcanzar las costas del Mediterráneo y reembarcarse rumbo a Grecia. Finalmente, los monumentos quedan como un homenaje a Memnón.

Allí, siempre en el mismo punto, donde resultan para los viajeros como el faro para los navegantes, porque los colosos del Nilo con sólo verlos nos insuflan bríos; es la satisfacción que depara la piedra esculpida, impertérrita, enhiesta. Aunque ambos indescifrables en sí mismos, son, sin embargo, una revelación súbita, una significación imprevista, como es el hecho de que el tiempo no los ha gastado, no los ha reducido al ras del suelo; son los dos irreductibles, inextinguibles y, en consecuencia, al divisarlos nos dan aliento para proseguir en la vida, según concluimos recordándolos días después.

Retomamos de inmediato la leyenda, que no se agota, y sigue sorprendiéndonos aún más. Entonces nos vemos en medio de un terremoto —en los albores de la era cristiana—, por culpa del cual

uno de los monumentos sufre una alteración en su estructura, como cuando nos descoyuntamos. Por eso cada mañana, al calentar la piedra de las estatuas, refrescada por la noche del desierto, del coloso dañado brotará un cierto sonido. Para los egipcios y los griegos, es el mismísimo Memnón, que herido llama a su madre; pero siglos después, los romanos resanan la estatua y nunca ya se escucharán los lamentos.

Lo restante —digámoslo si bien de pasada— nos resulta un jarro de agua fría; evidentemente, no todo es puro beneplácito, como lo compruebo ahora cuando la dorada leyenda se eclipsa y otra vez la historia asoma sus narices, al llegar los romanos a los parajes del Nilo. Porque es una gran desilusión de que los gemidos filiales allí se disipen, se tornen inaudibles para siempre.

Este recuerdo queda aquí; asimismo las lecturas superficiales aunque fervorosas. El memorioso y el lector evidentemente constituyen uno solo, quien termina confesando que cree tanto en ese Amenofis retratado en las dos estatuas cuanto en ese monarca etíope a punto de morir, que no deja de suplicar a quien lo trajo al mundo. Es de suponer que la curiosa historia de Memnón persistió por la más entrañable de las causas: en el fondo de nosotros palpita la memoria de la vida prenatal; y, por tan justa razón, en la antigüedad pensaban que el héroe, tocado por la muerte, clamaba a su madre Aurora. Quizás la suposición no sea forzada; quizás ahora nadie nos diga, zapatero, a tus zapatos; porque todos somos a lo mejor como Memnón, porque los gemidos filiales no son extraños a ningún ser viviente.

EL DRAGO INMARCHITABLE

El drago es el árbol típico de las Canarias, que lo había visto ya en otras ocasiones aunque sin reparar mucho en él. Ahora, he vuelto a encontrarlo en unas idas y venidas a través de Tenerife, divisándolo casi a cada rato, casi en todas partes; y, además, esta vez sin proponérmelo he llegado al mismísimo lugar donde se empina el más viejo de todos, que pese a su longevidad milenaria goza aparentemente de una salud de hierro, y hasta lo consideran un monumento nacional.

Años atrás vi los dragos, según confieso, despreocupadamente; pero, sobre todo, tenía de ellos una referencia indirecta por las amarillentas páginas de un par de libros que atesoran una multitud de fórmulas farmacéuticas, y que fueron herramientas de trabajo de mis predecesores, y por cuyo oficio ligado a la química los considero descendientes de los alquimistas. Digamos sin más rodeos que en esos volúmenes aparece la receta «Sangre de drago», que es un astringente de la medicina antigua destinado a frenar las hemorragias, por lo que conjeturo que en cierta manera está vinculado al elixir de la vida.

Posteriormente, del conocimiento de esa fórmula farmacéutica terminé deslizándome en la patria de los dragos, y hoy por estos encuentros fortuitos en Tenerife sí que los he sopesado mal que bien. No pensé para nada en el mítico jardín de las Hespérides, que en esas latitudes se hallaba en los albores del mundo; ni tampoco en el Teide —el emblemático volcán tinerfeño—, que descubrí gracias a un clásico moderno, y por quien también empecé a darme cuenta de mis parientes alquimistas. Sin duda, son olvidos imperdonables, si bien así estaban las cosas.

Finalmente, en Icod, en uno de los extremos de la isla, justo donde se alza el drago milenario. Llegué allí con la profesora Belén Castro, de la Universidad de la Laguna, gentil anfitriona que aquel día se convirtió en tenaz cicerone, porque previamente cumplimos la inelu-

dible visita al Teide, y luego tras superar mil vueltas interminables llegamos a Icod para observar al archidrago, que está celosamente cercado por un muro; sin embargo, lo contemplamos desde una parte elevada del suelo adyacente, que en verdad es como un mirador muy cómodo.

No una sino hasta dos veces he ido como en una verdadera peregrinación doble, que, según veo hoy, por tal motivo las Hespérides y el Teide se me esfumaron de la mente, conforme lo confesé antes. De nuevo nos hallamos en el curioso lugar, en compañía de nuestra anfitriona y de amigos comunes. He aquí cada cual contemplando el árbol milenario, el drago de dragos, inmarchitable, impertérrito, vertical, alzándose quizás a una altura de 10 metros, mucho más que aquellos con los que nos hemos topado sucesivamente.

Seguramente, hay quienes se preguntarán por qué tan temible nombre; sí, pues, nos documentamos en una enciclopedia, y repetimos entonces que lo es por la forma del tronco similar a una serpiente, y leemos un poquito más: *drago* es el término antiguo de *dragón*, y éste es el animal fabuloso al que se atribuye figura de serpiente.

Naturalmente, volvamos de inmediato adonde el hijo predilecto de las Canarias, que proviene de la familia de las liliáceas, cuenta con un grueso tronco cilíndrico que culmina en una copa en forma de cresta; además se le ve rugoso por las cicatrices que le han dejado las hojas desprendidas, que en el caso del archidrago suponemos que deben haber sido muchos millares las que se han llevado los vientos del Atlántico. Pensamos que, evidentemente, de los árboles jóvenes se obtiene mediante incisiones esa resina, ese antídoto denominado *sangre de drago*.

Es la planta más alta que he observado en mi vida, y la más longeva; pero esta vez no rastreamos simbolismos, sino recordemos aquí simplemente lo que percibimos en Icod, primero al atardecer, después al mediodía, es decir, que su copa era como nuestra cabeza, su tronco equivalía a nuestro tronco, sus raíces a nuestros pies. Y, por añadidura, debo reconocer que el entrañable recuerdo me deja sumido en la atroz envidia —tan amarillenta como la bilis, según escribe Fray Luis de Granada—, pues, claro está, por qué no,

también quisiera vivir mil años —como acaso todos a hurtadillas aspiran—, aunque con la cabeza en dirección a los cielos, justamente como la copa del archidrigo.

EFESO INSONDABLE

Es una visita a medias la que hizo no hace mucho a Efeso, como si inexorablemente iba a quedarse con la miel en los labios. Fue un recorrido turístico, y como todas las excursiones programadas minuto a minuto ésta le resultó veloz como un rayo, igual que las sucesivas escalas en Miconos, Rodas y Patmos, que también abarcaba el crucero. Lógicamente, para el viajero que arranca desde nuestras latitudes es muchísimo haber llegado allí, haber alcanzado unos parajes fabulosos aunque sea a la carrera.

Sin embargo, se imagina ahora ir de nuevo a Efeso, repasa entonces perseverante los recuerdos de lo que realmente visitó, y además va también a los puntos que no conoció, y ello lo hace leyendo sobre el particular afanosamente, como el visitante frustrado que de alguna manera quiere desquitarse. Es un memorioso y a la vez un tipo anheloso, que tan particular combinación anímica es en verdad a causa del magnetismo del lugar, donde la memoria de lo que afortunadamente ya conoce y de esos parajes que no alcanzó —aunque sí anduvo por los alrededores—, lo convierten literalmente en un efesio milenario. Que bien vale ahora que abandone su casa sudamericana, cruce el Egeo contra viento y marea, y llegue de nuevo allá.

Finalmente, sea como sea, está desembarcando en la costa occidental turca, y acto seguido va en pos de Efeso, que se encuentra a unos quince kilómetros. Si bien quizá un poco más pequeña, al instante le parece una ciudad melliza de Pompeya, al experimentar otra vez ese especial sentimiento que disfrutó allí, como es el palpar los sitios por donde unos transeúntes, similares a nosotros como un par de gotas de agua, circulaban dos, tres milenios antes; digámoslo de otro modo: estar mirando las mismas edificaciones, andando por las mismas calles por donde, mañana, tarde, noche, nuestros remotos semejantes transitaban muy felices de la vida.

Está él ahora en la capital de la provincia Asia del imperio romano —por cierto, Efeso—; no piensa en los orígenes griegos de la

ciudad, y se conforma en escudriñar esta mañana lo que por delante va surgiendo. Pero hoy sí se da cuenta que el pasado de Efeso es tan insondable como una gruta submarina; que sus estratificaciones históricas la hacen inasible, por más que se le recuerde, por más que uno anhele desentrañarla. Desde la perspectiva occidental constituye la cuna de cunas, punto de partida y de convergencia; y el ocasional excursionista resignadamente se mete en sus propios recuerdos y aturrido no sabe por dónde empezar sus lecturas en torno a la ciudad.

Pero, naturalmente, el memorioso es fiel a sus impresiones imborrables, que no vacila en traerlas a colación aquí. Sinceramente advierte que él será como un pintor que hace una viñeta, o alguien que a duras penas borronea la página en blanco. Sí, pues, como el más simple de los viajeros recuerda su ingreso por la vía de los Curetos, donde se empinan vestigios de estatuas y columnas, y hay otros restos diseminados por el suelo; que allí están el templo de Adriano y la fuente de Trajano, y que tarda en divisar el frontis perfectamente reconstruido de la biblioteca de Celso, en cuyos alrededores hay curiosamente un lupanar y una impecable letrina pública; y que luego avanza hacia la derecha por la llamada vía del Mármol hasta llegar a un inmenso teatro, que puede albergar unos 25,000 espectadores y que hasta hoy se usa.

Recalca que la remembranza se limita a aquello que su retina pudo captar mejor durante la visita que hizo en setiembre último. Prácticamente es el Efeso romano, pero a estas alturas el fiel memorioso deja el paso al tipo anheloso que lleva en sus adentros. Este tiene muy presente una de las varias épocas efesias, que por la cual se conoce a la remota ciudad, como que allí se escucharon los primeros vagidos de la cristianización. Pues llega la Virgen María acompañada de San Juan; y San Pablo una y otra vez visita Efeso, dirige a los moradores una de sus epístolas, y hasta tiene que enfrentarse en el vasto teatro a una enardecida multitud de devotos de Artemisa, divinidad griega de la caza y la fecundidad.

Nadie está contento consigo mismo. Aunque había discurrido a sus anchas por la vía de los Curetos, de vuelta acá se lamentó de no

haber estado, como ciertos suertudos turistas, en la vecina localidad de Selcuk, donde se encuentra el museo de Efeso, en que se exhiben unas extrañas estatuas representando a Artemisa, con el busto tachonado de numerosos senos. Y, asimismo, dice que, evidentemente, habría querido visitar también la Iglesia de la Virgen María, que la divisó a lo lejos en un recodo de la carretera al volver a Kusadasi. Este excursionista cristiano —memorioso y a la vez anheloso— se encuentra atribulado como su paisano Rubén Darío hace justamente un siglo, ya que como él qué no hubiera dado por llegar al sitio en que vivió la Virgen María —allí donde se alza el templo en su memoria—, e igualmente a la Basílica de San Juan, en cuyo suelo el evangelista fue sepultado; y, además, al lugar donde estuvo el santuario de Artemisa y, ante todo, ese museo de Selcuk, que alberga las estatuas representando a la bella diosa. Pero, de ningún modo, nuestro pobre mortal debe desesperarse al sentirse dividido entre la fe cristiana y el mito griego —tal como el memorable poeta finisecular—; porque en realidad en Efeso ha estado recorriendo el cambiante itinerario humano.

BELVEDERE, SIROCO

Belvedere viene del italiano, y simplemente equivale a nuestro mirador. Siroco se origina en el árabe y quiere decir viento sudeste, aunque en realidad nos llega también a través del italiano. Por su directa procedencia, podrían constituir un par de italianismos casi desconocidos, ya que su presencia entre nosotros se limita a las modas artísticas de finales del siglo XIX. Los belvederes solían adornar el mundo de nuestros admirados escritores modernistas; en cambio, no recuerdo bien ahora si los sirocos igualmente se asomaron por allí entonces.

Esto poco o mucho interesa; igual da que uno o los dos términos hayan estado circulando gracias a la literatura de antaño, lo que sí importa es que ambas voces se hallan incrustadas en los diccionarios españoles con los cuales nos auxiliamos en el peliagudo arte de escribir. Helas allí, delante, como un par de imanes que atraen por su evidente eufonía. Lo ha sido así desde tiempo atrás, y hoy ha llegado la hora de confesar esta preferencia idiomática personal, que tenemos con el mismo derecho con que el resto opta por algún término francés o inglés.

Probablemente son unos resortes particulares los que nos mueven a inclinarnos por algunas palabras extranjeras, pese a que hay en el español otras con un significado parecido. La atención la hemos centrado, sea como sea, en el belvedere y en el siroco, cuyo sonido tal vez las hace destacar asimismo dentro del propio italiano. En honor a la verdad, si bien no han faltado ganas de hacerlo, nunca tuvimos oportunidad de estrenarlas, estampándolas en la página en blanco; únicamente estuvieron palpitando en el fondo de uno, formando parte del tesoro verbal que para sí acumulamos en silencio.

Pero ¿cómo es la exacta realidad donde uno se encuentra, mañana, tarde, noche? En vez del Mediterráneo, el Pacífico; en vez del belvedere, el mirador; en vez del siroco, la paraca. Estamos ahora en un mirador limeño desde el cual trato de escudriñar el océano cerca

del cual vi la luz: y, de vez en cuando, se desata un fuerte viento que conocemos desde la cuna. Hay algo más, sin embargo: tras el concreto mirador se empina resueltamente el quimérico belvedere; igualmente, tras la paraca sopla el siroco (que arranca desde el Sahara, ni más ni menos) y, ante todo, por entre el Pacífico constantemente vislumbramos el Mediterráneo. En resumidas cuentas, esto parece mostrar un espejo, aunque apenas perceptible, en que nos reflejamos por los cuatro costados, entre la mayor de las sorpresas.

La vida constituye un misterio que no hay que descifrarlo sino sólo vivirlo; lo leímos hace mucho tiempo no en un libro sino en una curiosa taza adornada con tan justo y memorable pensamiento. El misterio, que está presente dondequiera, es lógico que también aflore en el lenguaje mediante el cual nos comunicamos. Porque somos parte de la familia universal, que habita entre los puntos cardinales; por eso, sin duda alguna, se halla a flor de labios el belvedere italiano, el siroco árabe, la paraca americana y el mirador español. Todas estas voces de procedencia distinta confluyen sigilosamente en los diccionarios; y, a través de sus trajinadas páginas, se hacen patente nuestros orígenes terrenales.

El hablante es un frecuente viajero —real o imaginario—; hoy parte de nuevo, y esta vez no en avión, no en barco, no en tren, sino exclusivamente bajo el dictado de dos palabras preferidas; en alas de ellas, prácticamente. Sí, pues, hace unas horas pasó por las inmediaciones del estrecho de Mesina —allá en el extremo de Italia—, delante de las milenarias moradas de Escila y Caribdis; ahora está ya en la ciudad de Reggio Calabria, apacible, discreta aunque albergando en su museo unos excepcionales vestigios helénicos; enseguida se instala en un belvedere desde donde contempla el Mediterráneo y donde siente soplar el siroco procedente del Sahara. Después empieza a vagar imaginariamente por unas lejanas latitudes: sueña con otro mar, con otro mirador, con otro viento. Es ésta la inexorable ley humana, por la cual nunca nos hallamos conforme con nada.

ALEJANDRÍA, ÉSTA Y LA OTRA

Alejandría, a orillas del Mediterráneo, resulta una ciudad poco singular; quizás en esto se parezca a Pireo, el principal puerto griego. Un cierto desencanto tuvimos cuando visitamos fugazmente Alejandría, lo que ha sido corroborado por otros amigos que igual impresión tuvieron. La causa radica no tanto en el propio puerto egipcio, tal como hoy luce, sino en la idea que se posee acerca de los lugares anidados en la imaginación universal, y que a veces cuando los alcanzamos a conocer personalmente terminan siendo para uno ni chicha ni limonada. Así, el celeberrimo Rubicón, que a todos les parece nada más que un riachuelo atravesando la ciudad de Rimini; así, el estrecho de Mesina, en cuyas aguas ya no habitan ni Escila ni Caribdis.

El extraordinario pasado de Alejandría constituye un motivo que lógicamente dispone a los forasteros, que por primera vez llegan, a esperar allí lo máximo, concretamente a conocer vestigios que reflejen la antigüedad más remota; no otra cosa que palpar plenamente la aureola dorada que rodea cada sitio legendario. Lamentablemente, en nuestra reciente visita, no pudimos ver ni el teatro romano ni la columna de Pompeyo. Parece como si el destino se hubiera confabulado para que no conociéramos una sola pizca de lo que resta de la Alejandría antiquísima, como para que ésta siga oculta en las páginas de los libros a modo de algo inalcanzable.

Partimos de El Cairo y tras un viaje más o menos corto —unas cuatro o cinco horas a bordo de un ómnibus— llegamos a la meta codiciada. Y, de inmediato, uno empieza a sorprenderse por no encontrar a su paso las maravillas del pasado, a las que ya entonces se había habituado, tal como le ha sucedido puntualmente desde que partió de Asuán; en cambio, ahora sólo se topa con un puerto más del Mediterráneo, aunque por cierto con perspectivas y lugares que despiertan la admiración. Algunas mezquitas aparecen cuando se recorre el centro comercial; luego maquinalmente se desemboca en el zoco; y, más adelante, la ribera infinita sembrada de rascacielos de

mediana altura, y en donde equidistantes se encuentran la fortaleza de Kait Bey y el Palacio de Montazah. Es la Alejandría actual y tangible, como si ésta quisiera compensarnos de la inexistente ciudad, que en vano hemos esperado.

Pero el destino —esa fuerza misteriosa que ya mencionamos— quiere también que los hechos nos vayan llevando de la mano en dirección de las remembranzas más entrañables. Formo parte de un numeroso grupo de turistas griegos, quienes primeramente visitan al Patriarca de Alejandría, que es la autoridad de la Iglesia Ortodoxa; naturalmente, voy con ellos, si bien me veo como un convidado de piedra porque no hablo griego. Sin embargo, no hay mejores circunstancias para visitar la otra Alejandría, ésa que sigue palpitando perennemente en el pensamiento de las personas: Alejandro Magno fundándola en el año 331 antes de la era cristiana; el faro inmenso (que era una de las siete maravillas), la biblioteca igualmente descomunal, Euclides el geómetra, la corte de los Tolomeos, el cenáculo de los poetas, en suma, Alejandría, centro de la vida intelectual de la Madre Grecia.

Finalmente caigo en la cuenta de que el viajero real de carne y hueso puede ser asimismo el etéreo viajero imaginario. En verdad siempre me pareció que eran incompatibles entre ellos; veía que cada cual asume el acto de viajar de manera distinta: uno se desplaza realmente, el otro sólo lo hace imaginariamente; en consecuencia, ambos parecen darse las espaldas. Pero he descubierto que sí se puede ser ambas personas, según me ocurrió, y que doy fe enseguida.

Justamente, esa vez un simple mortal, por lo tanto muy despreocupado, va andando por los jardines del Palacio de Montazah, que espléndidamente se alza frente al Mediterráneo, cuando de súbito le sobreviene el recuerdo de la Biblioteca de Alejandría colmada de volúmenes escritos en rollos de papiro; allí, el prosaico turista se transforma en un escriba en cucullas, en un rincón al atardecer, revisando y retocando los jeroglíficos que ha escrito durante todo el día. Entre el presente y el pasado no hay una línea divisoria; además, el viajero real es como un hermano siamés del viajero imaginario, que

nunca traspasa los límites de su ciudad, aunque puede llegar a épocas y lugares muy lejanos.

ARCIMBOLDO, LO INESPERADO

Arcimboldo solía pintar rostros configurados muchas veces por vegetales, o animales, o incluso objetos, que suscitan el rechazo sin atenuantes, la profunda sorpresa, o la infinita admiración de quienes contemplan sus cuadros. Es un arte que insólito —sustentado en la metáfora, la hipérbole, la repetición—, que cualquiera que sean las reacciones del contemplador éste no puede olvidarlo. Sí, pues, me quedé estupefacto en la primera ocasión cuando miro estos rostros cuyas facciones están remplazadas por frutos puestos allí de modo abigarrado.

Por ser tan inusitado, lógicamente toda aproximación a Arcimboldo puede constituir un hecho imprevisto. Los encuentros con sus obras —según nuestro caso— han sido totalmente inesperados, como si tuvieran que estar a la medida del estilo de él. El lejano descubrimiento en los días juveniles; posteriormente, mucho después, el hallazgo de un cuadro suyo enteramente solitario; y, más adelante, hasta el desagradable esquinazo por culpa de la adversa casualidad, cuando una vez hicimos un largo periplo, con la mayor de las ilusiones, para ver frente a frente sus lienzos, y sin embargo por nada lo logramos.

Cinco siglos después —nació en 1527 y falleció en 1593—, parece que a Arcimboldo no le basta que su pintura sea la más extraña del arte universal, sino que también quienes se acerquen a él lo hagan de manera imprevista. Fue exactamente en el Louvre, prácticamente de refilón, cuando descubro un cuarteto de cuadros colocados con la mayor discreción, no muy chicos ni muy grandes, inspirados en las cuatro estaciones, cuyo autor era Arcimboldo. Fue suficiente observarlos unos minutos, para que literalmente se me quedaran grabados en la memoria para siempre, como insinué al comienzo; por cierto, conforme le puede ocurrir a cualquiera que mire por primera vez una cabeza humana embutida de frutos, o animalitos, o libros.

Pasó mucho tiempo, y ahora ya en otra época, en un museo distinto, pequeño y selecto, como en efecto es el Menil de Houston, donde repentinamente me topo con un Arcimboldo, ubicado sin compañía alguna en un espacio especial, que semejaba un trono en una sala vacía. Un encuentro tan impensado como la anterior oportunidad, aunque ahora con el efecto multiplicador de la fantasía, a diestra y siniestra. Hasta nos impulsa a imaginarnos que es posible la inaudita transgresión del estricto orden terrenal, esa fusión o mestizaje de los reinos naturales, quizás únicamente concebido por la moderna ciencia ficción; o figurarnos sencillamente un robot bibliotecario con la facha compuesta de libros, según cierto retrato arcimbollesco.

Lamentablemente, el destino no siempre nos lleva de la mano a los hallazgos extraordinarios. Un brusco esquinazo me acechaba, y quedo aturdido sin saber dónde o ante quién protestar. Cuán malparado quedo pues cuando visité Viena, y uno de mis objetivos era acudir al Kunsthistorisches Museum, y observar los cuadros de Arcimboldo que allí se hallan. Esto no fue posible porque justo por esos días estaban en plena restauración.

Y hoy a mi manera decido desquitarme, y si bien no le vuelvo las espaldas al género humano, como hace el pintor milanés, abandono sí este día y este lugar, y tomo las de Villadiego. Estoy ahora en el Palacio Grassi de Venecia —en ocasión de una muestra completa de él hace unos años—, contemplando lo que contemplé cuando muchacho y después ya hombre maduro, y, finalmente, conociendo allí las pinturas de Viena, que no pude devorar cuando debió ser. Y vuelvo a tomar las de Villadiego y no sé si sigo desandando lo andado, o me voy a tiempos aún más remotos, al mismo Louvre, donde descubrí a Arcimboldo con nuestra sedienta pupila juvenil; o, en cambio, regreso simplemente acá a escribir unos borrzones un poco extraños, desde luego con la oportuna ayuda de los cielos.

CUANDO SE PASA DE LARGO

Es cuando en el curso de un viaje pasamos de largo delante de un lugar imprescindible. Efectivamente, hoy entre las cuatro paredes de su casa, alguien empieza a pensar en aquel punto donde no llegó en la debida oportunidad; y por esto ahora cuánto se lamenta hasta sentirse como un tipo que ha fallado. De tal manera, la remembranza de un viaje que le parecía redondo más bien se le desdibuja, quedándosele con un ligero sabor de fiasco.

Igual que la bandada de pájaros que vuela cerca de un determinado paraje del litoral; igual que el río que cruza un poquito lejos de una localidad; o, digámoslo de modo directo, como cuando alguien que viene acá visita desde luego Machu Picchu pero no llega a observar las líneas de Nazca. Exactamente, así le acaba de ocurrir en Efeso a un cierto excursionista; y así también hace un tiempo le resultó su ida a Pompeya. Dos ciudades milenarias, una en la costa turca, la otra al sur de Italia; por su antigüedad y prestancia urbana, automáticamente una nos recuerda a la otra; y, curiosamente, en ambas él ha estado muy próximo a determinados sitios históricos aunque finalmente no dirigió sus pasos hasta allí.

¿Por qué esto, por qué se queda con la miel en los labios? Quizás no planeó bien su excursión, quizás le gana de improviso la abulia, o lo agota el cansancio que heredó de un antecesor literario suyo apellidado Enrique Gómez Carrillo, elegante escritor modernista e increíble trotamundos —vivió entre los dos siglos—, y algunas de cuyas huellas hoy él se empeña en seguir. Sea lo que sea, nuestro viajero desperdicia el tiempo y la brillante ocasión que el destino le obsequia, para que se encamine adonde en realidad debía ir. Porque envidiablemente tuvo a la mano varios puntos periféricos excepcionales, que por último no llega a visitarlos, más o menos como el propio Tántalo que se vio obligado a privarse de los que estaba a su alcance.

Antes de iniciar la excursión a Pompeya se le aconsejó que fuera a Herculano, que se encuentra al lado, y que asimismo terminó sepultada por la erupción del Vesubio el año 79 de la era cristiana. Igualmente, antes de que él viaje a Efeso le dijeron que visite la Iglesia de la Virgen María y el museo en que se exhiben unas rarísimas estatuas que representan a la diosa Artemisa. Pero le entró por un oído y le salió por el otro; en consecuencia, las sendas visitas le resultaron a la postre algo trucas.

Puede ser que, amén de la súbita abulia y del cansancio de su antecesor viajero, hay otra razón como es que de fijo se sentía muy campante por lo que estaba conociendo. En Efeso —donde además no podía salirse del *tour* en que participaba—, se halla contento, pasmado, incrédulo avanzando por la larga vía de los Curetos, comiéndose con la vista la puerta de Heracles, la biblioteca de Celso, el templo de Adriano, el odeón —o teatro, en buen romance—. Pocos años antes, en Pompeya, obviamente con el mismo asombro anduvo por la vía de la Abundancia también interminable, como un romano de hace dos milenios, aguitando las casas de los veraneantes pudientes y quedándose de una pieza cuando se topa con la estatua de Apolo hasta creer que el dios de la poesía gobernaba el destino del la ciudad.

Pero, en estos días, resignadamente divisó a lo lejos el templo de la Virgen, retornando de Efeso al puerto de Kusadasi para embarcarse en el crucero en el cual viaja; más aún, se olvida del museo en que está presente Artemisa, que debió visitar conforme se lo pidieron acá. Precisamente, asimismo resignado observó años atrás, con el rabillo del ojo izquierdo, los alrededores de Herculano cuando pasa de refilón después de su visita a Pompeya.

Este excursionista, que lo ha sido a medias, llega a la conclusión de que tiene todo el derecho de imaginarse que de veras ha estado allí. Dice entonces que acaba de visitar con devoción la Iglesia de la Virgen María —el lugar donde la madre de Jesús estuvo cuando fue a Efeso—; que también acudió al museo de la vecina comarca de Selcuk para contemplar las estatuas de Artemisa; y que por fin estuvo en Herculano. Sí, pues, es el gran privilegio de haber discurrido

cerca; y, por lo tanto, resulta él un excursionista especial que en alas de la fantasía cumple en su propia casa las visitas pendientes; y, a la par, es un hombre deseoso que abriga la esperanza de pisar alguna vez sólo un pedacito de los parajes que no conoció oportunamente.

DEL GANGES AL TAJO

He aquí el Ganges de repente, aunque esté circulando al otro lado del mundo, a lo largo de tres mil kilómetros, desde los Himalayas hasta el golfo de Bengala. Es lo más natural que haya quedado para siempre en la memoria de quien lo conoció en una visita ocasional. Pero en estos días se le divisa en circunstancias curiosas cuando va discurriendo delante inesperadamente, merced a algunos escritores del Siglo de Oro, a los que suelo leer y releer. Así, en la remembranza de quien lo vio realmente; así, en el perfecto arte verbal de mis viejos amigos.

Lo que recordamos puede ser bueno o malo, según el caso; responde fielmente a los giros alternativos de la rueda de la fortuna. Sin embargo, por lo que observa cuando alguien navega un corto tramo al brillar la aurora frente a Benarés, el recuerdo resulta por encima de estos sentimientos contrarios, como que aparece más allá de toda razón. Es el río sagrado por antonomasia —aunque igualmente opera como vía comercial—; y, en consecuencia, está entonces ligado a la ultratumba, porque a través de sus aguas se va a los confines de lo invisible. Aquí, de cara al sol de la aurora rosada, oramos a viva voz; aquí, lavamos nuestros cuerpos o la ropa que nos cubre; aquí, en fin, arrojan nuestras cenizas que han quedado como restos entrañables en los crematorios vecinos, o también los cadáveres aferrados a su carne y sus huesos.

Los escritores del siglo XVI viajaban poco o no lo hacían; resignadamente se figuraban los lugares desconocidos gracias a los mitos universales, o leyendo los tratados de historia y geografía de entonces. Todo esto era el granero en que cebaban su imaginación hasta conformar un patrimonio propio de regiones incógnitas. Particularmente, en las églogas que escribían, en cuyos paisajes amenos iban y venían deidades, ninfas y pastores, al lado del Tajo, Ebro o Genil; y donde también vemos pasar justamente el Ganges, porque constituye uno de los remotos ríos preferidos. “Del Tajo al Ganges”

—no en una égloga sino en una canción—, en efecto, es la frase que leemos de improviso, como un toque máximo de fantasía. El renacentista habita a orillas del Tajo, quizás en Toledo; imperceptiblemente se convierte en un viajero imaginario que llega a los antipodas.

Enseguida osaremos enmendarle un poquito la plana al admirable escritor; reorientaremos las perspectivas geográficas para decirlo en sentido opuesto. “Del Ganges al Tajo”, lo escribimos así bajo el resorte de un afán inmediato, como es el traer a colación unas cuantas voces nacidas precisamente en la India, que es patria del Ganges, y que han terminado anidándose en el español, sin darnos cuenta nunca del recorrido planetario que han hecho hasta llegar a nosotros. Es un puñado de palabras de origen sánscrito o indio, que suenan en los alrededores a diario.

Principalmente, una que equivale al cordón umbilical, porque vincula a dos mundos lejanos entre sí. Es la palabra *indio*, que de fijo Colón empleó por primera vez para referirse a aquellos hombres y mujeres desnudos, sorprendidos y atemorizados, con quienes él se encontró en Guanahaní; igualmente tan sorprendido y atemorizado como aquéllos, los llamaba así porque pensaba que había llegado al Asia. Además, un trío de vocablos que con frecuencia se usa en las horas de tribulación: *jungla*, para expresar una visión urbana terrible; *paria*, que de esta manera nos autocalificamos al sentirnos en la más ínfima de las condiciones; *avatar*, cuyo sentido ampliado alude a vicisitudes y alteraciones. Pero hay otro, del cual tuvieron noticias nuestros antiguos místicos, como es *nirvana*, para señalar la dicha suprema que alcanza el individuo al incorporarse en la esencia divina.

Por cierto, usamos más palabras de origen sánscrito o indio; aunque hoy me limito a éstas, por las que estoy contento conociendo de dónde vienen y escuchándolas entre nosotros. Vuelvo al punto de partida de ellas, que es el reino de la Madre Ganges —así le dicen al río sagrado— con el fin de aproximarnos al nirvana, aún con la respiración terrena y los ojos corporales abiertos. No lo merezco, evidentemente; pero sé desde hace mucho tiempo que al que vela todo se le revela.

DONDE BEETHOVEN NACIÓ

Esa vez que decide acudir al Museo Poldi Pezzoli —del cual pocos saben en Milán—, iba más bien a comenzar un peregrinaje por las regiones de la música, que según parece no eran su norte. Fue hasta allí en pos de las artes plásticas, afanosamente como siempre, sin figurarse en lo mínimo que había un propósito inconsciente impulsándolo a algo más o menos incógnito para él. Porque la visita a la pequeña pinacoteca le resulta la etapa preliminar de un largo recorrido que culminaría semanas después en otras latitudes.

Eran circunstancias que anunciaban lo que más adelante experimentarían. Caminando despreocupadamente rumbo al Museo Poldi Pezzoli, pasó frente al Teatro de la Scala, cuyo frontis ya conocía de antes y que nunca dejó de parecerle anodino. Minutos luego sí queda impresionado; fue ante la imagen de Santa Cecilia, lienzo de Giovanni Battista Salvi, pintor italiano del siglo XVII. Es el retrato de la patrona de la música, y entonces instantáneamente se le agolpa en la memoria la mención que hace nuestro José María Eguren, en uno de sus escritos en prosa, referente a la pintura de Santa Cecilia, realizada no precisamente por Salvi sino por Rafael.

Pero su aproximación al arte de la música no se limitó a pasar por delante de la Scala y a contemplar la figura de Santa Cecilia; este par de episodios serían a la postre el primer tramo de un peregrinaje —sí, digamos una vez más esta palabra ligada a lo trascendente— que desembocará en Bonn, en la vivienda natal de Ludwig van Beethoven, en la misma habitación donde conoció la luz del mundo. Exactamente allí iba a tomar conciencia de cómo ha sido la conducta de sus oídos con la música.

Nos lo confiesa sin rodeos: fue llevado como de la mano; sin merecerlo cruza el umbral, enseguida recorre paso a paso las piezas de una morada terrenal, que es considerada por los melómanos de todas partes como un verdadero altar. Allí, en el tercer piso, una buhardilla es el cuarto en que nace Beethoven el 16 de diciembre de

1770; más bien pequeño, luce vacío, salvo un busto de él sobre una columna. La casa constituye un ejemplo de la arquitectura de Bonn del siglo XVIII; es una de las pocas que dejan entrever las condiciones de vida de entonces, conforme se afirma en una sencilla hoja informativa que obsequian. Pero la vista mortal se colma de todo lo relacionado con el compositor, pues gracias a esta casa, tan intacta, enhiesta y firme, parece que él volviera a palpitar, hasta ser un gentil anfitrión —en compañía de los suyos, sus maestros, sus colegas coetáneos, sus mecenas—, en esa tarde otoñal, cuando un puñado de forasteros recorre silenciosamente el recinto.

En realidad, son dos viviendas que antes estaban separadas. Los padres de Beethoven al casarse habitaron la más chica, que se halla en el interior delante del jardín. En uno y otro lugar, tal vez fue él procreado, sin que nadie se imaginara que en pocos años sería un niño precoz y, más tarde, un hombre inmortal. Los primeros vagidos los da en la buhardilla, que está provista de dos ventanas. El forastero, quien poco sabe de música y nada de física, sin embargo allí vislumbra el sentido de la fuerza centrífuga (que es cuando un cuerpo tiende a alejarse del centro); en este caso, el cuarto en que Beethoven nace y desde donde empezará a trascender. Le bastó sólo un ángulo, primeramente para ver la luz, después para explayarse dondequiera.

Los pasos del visitante vuelven al pasado, a un punto específico. Es una andanza retrospectiva y los hitos son unos objetos de índole diversa, vinculados estrictamente al venerado músico. Hay retratos de él, de sus abuelos, sus padres, en fin, amigos, maestros, mecenas; naturalmente, los distintos instrumentos que tocó; por cierto, también los audífonos a causa de su temprana sordera; asimismo, las máscaras que le tomaron en vida, los testamentos que hizo; y como un significativo epílogo que selló sus días (fallece el 26 de marzo de 1827), una acuarela con la vista de su entierro en Viena al que asistieron 20,000 personas.

El forastero no nos habla ni pío de las obras beethovianas. Sin duda, ha escuchado un cierto número de ellas, aunque como un melómano a medias, según reconoce avergonzado. A la verdad, ha llegado sin comerlo ni beberlo —justa aquí una frase de ecos tan

prosaicos—; y ahora con las alas de la memoria y de la socorrida hojita informativa puede recordar las cosas personales del compositor, incluso presentarlas como un sucinto inventario. Pero el ocasional huésped de Beethoven, a partir de esa tarde, se da cuenta de que en la vida no todo se reduce a comer el bendito pan de la poesía y de la pintura, que han transitado muy juntas por el siglo XX. Lee de nuevo las páginas de Eguren, en que este escritor destila su ejemplar devoción por el arte que protege Santa Cecilia. En consecuencia, hay un firme propósito de enmienda en él; aunque sea en sus postrimerías, ha optado por cribar, enriquecer y elevar su gusto musical, lo cual debió hacerlo ya desde tiempo atrás.

EGINA

Egina se le deslizó de las manos hace unos años. Estuvo allí un domingo durante algunas horas, y creyó que era nada más que un refugio de pescadores, pródigo en árboles de pistacho, y sobre todo un lugar predilecto para los fines de semana. Ni se le cruzó por el pensamiento que en esta isla —situada a unas pocas millas de Pireo y, en consecuencia, cerca de Atenas— existiera algo más, y que esa vez se hubiera quedado en el umbral, prácticamente con la miel en los labios.

Pasaron los años, y el buen tipo —sin duda, un fallido visitante— ha desandado lo andado anteriormente; volvió a Egina un fin de semana, recorriendo el apacible puerto y el mismo huerto de pistachos. Pero hoy ha llegado adonde debió llegar ayer, primero a la otra extremidad de la costa y después al corazón de la isla. Así, finalmente, entró en la jurisdicción misteriosa, metiéndose sucesivamente en los parajes sensitivos.

No se imaginaba que Egina permite cebar a fondo la natural curiosidad humana por el enigma. Pese a su pequeñez —rebasa apenas los 80 kilómetros— contiene a sus anchas dos lugares harto especiales, que son tan diferentes entre sí para los corporales ojos externos, aunque resultan tan semejantes para los espirituales ojos internos. Por una parte, el majestuoso templo que data de los orígenes del mundo; por otra, una infinidad de templetos como empujados en una colina rocosa.

Esta vez el buen tipo (que anteriormente estuvo en la luna o anduvo por las ramas) se da cuenta de que Egina es el lugar a la medida del hombre piadoso. Pero ¿qué significa esto? Para quien cree a pie juntillas en el mundo sobrenatural, los santuarios más diversos —en este caso de la mitología griega y de la religión ortodoxa— constituyen antesalas de los arcanos, donde los creyentes elevan sus preces según la fe de cada época.

Afea es una divinidad local, cuyo santuario automáticamente le recuerda al visitante el templo de Poseidón, ubicado en el cabo Sunion. Le dicen entonces que Atenas, Sunion y Egina forman una suerte de triángulo sagrado. No le dan más detalles, pero él intuye que es cierta la extraña relación. Edificado en una colina de pinos, el santuario es de estilo dórico, y ha sido reconstruido en nuestro siglo, después de la última guerra.

Este paraje de Egina se complementa con una multitud de templetos medioevales diseminados al noreste de la isla, y en cuya parte inferior se alza el moderno monasterio de San Nectario. De lejos parece que fuera una altura inaccesible, si bien el forastero tiene ahora el prurito de intentar conocer todo. De improviso, principia a escalar la empinada colina, y uno por uno visita los oratorios, que son muy similares, casi rústicos, y sumidos en la mayor de las soledades. De modo tal, había pasado del armonioso recinto de la mítica Afea a los templetos bizantinos, que en lontananza semejan mausoleos y de cerca verdaderas ermitas para albergar a anacoretas.

El creyente a secas apenas ahora resulta un visitante cabal de Egina. Por último, salda su vieja deuda con la isla, y retorna a Atenas contento. Para él ha sido un solo itinerario sin ningún distingo. El santuario de Afea, el racimo de oratorios, el monasterio de Nectario —allí se adoran las reliquias de este santo griego—, todo lo junta estrechamente. En sus ojos espirituales hay grabada la imagen de un altar único, y ante el cual los pobladores imploran —ayer, hoy y mañana— que su isla chiquita nunca sea invadida por el inmenso mar espumoso.

EL GRITO

El cuadro *El grito* del noruego Edvard Munch es tal vez una de las obras más populares del siglo XX. Al afirmar esto puede ser que yerre, pero me mantengo en mis trece. Por lo demás, el arte moderno no es santo de la devoción del grueso público, aunque al fin y al cabo constituye la manifestación estética que puntualmente caracteriza la centuria pasada. Entonces aceptemos que *El grito* de Munch se halla en las mil bocas de la fama, y ha alcanzado tal situación al parecer por el propio tema del cuadro, de evidentísimo patetismo escalofriante, y puesto en el lienzo como si el pintor quisiera ir directamente al grano.

Iba a decir ahora que el pincel del pintor ha obrado como un escalpelo, pero recapacito y opto por otro símil, que me parece mucho más justo: la mente del artista es aquí un aparato de rayos X, que ha producido una obra que es como una radiografía del pavor de vivir. Sí, he allí una figura asexuada, cadavérica, en el preciso momento en que profiere un alarido profundo, que resuena en cada rincón del mundo, o en el alma de las personas. Probablemente, los que contemplan el raro cuadro, incluso los que rechazan a raja tabla la pintura contemporánea, pueden quedar impresionados ante él.

Y, por añadidura, pienso en aquellos que sólo son fieles del arte local, y no quieren saber nada de las expresiones estéticas foráneas, probablemente se sorprenderán mucho si se enteraran de que este cuadro representativo de la vanguardia artística internacional tiene como fuente de inspiración nada menos que una momia peruana. Paradójicamente, el remoto y entrañable pasado sudamericano motivando una pintura ultramoderna, que además encarna un tema universal.

Digamos la verdad: también nos sorprendió mucho cuando nos enteramos de que la popular pintura de Munch tenía dicho origen. Y fue hojeando un libro acerca de él en la librería de un museo cuando descubro tan curioso dato; sin embargo, no compré oportunamente

el volumen y al volver días después ya se había esfumado. Pasaron algunos meses, y fue en la librería de otra pinacoteca, donde me topo finalmente con el escurridizo libro. Sí, allí está retratada la momia peruana —perteneciente al Museo del Hombre de París— y allí igualmente *El grito* del pintor noruego, que pertenece a su vez a la Galería Nacional de Oslo. Y entre lo uno y lo otro en realidad un aire de familia.

Frente a frente, pues, la momia y el que profiere tamaño grito, con las esqueléticas manos cubriéndose los oídos, como para no escucharse, al pie de una baranda que tal vez da a una ensenada, cuyas aguas renegridas contrastan con el azafranado firmamento, y sobre todo dos personas en el fondo, de quienes huye despavorida la figura central del cuadro. Y digamos simplemente: ésta encarna el miedo ante la vida y la momia el miedo ante la muerte, y en ambas situaciones el alarido que sale desde las entrañas del ser.

Observo la foto de la momia en posición fetal con el cráneo apoyado en una de las manos, y en vez de ojos sendas oquedades oscurísimas. Y recuerdo un cierto refrán, cuyo sentido es obvio, según el cual al cabo de cien años todos seremos calvos. Naturalmente, de este destino no se ha escapado la antigua momia; pero el personaje de Munch luce una cabeza ovoide equiparable a una calavera sin pelo alguno. Por ello, bien podría colegirse, que parece que hubiera vivido por adelantado esos primeros cien años que le corresponden en el más allá, y helo allí pues calvo como la momia peruana, aunque esté aún vivito y coleando en nuestro arisco mundo.

EN CASA DE ANNE FRANK

Este domingo colmaron la vieja casa; parecían peregrinos llegando finalmente al santuario de su devoción. Subían a duras penas por las empinadísimas escaleras; avanzaban poco a poco por los estrechos pasadizos; se agolpaban en las habitaciones casi rozándose los codos. Con la vista clavada en las habitaciones donde sucesivamente iban llegando, como queriendo palpar cada sitio con los propios ojos; asimismo, no dejaban de leer los rótulos que explicaban puntualmente en qué punto uno se encontraba. Parecían que los visitantes se habían desprendido de sus respectivos mundos personales, dejándolos afuera en la intemperie; y ahora se encuentran metidos en cuerpo y alma en todo lo que padecieron los habitantes de la casa en los funestos días de la última guerra mundial.

Estamos en la casa de Anne Frank, que se alza en el antiguo Amsterdam; fue construida en 1613 —según leemos en un folleto informativo— y remodelada en 1740, tal como se le ve hasta hoy. En realidad, el edificio lo forman dos casas juntas: una que da al exterior y otra al interior. Este último lugar fue el que sirvió de refugio para la familia Frank. Originalmente, Otto Frank —padre de Anne—, huyendo de Alemania en 1933 por la persecución contra los semitas, instaló allí un negocio de especería. Los Frank residían en otro barrio de Amsterdam, pero finalmente tuvieron que mudarse para ocultarse en la casa interior. Con otras personas, permanecieron escondidos desde julio de 1942 hasta agosto de 1944, cuando la policía dio con ellos. Fue en ese lapso que Anne escribió su Diario —había ya cumplido 13 años—; estampando, paso a paso, aquello que estaban viviendo entre los muros de la vieja casa.

Pero, esa tarde, uno de los numerosos visitantes quedó sorprendido por una cierta coincidencia entre él y Anne Frank, específicamente en cuanto a fechas y lugares a los que estuvieron ligados uno y otro. A la verdad, ése soy yo; probablemente, entre el público más bien juvenil, era uno de los pocos coetáneos de ella. Igualmente, otra cosa

nos asociaba, sin duda bastante singular. Es la casualidad de haber estado a la vez en un mismo trecho de tiempo y espacio. Porque no era sólo ser casi de la misma edad, sino que ambos coincidimos en Amsterdam entre 1933 y 1934; y, más aún, ambos fuimos al mismo jardín de la infancia.

Al enterarme esa tarde que Anne Frank había estudiado en la Escuela Montessori, no pensé mucho sobre el particular. Recién ahora de vuelta en Lima, atando cabos, cotejando fechas, reavivando recuerdos remotos, he concluido que no es una mera presunción, como al principio me pareció, sino algo real. He estado toda una mañana recorriendo, aunque de manera muy superficial, las páginas de su Diario en una traducción al inglés, que lamentablemente me impidió realizar una lectura verdadera. Luego he escarbado curiosamente entre las cosas entrañables, que vienen de los días de mi infancia.

En efecto, Anne Frank manifiesta en las primeras páginas, que en 1934 estudió en la Escuela Montessori (que, según el folleto informativo, estaba en la zona en que ella residía). Exactamente, el mismo jardín de la infancia en que comencé a estudiar en 1933, que naturalmente se hallaba ubicado en el barrio donde yo vivía. En realidad, me conmueve saber que hemos estado tan cerca y a punto de coincidir en la escuela. En 1934 retorné al Perú con mi familia; Anne Frank, más adelante, prosiguió sus estudios en un colegio judío.

Y, más allá de tales circunstancias, pienso también en otras cosas, que no son exclusivamente de uno sino que pertenecen por igual a todos los que estamos en este tránsito terreno. Es la existencia patética, el Diario, la temprana muerte de la legendaria muchachita. Evidentemente, pienso en el calvario de vivir: para ella fue únicamente en un apretado lapso, aunque de intensidad desgarradora e infinita; en cambio, para sus contemporáneos, que la sobrevivieron en otras partes, ha sido a pausas, en medio de la jungla del mundo.

Anne Frank tendría más de sesenta años; estaría acaso rodeada de hijos y nietos y, sobre todo, habría sido de fijo primero una periodista y luego una famosa escritora, tal como lo anhelaba metida en su escondrijo, según lo dejó estampado. Recordaría ahora el calvario que vivió, como un hecho inaudito, increíble, irrepitible. Sin embar-

go, por desventura, nada de esto fue así, porque estuvo muy poco acá; aunque alcanzó a revelar la funesta experiencia que tuvo en su refugio en el viejo Amsterdam, que resultó a la postre la antesala de la muerte.

En cambio, aún acá, proseguimos en este infierno terreno (que a veces no lo es y otras veces sí a plenitud), deseando en vano ser escritor, como ella también lo quiso con todas las fuerzas de su alma. En realidad, no fue un deseo truncado por la muerte temprana, porque lo que escribió Anne Frank, entre las cuatro paredes de su cuarto, hoy es leído en todos los puntos cardinales. Además nos ofrece una clarísima lección: la palabra humana sobrevive únicamente cuando ha sido escrita con la propia sangre.

EN EDFÚ AL ALBA

Edfú está todavía replegada entre las tinieblas, y parece que el amanecer no se decide a disiparlas; fue entonces que pude apreciar con qué lentitud a veces empieza a brillar el día. Allí también observé otra cosa, que me sorprendió incluso mucho más: dos templos totalmente distintos, por el tamaño de cada cual, por la naturaleza de las religiones que originaron su edificación, y por la edad que los separa como un océano inmenso e insondable. En uno entré recorriéndolo más o menos; el otro apenas lo he divisado al pasar rápido por delante de su frontis. Uno era la meta que me eligieron anticipadamente, aunque sin imaginarme lo que iba ver en su interior; el otro lo descubrí de improviso, literalmente al paso.

Ese día el barco amaneció en Edfú, localidad a orillas del Nilo, en una jornada más del crucero que había arrancado en Asuán, al sur de Egipto, y que posteriormente tocó en Filae y Kom Ombo, donde visitamos los templos que en esos lugares se alzan. Sin embargo, en honor a la verdad, Edfú sería diferente a las dos escalas anteriores, por la espectacularidad, por la *mise en scène* con que meticulosamente prepararon todo. El resorte era el santuario de Horus, cuya monumentalidad y conservación son únicamente superadas por el de Karnak —la siguiente parada—, según nos dijeron. Así, al pie del pórtico sumido en la oscuridad, nos recibió una estatua del dios Horus, que lucía la figura de un halcón en acecho.

Dejamos el barco que había anclado en el mayor de los silencios; prácticamente terminamos fundidos en las tinieblas. En el muelle nos aguardaba una larga hilera de calesas desvencijadas, para llevarnos directamente a la casa del dios halcón. Pero, durante el trayecto a través de una calleja polvorienta, divisó algo que me conmueve hondamente; fue al pasar ante una mezquita chiquita, donde un puñado de fieles mahometanos vestidos de capa y capucha blancas como el almidón, destacaba en la penumbra del recinto mal iluminado. De inmediato me pareció que era algo inédito para mí, porque nunca

había observado a devotos en el interior de una iglesia, justamente antes del rayar el alba. Minutos luego pensé, con sorpresa similar, que constituía otra experiencia inigualable el recorrer al amanecer un santuario monumental, cuya soledad estaba siendo alterada por una multitud de extraños venidos de los confines más remotos, que hormigueaban por dondequiera.

En esos días acababa de enterarme de lo que dice un famoso escritor egipcio contemporáneo, quien reconoce en él una doble ascendencia: la antigua civilización egipcia y la civilización árabe. En Edfú, aunque todavía a oscuras, había estado yo palpando esta afirmación, como advierto ahora cuando me empeño en recordar de cabo a cabo la visita. En un ángulo, el empinado, vasto y voluminoso santuario de Horus; en el otro, una frágil iglesita. Lo que manifiesta el escritor es una sencilla confesión acerca de una experiencia existencial extraordinaria; eso que observa el forastero es exactamente lo que ha acunado a aquél.

Primeramente mi pobre vista mortal se detiene en la pequeña mezquita, mientras iba en una calesa archvieja; sorpresivamente descubro este templo construido acaso hace diez, veinte años; allí, alcanzo a ver por una puerta entreabierta a un grupo de personas, simétricamente sentadas y en actitud reverencial, musitando acaso las mismas preces que llegaron al reino del Nilo hace nada más que unos mil años cuando el dios halcón emprendía vuelo retornando al firmamento, aunque dejándonos su imagen reflejada en una escultura fija en el pórtico de su morada terrenal en Edfú.

Sí, efectivamente, después de pasar por delante de la mezquita, llego al templo de Horus —hijo de Osiris e Isis—, donde es tan evidente la alianza de la religión, la arquitectura y la escultura; lo erigen en la época de los reyes Ptolomeos antes de nuestra era (al igual que el de Filae y el de Kom Ombo). Allí, afuera, la efigie de Horus cuya figura de halcón naturalmente me deja boquiabierto, aunque días después recuerdo que en muchas religiones los animales están presentes, como deidades o como representaciones simbólicas; enseguida, avanzo despacio por el interior del templo, hasta llegar a un recinto en que aparece la réplica de una embarcación —según nos

dice la guía—, exactamente como las que surcaban hace milenios el Nilo, por ese mismo cauce que hoy nos acoge hospitalariamente desde Asuán.

A quien madruga, Dios le ayuda; así, al fin y al cabo, a quien vela todo se le revela. La primera frase es un refrán que lo sé de siempre (pero ¿quién no lo conoce?); la segunda es una suerte de lema, que aparece estampado en algunos de mis libros predilectos, casualmente tan pequeños como la mezquita de Edfú. Nunca pensé que al otro lado del mundo, en las inmediaciones del Nilo, iba a vivir plenamente eso que encarnan ambos dichos. Ahora, en vela y amaneciendo allí, he podido observar, aunque sea aprisa y superficialmente el doble linaje del insigne escritor, como es la inmemorial civilización egipcia y la civilización árabe. Esto último palpitaba en un puñado de lugareños rezando desde muy temprano; lo otro se percibía en el santuario de Horus, cuya efigie, portada, salas y jeroglíficos, que se leen en los muros, están allí resueltamente indestructibles. Por encontrarme despierto ese día, pude darme cuenta de que cuando amanece en Edfú, amanece por igual para los dos templos, el chiquito y el grande.

EN EL NILO

Cuando van juntos sobre las páginas de los libros, el Nilo, el Eufrates y el Ganges llegan a formar una rotunda expresión literaria que manifiesta la idea de lo inalcanzable o lo remoto, tal como uno quiera. Para europeos y americanos son los ríos legendarios por derecho propio, no por pertenecer a una geografía extraña, en cuya gastada corteza terrestre corren, sino porque andan metidos en la invisible corteza del seso humano. Así, escritores medioevales, renacentistas, barrocos o hasta algunos contemporáneos suelen mencionarlos para exteriorizar los sentimientos que despierta la amada mujer distante, el lugar remoto, la codiciada cosa fuera del alcance de uno.

Pero recientemente el Nilo —no sus compañeros de leyenda— aparece por delante, ni más ni menos, allí en el propio lugar donde corre perpetuamente sin perder nunca la fuerza de su corriente. Allí, pues, el padre de los ríos, que es uno de los grandes preferidos para simbolizar más que todo lo inalcanzable. El río que conocíamos por lecturas desperdigadas y que en los últimos años alimentó nuestra fantasía, lo tenemos ahora literalmente a la mano día y noche cuando vamos surcando sus aguas reposadas, escudriñando curiosamente el oasis de sus riberas y recorriendo con un asombro nunca experimentado los sucesivos templos, que son sus imponentes vecinos desde tiempos inmemoriales.

El río tan deseado, y en el cual nos habíamos enfrascado por su linaje literario; ahora, en cambio, podemos palparlo como una realidad concreta, mirándolo directamente, yendo de abajo hacia arriba —desde Asuán en la meridional Nubia egipcia hasta Luxor—; percatándome cómo es exactamente. No ya como beneficiador del arte de la retórica (desde luego, esencial para algunos), sino al servicio de la vida y de la ultratumba. Egipto es el don del Nilo, dice Herodoto al relatar su visita antes de nuestra era. Naturalmente, las riberas dejan de ser partes desérticas como si se desmembraran de esta región tan seca y candente, tornándose en vegas que palpitan

desde Nubia hasta Alejandría, ya frente al Mediterráneo, donde el Nilo termina desembocando.

Así, pues, uno puede figurarse fácilmente en Karnak y Luxor (tan próximas una y otra) multitud de hombres como enjambres u hormigueros, bullendo, sumidos en la tarea sobrehumana de alzar templos, tumbas, obeliscos y estatuas, todos ciclópeos y pétreos; en tanto que la flor de loto y el papiro se empinan delicadamente. Además, el Nilo es la vía a la eternidad: las embarcaciones funerarias ayer lo surcaban; igualmente, los inmensos bloques de granito son llevados a través de él tras ser desprendidos de los yacimientos de Asuán, para construir las tumbas increíblemente confortables, en cuyos recintos la muerte se iguala a la vida, o ésta entra en aquélla a sus anchas, hasta ser ambas una sola cosa.

Unicamente damos cuenta de lo que pudimos ver desde un moderno barco —tan parecido a los que van por el Misisipí—, o a bordo de las *felucas*, esas frágiles embarcaciones a remo y vela, o bien recorriendo los monumentos inextinguibles, comenzando por el templo a la diosa Isis en Filae hasta las pirámides y la Esfinge, a cuyos pies se aproxima El Cairo. Ningún otro río resulta tan pródigo, conforme se aprecia en lo verde de sus márgenes, donde los arquitectos lo flanquearon de arriba abajo con edificaciones de un estilo único. Este es el don del Nilo, en suma, que hace patente la sabia lección de la edad pasada, según la cual nuestro tránsito terreno no se termina acá.

El navegarlo, como un viajero prosaico y descuidado, culminó sin embargo enriqueciéndome. En realidad, fue un tanteo ciego de aquello que era no más un conocimiento superficial, a duras penas intuido. Por último, todo se convirtió en algo trascendental, que dividió la existencia de uno en dos mitades, una antes y la otra después de la visita. Es solemne, hasta exagerado hablar así al volver de un lejano punto del mundo, ganado por el asombro (que navegar por el Nilo da lugar a todo esto). No importa lo que se piense: llegamos al fin y al fin enteramente alcanzamos lo inalcanzable.

EN EL ZOCO DE EL CAIRO

Khan El Khalili es un lugar adonde acostumbran ir muchos de quienes llegan por primera vez a El Cairo con el exclusivo objeto de conocer las pirámides y la Esfinge. Al parecer, reservan un pedazo de su valioso tiempo para visitar también este viejo mercado, evidentemente afanados en realizar compras, aunque asimismo por un irrefrenable y recóndito empeño en recorrerlo, como si así se metieran de lleno en las propias entrañas de la descomunal ciudad.

E igual como casi todos enderecé mis pasos hacia Khan El Khalili, cuando finalmente estuve en El Cairo en días pasados. En realidad —según pienso ahora—, sin nunca proponérmelo he seguido, en épocas distantes entre sí, un específico itinerario de zocos o bazares (que así también se llama a los mercados orientales). Es un derrotero que va explayándose a lo largo del tiempo, hasta corresponder sus contadas escalas a ciertas épocas que uno ha vivido. En consecuencia, en el ayer remoto, el zoco de Tánger, del cual recuerdo a duras penas que me encuentro en el umbral sentado en un café. Posteriormente, muchos años después, el Gran Bazar y el Bazar Egipcio, ambos en Estambul. Por último, hoy, Khan El Khalili.

Es la ruta de los zocos, cada cual asociados a momentos especiales en nuestra vida, como acabo de descubrir sorprendido. Además, ligar un mercado —exótico, lejano, difícil de alcanzarlo desde acá— a circunstancias personales pienso que acaso no resulta un capricho. En fin de cuentas, todos los mercados de abastos tradicionales, exóticos o no, son los lugares que más tienen que ver con lo íntimo de una ciudad; digámoslo de otra manera: con nuestro palpitante lodo humano, tan ávido de comer y comerciar. Allí, en los mercados o plazas (que éste es el otro nombre en español), allí, la cotidianidad a flor de piel, bullendo, encabritándose a medida que avanzan las horas.

Volvamos al preciso itinerario, aunque dejando de lado el punto de partida en Tánger, que lógicamente ya se esfumó en la memoria. Pues bien, los bazares de Estambul son vastas galerías de techo bas-

tante elevado, donde las tiendas están más o menos ordenadamente y los clientes andan con comodidad. En cambio, es otra cosa el mercado de El Cairo, que a simple vista parece una interminable vía peatonal en que la gente hormiguea de cabo a cabo, pero donde también circulan bicicletas, motos e incluso autos. Además, en cada corto trecho, angostas callejuelas a diestra y siniestra, que por sórdidas parecen bocas de lobo. Allí y aquí, las tiendas apretujándose, y exactamente igual les ocurre a los propios clientes.

Fui a Khan El Khalili hasta un par de ocasiones; la primera vez como cumpliendo la visita obligada de todo forastero, pero luego retorné a regañadientes. Son las últimas horas en El Cairo y quiero naturalmente emplearlas en visitar de nuevo el Museo Egipcio. Sin embargo, tuve temor de cruzar la desconocida ciudad y correr el riesgo de un desencuentro fatal poco antes de la partida. De modo que me arrimé pasivamente a los demás que deseaban hacer nuevas compras. Así, increíble, absurdamente voy al sitio opuesto a mis intereses. No sé bien si era el albur de poder encontrarme solo y extraviarme, o en el fondo opté por el fresco y turbulento lodo humano, en lugar del polvo de los milenios tan inerte y mudo aparentemente.

EN LOS PREDIOS DE LOTI

Pierre Loti surge de improviso en medio de la calle cuando me dirigía a la Mezquita Azul del sultán Ahmet. En realidad, nada más que el nombre de este novelista francés, que en letras muy grandes se divisaba en el frontis de un restaurante. Sin embargo, en mis adentros, aparece el autor de *Las canciones de Bilitis*, cuyas páginas había devorado cuando muchacho. Desde luego, no era así: Pierre Louys —el escritor que automáticamente se me vino a la memoria en esos instantes— no es Pierre Loti, a quien en verdad nunca había leído, aunque bastaba ver su nombre en un bulliciosa calle de Estambul, para que la candela de la literatura me iluminara la mente.

Aquel rótulo rojo —sí, de color encendido— era sólo un aviso, una señal que presagiaba el hallazgo del sitio verdadero. Dos o tres días después llego a los límites de la ciudad, con el objeto de visitar la mezquita donde reposan los restos de Eyup, portaestandarte de Mahoma, y en consecuencia punto ineludible para los peregrinos del Islam. Sin imaginármelo, esa vez la religión me llevaría de la mano, en cierta manera, a los predios del arte literario. El sendero es una larga e empinada pendiente, que atraviesa un cementerio musulmán, y desemboca en una pequeña casa de corte rústico. Finalmente, el café Pierre Loti, ni más ni menos

Nacido en 1850 y muerto en 1923. Loti era en esencia dos cosas: escritor y marino. Viaja casi por todo el mundo, y florece entonces en él el narrador del todo exotista. Por primera vez va a Estambul como instructor de la marina turca, entrando de lleno en el alma del país. El café cercano a la mezquita de Eyup era justo adonde Loti acudía maquinalmente. Punto de sus citas amorosas o de la tertulia cotidiana; torre de marfil donde solía escribir, o mirador para observar cómo el Cuerno de Oro desaparecía en las tinieblas de la noche.

Hoy en día el lugar predilecto de Loti es parte del peregrinaje turístico. Exactamente como en el pasado, aunque en la actualidad

con la apariencia de un pequeño museo de sitio, delante del cual hay un puñado de mesas y sillas, lo cual permite que el panorama esté a la mano de los parroquianos. Llego allí al mediodía y de súbito los sentidos del oír y del ver se centran en Estambul. Escucho los ecos de las plegarias que salen de los minarettes; contemplo la silueta de los templos dibujada en el firmamento; y, a la par, diviso yo también el Cuerno de Oro, que de tal manera un sultán bautizó un brazo del estrecho del Bósforo.

Días después, de nuevo aposentado en mi tierra, me parecen más agudos los ojos del pensamiento. Aquella cuesta, que empecé a andar al salir de la mezquita de Eyup, realmente nunca termina. Igual que en la ocasión anterior, veo de repente el nombre de Loti engastado en un cuento de *Azul...*, de Rubén Darío, como el escritor exotista admirado por un trotamundos sensitivo. La solitaria mención dará paso de inmediato a algo bastante curioso: Loti inmerso en las letras peruanas.

Pero ¿cómo? Simplemente, Ventura García Calderón hizo que así fuera. Las circunstancias se deben a la imaginación de él, que escribe un relato titulado sugestivamente *Si Loti hubiera venido*. ¿Por qué no tal conjetura siendo el peruano un viajero empedernido como su colega francés? ¿Por qué no suponer que asimismo hubiera podido arribar acá si es una región que ha despertado las quimeras de la humanidad? Lo que hace García Calderón es una imitación literaria: el fingido Loti narra en primera persona su amor por una muchacha india, cuyo triste desenlace deja al más frío de los lectores con el alma partida en dos.

Es una indirecta aproximación a Loti, y por cierto me propongo ahora a leer *Aziyadé*, que es una de sus más famosas obras. Además, si Dios quiere, volveré a andar desde el templo de Eyup hasta el refugio de Loti. Naturalmente, me habría agradado más si el café estuviera abajo y la mezquita arriba. Pero no importa esto. Porque en los predios del escritor, según parece, resuenan al unísono las oraciones de todos las mezquitas de Estambul. Es entonces cuando lo visible se convierte en lo invisible, como puede ocurrir por añadidura en cualquier lugar del mundo.

EN MADRID Y EN EL AYER

Es retornar holgadamente al ancho y largo del ayer. Fue en Madrid, en noviembre último; pero no era que estuviese adentrándome en el pasado de la ciudad, sino solamente en el de uno, que de improviso se me reencarna: lo diviso, lo tanteo como un bulto que está delante. Fue todo inesperado, y por eso al comienzo lo percibo algo confusamente; aunque, a la verdad, constituye a la postre un espectáculo montado hasta armoniosamente. Pues fueron unas andanzas retrospectivas con orden y concierto, simétricamente dispuestas por la casualidad, digámoslo así, y no azar, no destino, no hado, según decimos hasta el cansancio. ¿Cómo lo dispuso la misteriosa casualidad? ¿Cómo y cuándo estas palmadicas en las espaldas para que uno vuelva la mirada hacia atrás? El forastero llega hasta el centro y fondo de los días que vivió allí ya hace unas décadas.

Sí, más que aparente, rotundísima simetría. Primeramente, el recuerdo desplegó sus alas —como acostumbra hacerlo— a través de un puñado de ideas y experiencias de antaño, por entre los renglones de una ponencia en torno a una cierta corriente artística (que mucho caló acá), que leímos en una reciente reunión acerca de las vanguardias hispanoamericanas en la Universidad Complutense. Después de tanto tiempo tuvimos que retornar a lo que nos apacentó o incendió la imaginación cuando muchacho.

Es éste el umbral por donde penetro en el ayer (que antes bien parece el trasanteayer). Así, ya de noche, yendo hacia la central telefónica para hablar con los míos, en la Gran Vía, se me presenta algo de lo que viví por aquel entonces. No en imagen sino en bulto —lo dijimos arriba—. En las cómodas veredas, entre un hormiguero de gente, entre resplandores eléctricos, entre un murmullo abigarrado e infinito, una inaudita *mise en scène*: aquel mismo almacén, aquellos mismos cafés y restaurantes llenos de bote en bote, tanto ayer como hoy.

Prosigue todo reencarnándose delante de uno. La Gran Vía se convierte en la vía láctea, que éste es el sentimiento o idea para el

memorioso de esa noche. En vez del recinto de la Complutense, en lo sucesivo el recinto de un palacio neoclásico que alberga el Museo Reina Sofía, desde donde se viene catapultando el arte moderno en nuestras postrimerías de siglo. Por último, el remate del singular retorno al pasado.

En consecuencia, allí, vuelve a la memoria una antología perteneciente a un escritor francés, ilustrada atractivamente con fotos, dibujos, vistas de sus lugares entrañables, en que abigarradamente se mezcla libros y cosas de veras extrañas. El volumen vino, por aquel entonces, dentro del liviano equipaje juvenil; cruza por entre las columnas de Hércules; luego llega a Madrid, y se convierte en las páginas de cabecera, que van acompañando de una ciudad a otra. Más adelante, de vuelta, atraviesa nuevamente las columnas de Hércules (que nunca se dejan ver en el estrecho de Gibraltar), para quedarse definitivamente en la biblioteca de casa.

El autor del libro predilecto, una y otra vez, aparece en la mencionada ponencia, porque es el padre del movimiento cuyas secuelas locales hemos corrido el riesgo de dar fe. Pero, en esa ocasión, la casualidad de casualidades: el famoso escritor está siendo recordado por todo lo alto justamente en el Museo Reina Sofía, adonde vamos a toda prisa un mediodía. Allí, una exhaustiva, incluso didáctica exposición en torno a él: allí, finalmente, podemos conocer su colección de cuadros, poemas—objeto, manuscritos, piezas de Oceanía y Africa (que ello constituyó su envidiable entorno casero); y, además, un caudal de pinturas motivadas por sus teorías.

Sin embargo, el asombro inicial muda en tristeza, porque uno se da cuenta de que todo ha ocurrido a destiempo, matemáticamente. Piensa uno que la ponencia debió haberla escrito seis lustros antes, con esa erudición, elocuencia, seguridad, que al parecer ha podido lograr siquiera un poquito. Igualmente, cree que a la sazón debió andar por la Gran Vía, con el firme propósito de telefonar a los suyos, según lo hace ahora. Asimismo, la completa exposición en torno al autor de aquel libro, que tanto prefirió cuando muchacho, debió haberla visto anteriormente, y no hoy. González Prada — nuestro memorable poeta modernista— tenía razón al decir que los bienes y las glorias de la vida nunca vienen o nos llegan tarde.

ENCUENTRO CON ARCIMBOLDO

Visitó en Houston un museo pequeño pero increíblemente selecto, adonde fue llevado sin pensar que una colección de arte de tal magnitud se albergara allí. Después de ver, en una de las salas, una muestra exhaustiva de Max Ernst, desembocó prácticamente en un recinto en que no había más que un cuadro de dimensiones regulares; sí, en efecto, un solo cuadro aunque de veras suficiente.

Es la pintura más extraña que uno puede figurarse: una cabeza humana rebosando frutas, flores y legumbres (y tal vez hasta peces), como la misma cornucopia. Lleva por nombre *El invierno* y la firma Giuseppe Arcimboldo. El que llegó casualmente allí se queda sorprendido por más de una razón. Resulta que desde siempre admira al artista y lo considera de un estilo único; pero el entusiasmo estético viene acompañado ahora de una cosa adicional, que lo deja petrificado al clavar la mirada en las fechas del nacimiento y la muerte del pintor, que aparecen al pie del cuadro. La vida de Arcimboldo va de 1527 a 1593.

Así, lo que iba a ser un rápido y despreocupado recorrido por Houston, a la postre ser convertirá en un hecho recordable cuando descubre de improviso la pintura de un creador tan especial, y esto con una añadidura angustiada, quizás no para el resto de las personas, aunque sí para el ánimo del visitante. Nació éste en 1927, y de acuerdo a una caprichosa simetría cronológica piensa que podría fallecer en 1993. Estableció pues una especie de posibles coordenadas premonitorias —aabsurdas para los demás— entre él y el artista que tanto aprecia.

Borrosamente recuerda que contempló en el Louvre, en sus días juveniles, unas dos o tres obras de Arcimboldo. De entonces hasta aquí no se había repetido el encuentro, pese a que a lo largo de los años ha recorrido innumerables museos en casi todos los puntos cardinales. Hay algo que nunca se ha perdonado como es el no haber adquirido en cierta ocasión un impresionante libro en torno al pintor

italiano, que vio en una librería madrileña a un costo nada astronómico. En realidad, esto para él ha sido una espina permanente.

Probablemente una de las causas de su fervor estriba en que Arcimboldo disuelve la división que separa los reinos naturales, y se erige en el mayor ejemplo de esa voluntad de metamorfosis que a veces se presenta en la pintura y las letras. Años atrás se enteró de que las “cabezas compuestas” —así se les suele llamar a las obras arcimboldescas— fueron concebidas para exaltar el poder del rey Maximiliano II de Ausburgo sobre los elementos de la naturaleza y las estaciones del año. El retratista italiano vivió en la corte del monarca entre 1560 y 1587.

En efecto, más allá del asombro, hay algo que le provocó desasosiego al entusiasta admirador, como ya se dijo antes. Son las fechas —repetimos— del nacimiento y la muerte del pintor. En sus adentros renegó esa vez de su antigua creencia en los presagios, porque nació en 1927, exactamente cinco siglos después de Arcimboldo, y atónito queda cuando se da cuenta de que éste había fallecido en 1593. Con todas las fuerzas de su alma quiere que el paralelismo cronológico fuera solamente en cuanto al nacimiento, y no en cuanto a la muerte.

Bien sabe que Arcimboldo cultiva la técnica de la “doble imagen” para producir sus alegorías, en que fusionando la cabeza humana con los vegetales consigue una visión inimaginable. De modo tal, piensa que el retratista se metamorfosea antes de alegorizar al monarca, cuando cada mañana se mira en el espejo y descubre cómo brota de su cabeza una cascada de alcachofas, crisantemos y ramas. En consecuencia, no duda de que es insólito entre los insólitos, el más surrealista de los surrealistas, lo cual es mucho decir si se considera que nuestros contemporáneos son desmesuradamente imaginativos.

Pero, como hemos visto previamente, la alegría de toparse con el artista milanés se disipa cuando descubre las fechas en que éste entra y sale del mundo terrenal. La visita al museo se le torna entonces agrídulce: no quiere morir a la edad de Arcimboldo y en cambio vivir más y más, hasta alcanzar una pizca de su fantasía y poder soñar así que entre los reinos de la naturaleza no existen fronteras.

ENTRE DOS TORRES MUDÉJARES

Por unos cortos días estuvo alojado recientemente no muy lejos de una torre mudéjar. En ese lapso no dejaba de ir al punto en que se alza para poner la vista en ella, infinitamente sorprendido, como si por primera vez mirara una cosa igual. Dirigía sus pasos como cuando se ha descubierto una edificación extraordinaria, única de veras. Naturalmente les resulta muy llamativa, algo digno de contemplar, a algunos forasteros que llegan hasta allí, por la singularidad que la distingue entre el perfil arquitectónico, entre edificios de ayer y hoy.

Pero, más allá de todo esto, había una causa recóndita que lo impulsaba a ir atropelladamente a divisarla. Ahora ha pasado ya algún tiempo y se da cuenta con claridad de lo que no había percibido en ese entonces. En el fondo resultó que impensadamente estuvo encaminándose hacia su pasado, volviendo a un punto conocido por él antes y al que nunca más retornó. Pues esta torre que contempla embelesado, imperceptiblemente estaba impulsándolo a la vez a otra de semejante estilo, que no sólo la había mirado de lejos sino que llegó a subir hasta su cúspide a través de una rampa interior, por donde pueden ir incluso dos jinetes codo a codo, según acabamos de enterarnos.

Es un volver atrás, un específico *tour* hacia el lejanísimo ayer, únicamente entre dos torres inspiradas por el arte del Islam. El largo recorrido lo empezó en Cali, en el Convento de San Joaquín, de la orden franciscana, que es de ladrillo y como tal luce el color de la carne; allí adosada al templo, se empina una torre mudéjar. Finalmente, ahora ya en la perspectiva de los días, ha recordado con fuerza La Giralda, que es la torre mudéjar que se encuentra en Sevilla, redondeando así simétricamente su inesperado viaje. Hacia allá extiende pues sus pasos. Pero confiesa que cuando observaba la de Cali, no recordó por nada la de Sevilla; aunque en estos momentos sí, y hasta ha tendido un puente entre una y otra. En efecto, el viajero maduro, hoy algo más documentado que antes, va en pos del viajero

joven incipiente aún en todo, y le estrecha la mano. En verdad, es uno solo, ni más ni menos.

Parece jactarse de lo que sabe, que es únicamente un barniz para sorprendernos. Como sea, al fin nos hemos dado cuenta de que el estilo mudéjar nace por la inspiración de los arquitectos moros que no se van de la Península después de la caída de Granada; los edificios se caracterizan por la unión de las formas y las técnicas del arte árabe y del arte occidental (románico, gótico y renacentista); florece en el siglo XII y alcanza su máximo esplendor en los siglos XIV y XV; si bien no se extingue porque se prolonga hasta el otro lado del mundo. Resumidamente concluye diciéndonos que este estilo arquitectónico cruza por entre las columnas de Hércules (adosadas al estrecho de Gibraltar, aunque invisiblemente), y por último llega a Cali en el siglo XVIII, al igual que a algunas otras ciudades de América.

Piensa él siempre en las torres, por su evidente simbolismo ascensional; claro está, cree a pie juntillas que constituyen una escala entre el cielo y la tierra. Además, hay algo que también cree: algunas le resultan como hitos que marcan las etapas sucesivas de su larga existencia. Sin embargo, de la torre de Sevilla y de la de Cali se aferra aun con mayores bríos, por la espiritualidad árabe en que ambas se sustentan y que viene en él calando desde hace tiempo. Así, pues, no se pierde la oportunidad para manifestarnos, una vez más, que su fervor proviene de la propia lengua que habla, en que palpitan unos cuatro mil arabismos, muchos tan vivitos y coleando. Comprendemos bien ahora el motivo de su entusiasmo por la torre mudéjar caleña, y el retorno hasta los días en que conoció La Giralda, por cuyas entrañas subió a la cúspide, cuando no pensaba en el Islam y aún poseía la verde edad por delante. Entonces seguramente no fijó los ojos en el cielo sino que se queda mirando cómo era Sevilla desde lo alto de un minarete, que eso fue originalmente La Giralda.

GIRASOLES, SIMPLEMENTE

En una excursión por Umbría, en el centro de la península italiana, van apareciendo al paso día tras día unos campos sembrados de girasoles, todos alicaídos, todos exangües, literalmente como personas de orejas gachas; pero, sea como sea, girasoles de arriba abajo, esa misma flor cuya imagen la llevamos imborrable en la memoria, y que entonces la vimos doblada por estar en su madurez, tal como me he enterado no más recientemente.

No sé con precisión ahora en qué tramo observaba a las postradas flores, si cuando nos dirigíamos al lago Trasimeno, o hacia Orvieto, o Perugia, o Asis, con la finalidad de ir directamente al pasado medioeval y renacentista; sin embargo, al divisarlas de improviso, desde el auto en que viajaba, me dieron la impresión de que eran anuncios de algo distinto. En realidad, en esos momentos creía que estaba encaminándome hacia los tiempos modernos, concretamente en dirección del arte actual, como si me invitaran a releer las páginas de *El amor loco*, de André Breton; o contemplar los girasoles pintados por Van Gogh.

Curiosamente, en definitiva, tampoco resultó así. Hoy, recordando aquel viaje por Umbría, quedé sumido en un pequeño mar de simplicidades. Finalmente, aquellas flores amarillas, si bien lánguidas, pudieron empuñar firmemente las manos del excursionista, llevándolo derecho a lo prosaico, lo candoroso, lo sentimental. Prácticamente, los girasoles han tenido la virtud de que él se reencuentre, cara a cara, con sus intereses personales escondidos, que por añadidura son del común de las gentes.

Empecemos por el orgullo ingenuo provocado al descubrir en diversos diccionarios que es una planta que vio la luz del día por primera vez en estas latitudes. Después hemos parado mientes, como nunca antes, en que sus semillas proporcionan un buen aceite. Y, justamente, pensando en todo esto, encuentro de pura casualidad,

dentro de un voluminoso libro, una acuarela representándola en su máximo esplendor.

Lamentablemente no tengo a la mano ninguna reproducción gráfica de las flores de Van Gogh, aunque sí la obra de Breton en la que un girasol fotografiado por Man Ray parece inducir al lector que retorne al relato de *El amor loco*. Pues bien, helianto, girasol y tornasol son los nombres de nuestra flor; Breton se inclina por el último término. El resorte es el poema “Tornasol”, escrito en 1923, y que el propio autor lo desentraña minuciosamente, hasta percibirlo como profético del encuentro con la mujer amada, que le ocurrió en 1934, es decir con la “todopoderosa ordenadora de la noche del tornasol” —según escribe—, y con quien se casará poco después.

Pero la realidad es que el recuerdo de los sembríos de Umbría no me ha llevado a los frescos de Giotto en Asís, ni a los de Luca Signorelli en Orvieto, ni adentrarme a fondo en las páginas de Breton. Paradójicamente, me ha devuelto al redil de las mondas y lirondas simplicidades, que es el otro dominio de la sensibilidad, en que al pan se le llama pan, y al vino, vino.

En honor a la verdad, pienso sorprendido y orgullosamente — ¡qué le vamos a hacer! — en el hecho de que es una planta oriunda de nuestro país; y, asimismo, no podemos olvidar que sus semillas son oleaginosas y benignas; y, por cierto, estoy muy contento al haber hallado una acuarela pintada por uno de mis seres tutelares, quien insólitamente ha puesto un girasol no en un florero sino en un cáliz, tan amarillo como los pétalos de la flor.

IGUAZÚ, AL FIN

Parecía que las cataratas del Iguazú se nos iban a escapar de la mano. Por suerte, el hombre propone y Dios dispone; pero ¿cómo ocurrió esto? Sí, pues, mejor vayamos paso a paso. Primero había una pascana ineludible, nada menos que la monumental represa de Itaipú en territorio paraguayo; y, tras visitarla, volvimos a Ciudad del Este, y allí fue entonces cuando decidimos, contra viento y marea, salirnos del itinerario previsto y enderezar nuestros pasos hacia el legendario punto, que desde que partimos de Lima lo teníamos entre sien y sien.

Exactamente, empezó todo en un recodo o encrucijada, ¡qué sé yo!, donde subimos a un destartalado ómnibus y después a un taxi flamante, que nos puso ya en camino. Casi enseguida quedamos dentro de una interminable hilera de carros y camiones que cruzaban la frontera; aunque luego entramos de lleno en la localidad brasileña de Foz. Ahora, entonces, el tramo último, que es un extraordinario umbral digno del lugar al que tanto nos estaba costando llegar. Era una vía bastante larga, holgadamente ancha; en que lo verde reinaba, como si estuviéramos avanzando a través de un parque.

Viene todo como anillo al dedo. La naturaleza no escatima nada para ofrecer a estos pobres mortales, que somos nosotros, uno de sus admirables tesoros. Finalmente, las cataratas del Iguazú —desde el lado brasileño—, las mismas que, hasta hace unos instantes eran de veras un paraje quimérico, están ahora allí, justamente delante. Descendemos por unas escalinatas hasta ubicarnos en las pasarelas que permiten observar con comodidad las poderosas cascadas; fotografiarlas de todos los ángulos, más aún, grabarlas de modo indeleble en la memoria.

El simple hecho turístico pasa a ser una experiencia estética única, porque más que conocer algo nuevo la ansiada visita está resultando una pura deleitación. La estruendosa catarata — tal vez unos 65 metros de altura—, que divisamos más próxima, semeja una cortina ondulante donde el agua que se despeña por el centro es curiosamente

rojiza. Por cierto, otras cascadas parecidas con igual estruendo, igual tono rojizo completan el escenario, cuya imagen se repite en la parte que corresponde a Argentina, según nos dicen.

Uno de los excursionistas recuerda automáticamente haber leído cuando niño un artículo sobre las cataratas del Iguazú. Da la extraña casualidad que esas mismas páginas yo también leí; y, además, este rojizo tan similar al que observé cuando joven sobrevolando de pasada el suelo paraguayo. Es la incontenible remembranza de dos épocas diferentes de mi vida asociadas aquí a la visión placentera. Pienso ahora que valió la pena el empeñarnos en ir hasta allí, pues ese día, aunque por unos minutos, pudimos afinar nuestros embotados sentidos.

LA NAVE EN LA LÁMPARA

Fue en el umbral de su alcoba donde aparece cuando le llevaron como obsequio una lámpara adornada con un pequeño velero labrado en bronce. Es el regalo más significativo que ha recibido, que sin duda dio en la yema de su gusto, y hasta le ha resultado un presagio del rumbo de sus días. Hoy lo considera —dice con satisfacción— como un objeto emblemático.

Es la lámpara acompañada de una nave, puesta sobre la mesa de noche, que lo ilumina puntualmente antes de dormir con la más brillante de las luces; y, por añadidura, todo el conjunto imprime un toque especial a este ángulo del dormitorio. Además, incluso hay una conjunción, coherencia o alianza porque se encuentra al lado de un viajero, que es real o imaginario, y que desea irse de este mundo siquiera con un barniz de conocimientos. Por eso, está él muy contento ya que le permite leer cómodamente noche a noche, y porque en este objeto se han encarnado los símbolos que más aprecia.

Desde hace poco que comprende el significado de la servicial lámpara que lo acompaña tan de cerca durante muchas horas, que antes la solía mirar únicamente como el postrer regalo que le dio el más querido de sus seres. Paso a paso, clava ante todo la mirada en ella; recuerda esas cosas archisimples, que la generalidad de las gentes conoce muy bien, y que las convierten en moneda corriente, como es la leyenda del filósofo Diógenes que buscaba con una lámpara en pleno día a un hombre por las calles de Atenas; enseguida se empeñará en releer el cuento de Aladino y la lámpara sobrenatural; pero por cierto no olvida el uso litúrgico desde la más remota antigüedad. Finalmente dice con sumo énfasis que es el símbolo de la inteligencia y del espíritu, y que por tal razón se siente complacido de que sea el presente que le dieron hace mil años, y que no haya sido otra cosa.

Existe un motivo más por el que está qué campante, que es la presencia del pequeño velero, como si el resplandor que despidе la lámpara transformara el lugar en una rada donde estuviera acoderado;

aunque sabe que en el simbolismo cristiano la propia Iglesia es comparada a una nave. Pero inmediatamente alude a algo que lo dejó sumido en el mayor de los asombros, como es aquello que dijo el guerrero romano Pompeyo Magno (106-48 a. de J.C.), que fue nada menos lo siguiente: “Vivir no es necesario; navegar, sí”. Le resultó una idea incomprensible, si bien por suerte un sabio amigo suyo no tardó en explicarle que eso de lo que habla Pompeyo es el vivir para sí o en sí (sin duda, algo de poquísima monta), y que el navegar constituye el trascender.

Le agradece al socorrido amigo (que es el escritor Juan Eduardo Cirlot), y ahora refresca la memoria con más precisión y se da cuenta que el obsequio lo recibió el día de su cumpleaños, cuando acababa de retornar de un largo viaje y había atravesado hasta dos veces las escalofriantes columnas de Hércules. Insiste en proclamar que las finezas de las personas amadas suelen frecuentemente dar en el clavo, según le ocurre con este objeto que se le ha tornado no sólo emblemático sino hasta premonitorio.

Allí está la nave en la lámpara —digámoslo así—, porque es la acción de viajar metida en el fondo del espíritu; y delante de ambas nos confiesa ahora que en los años restantes que le quedan tratará de no vivir para sí o en sí, replegado en su caparazón; en cambio, hará todo lo posible por trascender, que para él es mirar más allá de sus narices o vivir generosamente para los otros. De súbito corta esta digresión tan personal, y termina manifestando que nunca se apartará de la lámpara predilecta, justamente adornada con un pequeño pero gallardo velero; que más que emblema o presagio le ha resultado un verdadero talismán.

LAS CIUDADES DE LOS CANALES

Venecia, Ámsterdam y Milán, en determinada medida, cuentan con un rasgo común. Este algo está en el interior de ellas, que las cruza como múltiples arterias, pequeñas o dilatadas, zigzagueantes o rectas, por donde cada día circulan los vecinos, los numerosos forasteros que las visitan, o quienes se encaminan hasta allí para empalmar finalmente con algún río caudaloso. Pero, de una vez, vayamos a lo fundamental del asunto: son ciudades ornadas de canales. Y, como muestra, no uno sino inclusive tres botones (que bien vale alterar la frase consabida). Pues Venecia, Ámsterdam y Milán, que aparecen en el renglón inicial en este orden exacto, acaso reflejan la importancia —o el linaje, digámoslo así— de sus canales.

Fue no hace mucho que un cierto viajero sudamericano estuvo allí. Al parecer, sin proponérselo, salió al encuentro de esos lugares, a los que llegó con relativa facilidad. No elige ex profeso un *tour* de ciudades con canales, en un afán de urbanista acucioso, que desea enriquecer sus conocimientos, y crear a su vez en donde radica un lugar atravesado por esos cauces artificiales, que han sido cavados para el placer y comodidad del vecindario. Va a Venecia con el propósito de recorrer la mayor exposición sobre los celtas realizada hasta hoy; va también a Ámsterdam y Milán aunque por motivos estrictamente personales.

Al retornar a su ciudad, al suelo nativo de donde partió ahora ya en la perspectiva de los recuerdos, reconoce entonces cómo ha sido en particular su reciente viaje durante el cual ha convergido en puntos con una afinidad entre sí; perfectamente se da cuenta de que acaba de estar en un trío de lugares que presentan una cierta similitud; desde luego, circunstancias propicias para sopesar un determinado tipo de paisaje urbano. No es un entendido en la materia, como lo dijimos antes; pero, en general, cuando viaja no lo hace en vano y algo se le queda grabado en el fondo de la memoria.

Ahora, en este momento, vuelve sobre sus pasos, e imaginativamente retorna hasta allá. De inmediato, en un trecho de tiempo, todo lo va reduciendo a una sola cosa; deja de lado los tesoros artísticos e históricos, como si fueran de muy pocos quilates, y se aferra a su vez a esos cauces artificiales que ciñen literalmente a las ciudades mencionadas. Es un recuerdo de alas cortas —lo confiesa francamente—: tan específico, tan superficial, tan breve. De modo que al volver sobre sus pasos, únicamente navega o camina a orillas, en un día soleado, a la par que su sombra quiere reflejarse en las quietas aguas.

Aquí, en Venecia, va surcando el Canal Grande, en el *vaporetto*, desde donde divisa los palacios juntos unos con otros, cuyas plantas bajas son besadas por las aguas; naturalmente, en la rapidísima travesía, la mirada es atraída por el Cá d'Oro, cuyo estilo gótico lo distingue sin tropiezos, no porque sea un docto sino que él está divisoando la mansión veneciana más alabada. Aquí, en Ámsterdam, después de visitar la casa de Anne Frank —donde se refugió la legendaria muchacha judía con su familia cuando la ocupación nazi—, empieza a andar a lo largo de un canal rumbo al Rijksmuseum. Aquí, en Milán, no un puñado de horas como fue en los otros lugares, sino un montón de días en que ha caminado bordeando el Naviglio —el extenso canal milanés—, del cual se percata por primera vez hace tiempo leyendo los versos que el poeta Salvatore Quasimodo consagró a su madre.

Los mares son impetuosos y embisten la tierra firme; los ríos andan presurosos hacia delante, con qué ímpetus. Por el estado de quietud, evidentemente, los canales se parecen a los lagos, aunque son harto familiares, ampliamente caseros, porque se encuentran metidos dentro de las ciudades, mezclados con las gentes; y, además, porque no fue la misteriosa naturaleza que decidió su nacimiento, sino sólo la voluntad humana. Probablemente, desde hace tres, seis o más siglos están en Venecia, Ámsterdam y Milán; en realidad, no lo sabemos bien. Allí se hallan recreando la vista de todos, tanto de propios como de extraños —según la frase consabida—.

Pero el visitante, en cuya ciudad no hay canales, los observa largamente y luego tal vez los tiene siempre presentes. Cree que sus aguas

son espejo de la resignación, y le recuerdan a los hombres y mujeres viejos que viven quietamente en silencio (porque los canales no son sonoros como los mares); pero, además, sobre todo vegetando ilustremente. Pues unos dan lustre a los suyos, a esos por quienes ellos son amados; mientras que los otros dan lustre a las ciudades

LAS PIRÁMIDES A LA MANO

El Cairo le pisa los talones a las pirámides y a la Esfinge, al extenderse la ciudad en forma descomunal. Estas se encuentran a la mano, exactamente en el mismo punto donde las edificaron y tal como las hicieron unos milenios antes de Cristo. Finalmente, en la punta de los dedos, luego de vivir imaginándolas siempre como remotísimas estrellas del firmamento, más que por la distancia geográfica, por el insondable espacio de los siglos. Pero, pese a su antigüedad, se les lleva grabadas indeleblemente entre las sienes, porque quién al otro lado del mundo no las ha visto en sus textos de colegio. Los turistas, que vienen de tan lejos, son vecinos de ellas, como los lugareños que habitan en los alrededores.

Allí, justamente cuando está yendo por una larga avenida, nuestro forastero descubre que el lugar le resulta algo familiar, como si estuviera atravesando un barrio periférico limeño colindante con una zona arqueológica. Además, una particular impresión de cosa campechana, porque, antes de comenzar propiamente la visita, almuerza con sus compañeros de viaje en un bullicioso restaurante a corta distancia del punto codiciado.

Posteriormente, a medida que avanza en pos de la meseta de Giza —su norte ese día—, divisa sólo las pirámides, y no así la Esfinge ubicada detrás. La que aparece a la vista es la Gran Pirámide del rey Keops, y al lado la de su hijo Kefrén y la de Micerinos —hijo de éste—, que son ligeramente más pequeñas. Pero ha pasado ya un tiempo, y se aferra a ellas, tratando de retomar sus impresiones de esa tarde, que ya empezaba a disipar la luz del brillante día. Es la remembranza fervorosa, por la cual las tiene cerca, tanto ayer en Giza como hoy aquí. Está enfrascado en las pirámides, lamentándose en no haber ido a Sakara —a unos treinta kilómetros de El Cairo—, donde hubiera podido observar también la de Djoser. Son pétreas, son de regulares formas geométricas, lucen un color ocre —según recuerda—, si bien originalmente fueron de tono rojo, conforme se

lee en algunos libros. Evidentemente, todos de inmediato se preguntan cómo pudieron ser construidas con tal rigor técnico y tal arte.

Piensa que allí se encuentra él sin merecerlo, como siempre le ocurre cuando visita los lugares entronizados en la historia universal. Porque, a cara rato, se siente en ayunas, a ciegas dondequiera que va; por tal motivo, termina recogiendo con sumo candor los folletos turísticos que a su paso halla casualmente; además, compra un video en el aeropuerto caiota; y, enseguida, ya de vuelta, procura conseguir los libros que exploran únicamente lo insólito. En él aflora pues una repentina pasión por la egiptología, naturalmente a escala muy rudimentaria, como bien vemos; pero parece que quiere recuperar el tiempo perdido.

Empieza entonces a averiguar cómo fue la mano de obra, y así a la vez empieza darse cuenta de los orígenes del género humano; por último, concluye de que los griegos y los romanos tuvieron que resignarse en surgir bastante después de los egipcios. Es la hora del tanteo y desfilan los números fabulosos: la pirámide de Keops fue edificada alrededor del año 2500 a. de C.; suma dos millones trescientos mil bloques de piedra caliza; participan cien mil personas que no eran ni prisioneros ni esclavos, sino trabajadores que cobraban su jornal en alimentos, por la labor que hacían cuando no labraban la tierra a causa de los desbordes del Nilo.

Estos datos se repiten como letanía desde que llegaron los primeros viajeros antes de la era cristiana, quienes van registrando con puntos y comas lo que oyen de labios de los sacerdotes. Pero nuestro moderno viajero no lo sabía; sin embargo va muy orondo por el venerado lugar y hasta resuelve unirse a una larga fila de visitantes que se agolpa para entrar en la Gran Pirámide; allí, después, avanza agachado, paso a paso, por un corredor semioscuro y descendente, que le parece interminable. Esa impresión de lo campechano y cotidiano, que había percibido antes, se le trueca ahora en una idea patética, tal vez como estar replegándose en el interior de sí mismo, tal vez como entrar en el más allá. Camina un apreciable trecho, si bien al llegar al primer recodo desiste súbitamente de seguir; prefiere retornar hacia fuera y rescatar la claridad y el aire puro de la vida terrena.

¿Por qué la forma piramidal fue preferida por los faraones para que los hospede cómodamente en su paso a la eternidad? El forastero le hace esta pregunta a un antiguo amigo suyo, que frecuentemente le ayuda a dejar el limbo del mundo profano, ya que es un eminente descifrador de símbolos. En un comienzo no le entiende ni pío, pero al observar detenidamente una pequeña pirámide —un *bibelot* que trajo consigo de su viaje—, asimila lo que le está revelando, como es el significado místico del vértice y de los triángulos de las caras laterales. En cambio, sí comprende rápidamente cuando su docto amigo termina diciéndole que, en el simbolismo egipcio, la pirámide —la Gran Pirámide— brotó de las aguas primordiales del Nilo y constituye la imagen del universo. El forastero limeño, aunque nace y vive en el siglo XX, cree esto a pie juntillas; piensa que así fue en realidad.

Nunca se le ocurrió que en un atardecer las pirámides iban estar a la mano, hasta poder palparlas con la punta de los dedos, incluso recorriendo las entrañas de la principal, e inquiriendo luego a troche y moche acerca de ellas. Porque, en efecto, ni arqueólogo ni historiador, nada más que un simple turista, un feliz mortal, que pretende dar cuenta de lo que vio desde que se aproxima a Giza; lo cual le ha parecido a él hasta un tanto familiar. No sabe si porque la zona urbana vecina le recuerda ligeramente su ciudad natal, o porque alguna vez pensó un poco en el alba humana.

LO MONUMENTAL Y LOS CONTRASTES

El Nilo y Manhattan son espejo de lo monumental; sin duda — sigamos hablando figuradamente—, sus mejores sinónimos. No se empinan allí montañas porque la naturaleza les fue avara en tal sentido; nos imaginamos que en sus orígenes tal vez todo era liso como la palma de la mano. En cambio, la monumentalidad humana está presente; primero hace varios milenios, tan campante, increíblemente, en las márgenes del largo río egipcio; posteriormente, en la pequeña isla neoyorquina. Las alturas nacen del hombre, en épocas diametralmente remotas entre ellas y por razones absolutamente diferentes. Así, en el Nilo y en Manhattan, la desmesura reina hacia arriba; así, lo monumental abriéndose paso verticalmente con tal resolución como si procurara rozar la bóveda celeste. Sin embargo, conforme dijimos, resulta distinto entre lo uno y lo otro. Allí, respectivamente, se han encarnado la muerte y la vida; en el Nilo, el más allá; en Manhattan, el más acá (que de tal modo acostumbramos hablar a veces de la terrenal vida inmediata, como aferrándonos a ella).

Principiemos con orden, y recordemos Manhattan, donde inicialmente tomamos nota de cómo son las fenomenales construcciones; además, llegamos en los años juveniles, cebando la ilusión de ganarnos el pan en alguna oficina de las Naciones Unidas. Hay algo que nunca olvido: el brutal miedo que tuve al desembarcar en el aeropuerto, con la seguridad de que alguien me aguardaba, aunque no resultó de este modo; y más desmadrado quedé a medida que me acercaba a la ciudad, subiendo y bajando por intrincadas vías a desnivel; cruzando infinitos puentes de hierro y divisando los rasca-cielos ciclópeos que iban apareciendo en el horizonte, en un mediodía plomizo. Ese arribo a Nueva York, con el alma en un hilo, fue el arranque de una terrible jornada inimaginable.

Pero el sombrío descubrimiento de la monumentalidad humana, al paso de los años tendrá a Dios gracias su contrapartida, contraste,

contrapunto —mejor decir esta metáfora de índole musical—, cuando navego por las aguas del Nilo, aparentemente inmóviles, en cuyos bordes aflora el otro tipo de lo monumental. El propio tiempo inexorable lo contrasta: la metrópoli neoyorquina cuenta sólo con unos pocos siglos, mientras que en Egipto las pirámides y la Esfinge, los colosos y los templos son antiquísimos, incluso más que los monumentos griegos y romanos. Los contrastes son aún mayores, como antes reseñamos: en el Nilo, los umbrales de la muerte; en Manhattan, la misma vida. Es un contrapunto por cierto tan evidente.

Además hemos conocido una gran paradoja. Repitamos entonces también una cosa ya dicha: por un lado, la tribulación atroz; por otro, el sosiego infinito. Lo singular estriba en que la angustia nos sobreviene de cara a la monumentalidad moderna (esa es que es estrictamente motivada por el ansia de vivir bien); mientras que la placidez nos ocurre finalmente ante la monumentalidad antigua, que florece cuando los humanos quieren seguir viviendo confortablemente en el más allá. Ayer, pues, el muchacho muerto de miedo, afanado por ingresar ante todo en un solo rascacielos, que es de las Naciones Unidas, y soñando en habitar en otro cerca del río Hudson. Hoy, el maduro turista, tranquilamente por donde va el Nilo, visita asombrado los templos de Filae, Kom Ombo y Edfú (que en realidad por allí empezó el viaje).

Concluyo palpando el contrapunto de la monumentalidad y el contrapunto de la psiquis. Es el contraste entre los rascacielos y las edificaciones faraónicas; y, por añadidura, el hecho de sentirse tan mal al llegar solitariamente a Nueva York y el sentirse feliz en las márgenes del Nilo. Aunque, en el fondo, parece que al forastero neoyorquino le royera el resentimiento de no haber podido mudarse a la jungla de acero y cemento y pasar sus días en el seno de un elevado edificio (que constituía su máxima aspiración). Sin embargo, ahora ha vuelto renovado a su casa limeña tras conocer por fin los monumentos egipcios; sí, por cierto, contento del todo, aunque no sé bien si por haber palpado nuestros remotos orígenes, o porque se ha dado cuenta del deseo irrefrenable de no morir nunca, que los pobres mortales tenemos en todas las épocas y latitudes.

LOS VIAJEROS IMAGINARIOS

El viajero imaginario posee maneras diferentes de proyectarse. Es inconmensurable el alcance de sus andanzas, porque puede coronar todo el mundo, incluso el universo y aun el más allá. Este es el viajero cuya imaginación le procura lo estrictamente desconocido, adonde antes nunca había llegado. El otro caso llama menos la atención: hay personas que cuando viajan vuelven sobre sus huellas mentalmente y piensan nada más que en el punto donde viven.

Pongamos a cada cual en los platillos de una balanza, y el que pesa más en onzas de oro es aquel que sueña, con los ojos abiertos, cosas que no ha visto, lugares a los que no llegará, aunque lo vislumbra todo intensa y claramente. La imaginación le determina la ruta que puede ser infinita y por la cual irá con los sentidos fijos. No cruza ni siquiera el umbral de su casa; pero traspone montañas y mares remotísimos en el instante en que lo desee.

Hace mucho tiempo, alguien acostumbraba ir a pie de Barranco a Lima, a campo traviesa, hasta que un día de repente se desvió del camino trillado, pasando imperceptiblemente a un pasadizo nebuloso, que a él le parece como un mágico sueño de Estambul, y a través del cual va en pos de una niña, quien lleva una lámpara azul, y que representa a la diosa de la poesía. El milagro, la maravilla y la encantación constituyen los elementos naturales por donde él discurre.

En el Nuevo Mundo habrá siempre quienes piensan mucho en Estambul. Más adelante, otro viajero imaginario, aunque consciente de que nunca visitará la ciudad del Bósforo, se empecina por hacer una cita, exactamente en la calle Shidah Kardessi, en los altos de la tienda de un oculista, según lo manifiesta en un verso. Finalmente, al parecer se desdobra asumiendo los asuntos que lo esperan allí, en el mismo sitio del encuentro acordado.

Pero alguien acaba de llegar a Estambul no ya figuradamente sino de modo real. La observa por primera vez en el largo curso de su vida. Está en la zona antigua de Aksaray, y principia su jornada increí-

ble visitando la mezquita de Solimán; luego el edificio contiguo en que hay una universidad; y posteriormente pasa delante del Gran Bazar, sumido de lleno en el asombro. Son los primeros momentos, la primera hora, cuando empieza la visita librado estrictamente al azar.

Sin embargo, el viajero imaginario no cambiará de modo de ser, y hace que sus andanzas ahora concretas sean compartidas con sus inveteradas andanzas psíquicas. ¿Cómo así? Por decirlo mejor, el recuerdo de lo vivido antes lo lleva a cuestas. En consecuencia, da pie a ciertas comparaciones insospechables, en algunas cosas de la realidad exterior, entre la ciudad soñada y el lugar de donde procede el forastero. Paulatinamente, a medida que recorre Estambul, piensa a cada rato en Lima, porque de allí viene.

Lo soñado y lo vivido quizás poseen una fuerza semejante. Del mismo linaje son y tironean con parecida intensidad. Igualmente es lícito desatar los pensamientos en dirección de la otra faz del mundo, del todo desconocida; o llegar por último allí y recordar en cambio el punto en que habitualmente radica. Aquel que acaba de convertirse en un visitante real, de carne y hueso, en el fondo puede no mudar de talante y proseguir como un pasajero mental.

Pues de súbito en pleno Aksaray tumultuoso, se aparta del itinerario previsto y entra en ese pasadizo nebuloso, bajo el impulso de la maravilla, el milagro y la encantación, asumiendo otra vez su naturaleza cotidiana: está en Lima, en su casa, su cuarto, su torre de marfil. De nuevo en su salsa, no porque regrese mentalmente al lugar de origen, sino porque su país es su propia alma.

REENCUENTRO Y PARTIDA

Encontré de improviso al poeta argentino Alfredo Veiravé; había pasado una veintena de años sin verlo, aunque con algunas esporádicas cartas de por medio y la puntual recepción de sus primicias literarias. Junto con Pía —su esposa y musa de toda la vida— hicimos una breve excursión turística, de esas de ida y vuelta, durante la cual compré muchas baratijas artesanales bajo el exclusivo asesoramiento de ellos, impenitentes viajeros y perfectos conocedores de los lugares que visitábamos. Días después cada cual retornó a sus propias ciudades; aunque creo que los Veiravé se dieron tiempo para otros cortos viajes, antes de retornar finalmente a Resistencia, en el Chaco argentino; yo, en cambio, volví automáticamente acá.

Unas semanas luego encontré de nuevo a Alfredo Veiravé, igualmente de improviso, pero ahora en las circunstancias más dolorosas; en efecto, me hallaba leyendo sosegadamente un diario cuando veo la fatal noticia de su muerte. Era para mí algo increíble porque meses atrás había estado con él, y hasta habíamos viajado a Taxco —meta esa vez de nuestro paseo dominical—. En realidad, era como para no dar pábulo a lo que leía, pues me pareció haberlo visto bien, pese a su antigua dolencia renal: vivía con un riñón menos; y, sobre todo, entusiasmado con los sentidos fijos en sus proyectos literarios, inmediatos y de mediano plazo; por ejemplo, se hallaba en conversaciones sobre la edición de su obra completa en México; e incluso planeaba intervenir en unas jornadas vallejanas que se celebrarán en Lima.

Pienso que los reencuentros y las despedidas terrenales entre amigos de actividades afines, deben tener como marco un escenario significativo. Por suerte, no de otra manera fueron las circunstancias cuando me reuní con Veiravé en México, tan repentinamente, y después de tantísimos años. No de otra manera —repito—, sino participando en los mismos actos académicos, como lecturas públicas y mesas redondas; y cruzando una descomunal urbe para la grabación de nuestros versos en una emisora universitaria, con el afán de un

principiante. Todo esto fue con motivo del Congreso de Poetas del Mundo Latino, que tuvo lugar en la capital mexicana en octubre pasado. Evidentemente, no hay mejor oportunidad para reencontrarse con quien uno coincide en un ideal de vida semejante, como es el devoto uso de la palabra.

Escribimos en el mismo español americano, quizás con ciertos matices regionales distintos; sin embargo, residíamos en sitios entre sí remotos: uno en Lima frente al Pacífico; el otro, en Resistencia; así, cada cual en puntos opuestos, como verdaderos antípodas. Pero el destino parece que decidió aproximarnos antes de la partida de mi buen amigo. Y lo fue en espacios muy gratos, como para sentirse igual que los peces en el agua. Los lugares de convergencia fueron primero un hotel contiguo al Zócalo; posteriormente, recorriendo Taxco.

El impresionante hotel —por dentro como un engaste en estilo *art nouveau*—, originalmente había sido un centro comercial, cuya apariencia era similar a algunas edificaciones de Bruselas y París. Allí, en el vestíbulo, divisé a Pía y Alfredo; allí, conversamos intercambiando recuerdos, preguntándonos por amistades comunes y, principalmente, atando cabos, como es el reconocer con sorpresa que, más allá de escribir versos, coincidíamos también en aspectos del entorno material o en parecidas experiencias familiares

Más adelante estuvimos visitando la colonial Taxco, con una escala previa en Cuernavaca, tan instantánea que para mí fue como quedarme con la miel en los labios. Enseguida seguimos ascendiendo hasta llegar a nuestro lugar de destino, que parecía no sólo suspendido en las alturas sino asimismo en el tiempo. Lo que recuerdo bien es el haber estado, como es lógico, en un taller de platería (Taxco es sinónimo de esta industria); el entrar y salir de las pequeñas tiendecitas de artesanía; y la visita a la Iglesia de Santa Prisca, con sus torres esbeltas y peculiares. El templo estaba lleno de bote en bote, por una misa de cuerpo presente; aunque alcancé a divisar la imagen de mi paisano Martín, a quien en México se le venera en muchas iglesias y, probablemente, también en muchas casas.

El poeta modernista Manuel Gutiérrez Nájera, cuyos libros tuve la suerte de poder comprar, falleció en 1895, justamente el mismo

año en que principiaba a construirse aquel centro comercial, que andando las décadas terminó convertido en hotel. Por razones obvias, Gutiérrez Nájera habría estado muy contento allí, regodeándose en las maneras *art nouveau* del llamativo almacén. Sin embargo, a casi cien años de entonces, el lugar sirvió para que dos americanos del Sur se reencontraran, hablaran de sus cosas como un par de satisfechos mandarines, y se despidieran hasta el próximo encuentro.

REENCUENTROS EN MILÁN

Finalmente de nuevo en la Iglesia de Santa María de las Gracias, que mucho he recordado desde antes de llegar a Milán. Me sumerjo en ella, y voy del antiguo refectorio al templo, como si los dos recintos fueran uno solo, un espacio indivisible sin muros de por medio. Los dominicos empezaron su construcción en el siglo XV, y hoy el templo sigue siendo el lugar destinado exclusivamente a orar, mientras que el refectorio ya no es el recinto para comer los alimentos terrestres, como lo hacían unos etéreos, silenciosos y piadosos hombres de entonces. En estos momentos, tercamente me aferro a la idea de que todo es un solo lugar; y tanto lo creo que hago caso omiso de que el propio Bramante intervino en la edificación.

No soy ahora el viajero imaginario, sino uno de carne y hueso, y además bastante oficioso porque pacientemente he escogido un punto específico de la ciudad, en torno al cual he venido entretejiendo las distintas impresiones experimentadas en otras oportunidades; ahora las junto una a una y termino percibiendo que en el fondo son de una misma índole. En pos de ese perímetro escogido, un pobre mortal dirige sus pasos; y entonces el deleznable gusano se topa con el ángel, al cual aspiramos aunque naturalmente en vano.

Lentamente, como hacen los turistas que vienen de remotas partes del mundo, primero entro al antiguo refectorio, y luego así a la meta codiciada. Al frente aparece *La Última Cena*, mural que pintó Leonardo da Vinci entre 1495 y 1497, y donde desde hace años se viene librando la más la más inteligente y encarnizada de las batallas contra las secuelas del tiempo, tratando de restaurar la nitidez y el brillo de los colores y las figuras originales. En el lado opuesto, por el cual se ingresa, está *La Crucifixión*, mural ejecutado por Donato da Montorfano hacia 1495, que siempre luce discretamente en la sombra y sin que nadie le eche una mirada. Justamente, en las proximidades, hay un par de fotografías que revelan cómo quedó esta zona del recinto a causa de los ataques aéreos durante la segunda guerra mun-

dial, y cómo de veras milagrosamente resultó intacta la extraordinaria pintura de Da Montorfano. Después abandono el refectorio y entro enseguida al templo, donde a mano derecha hay un lienzo grande con la imagen de San Martín de Porres (a quien volvemos a encontrar en el camino), en plena levitación, abrazándose a Cristo clavado en la cruz.

Creo haber descubierto *La Ultima Cena* cuando muchacho quizás en alguna revista de arte o en un libro. Estoy ahora contemplándolo e imaginándome cómo era en realidad tras la última pincelada de Leonardo. Pero, al igual que la vez anterior, hay un visitante (cuyo corazón está siempre con los desdeñados) observando con todos los sentidos la obra de Da Montorfano, que parece aguardar resignadamente que también se acuerden de él y restauren lo que ejecutó con mucho empeño. En esta nueva visita nos producen un nudo en la garganta las fotos del refectorio entre cuyas ruinas se ve en pie *La Crucifixión*. Por suerte, nos topamos con Martín, a punto de desprenderse del suelo, tal como lo hacía habitualmente en su convento limeño.

Es éste el espacio en que ocurren los reencuentros, que por tal motivo parece cortado a la medida de uno. Allí, el mural de Leonardo grabado en la memoria casi una vida; allí, el mural de Da Montorfano, que a la mayoría de los visitantes muy poco les importa, como esas cosas que hacemos tantísimos hombres y mujeres sin ningún éxito; allí, las imágenes de Milán bombardeado, que hoy recuerdan ciertos lugares de la ciudad en que vivimos; allí, Martín, que no es médico pero que restaña las heridas, e igualmente nos devuelve algo del orgullo perdido (porque una vez más compruebo que mi paisano está entronizado en los altares), lo cual es tan necesario para coexistir con el resto de los mortales.

SANTA ROSA EN CALI

A Rosa la suele encontrar algunas veces casualmente, e igual le pasa con Martín. Pero ahora no nos va a hablar de él sino de ella, con quien justamente acaba de toparse de improviso en estos días. Hace un año fue en el Palacio Pitti, en Florencia, donde entre un mar de pinturas y esculturas observa, en medio de la mayor de las sorpresas, un lienzo del italiano Carlo Dolci, con el rostro de la santa, tan lánguido, seráfico y tierno. Esta vez el encuentro es aún más rotundo al reunirse con ella no al ras de un pequeño cuadro renacentista, sino en un templo de buenas proporciones levantado en su homenaje. Fue en Cali, a la verdad no muy lejos de acá.

Pero el descubrimiento de lo fortuito —hay que decirlo antes de proseguir— empieza a paladearlo leyendo a los surrealistas; porque exclusivamente por estas lecturas percibe la importancia del fenómeno del azar objetivo, como lo llaman ellos, en la vida de las personas. Piensa pues que el puro azar gobierna su reencuentro con Rosa, ya que sucedió repentinamente, y además de una manera muy particular, por lo cual se figura que intervinieron los omnímodos poderes de la casualidad, que tanto reverencian los surrealistas, quienes eran sin embargo incrédulos en cuestiones religiosas.

He allí Santa Rosa merced al azar, tal como le sucedió en el pasado. Es el punto, el instante en que se dan la mano el antiguo adepto de lo fortuito y el que ha resultado un devoto de sus entrañables paisanos Martín y Rosa, y que se siente contento y ufano cada vez que los divisa a la vuelta del camino, sin duda inesperadamente.

El templo caleño de Santa Rosa es de término medio, como que no es ni chico ni grande. En la parroquia nadie le da una información precisa, aunque tiene el palpito de que fue edificado a comienzos de siglo. En su conjunto luce mucha dignidad, si bien hoy por la expansión de la ciudad ha quedado prácticamente dentro de una zona venida a menos y hasta peligrosa. Por eso, en la plazoleta que está delante, alcanza a ver el terrible espectáculo de una decena de mendi-

gos durmiendo a la intemperie. Sin embargo, en las proximidades, como escudando los costados del templo, hay una compacta hilera de tenderetes donde se vende libros de segunda mano, aunque casi todos desprovistos del específico interés literario, que es lo que él busca con afán.

Inmediatamente después, desde una cierta distancia, se pone a contemplar el frontis, divisando entonces una amplia escalinata, una puerta al parecer de cedro en que están representadas unas imágenes bíblicas; y, encima, un bello vitral con la figura de la santa limeña; además, también una estatua de ella dentro de una hornacina. Por último, el remate de todo: dos torres que van angostándose armoniosamente. En el interior, admira una columnata voluminosa; y cuando fija la mirada en el elevado techo sobre la nave central, admira asimismo unas pinturas de buena factura; y cuando vuelve a observar en línea horizontal, por cierto ahora el altar mayor, allí, en un ángulo, alcanza a ver otra estatua de Rosa; e igualmente allí, en el techo abovedado, el extraño símbolo de la Santísima Trinidad: un ojo dentro de un triángulo, que en cierta manera semeja los ojos que solía pintar el belga René Magritte (que de fijo era un fiel del azar). Por fuera y por dentro, en el frontis, el cielo raso, las columnas, los muros contrastan dos colores: el crema pálido y el rojizo.

Este encuentro en Cali le provocó una cascada de recuerdos variados, que en un comienzo le devuelve a Florencia, hasta el lienzo de Carlo Dolci; aunque, andando los minutos, cuando observa primero a los mendigos enrollados en trapos como momias y después al divisar una vía muy amplia, con aspecto de zona empobrecida, recuerda de súbito una avenida de Calcuta, por donde un día pasó fugazmente; u otra que no sabe con exactitud si está en Lima, Chiclayo o Trujillo. Además, una cierta iglesia, en un legendario lugar lejano, aunque prefiere hacer mutis porque ahora le parece algo no espontáneo, si bien en realidad se le presentó en la memoria esa vez.

Pero hablar del azar no resulta inconexo, ya que en sí todo fue fortuito. Las circunstancias enderezaron sus pasos hacia allí, sin pensarlo, sin proponérselo. Le bastó con salir del hotel en que se alojaba; justamente, en dirección de su mano izquierda, empezó a andar unos

cuantos metros cuando se topa con el templo. Inmediatamente, Rosa le abre de par en par las puertas a su paisano, que estaba pasmado como cuando descubrió el pequeñito retrato de ella en la pinacoteca del Palacio Pitti.

UNA VISITA IMAGINARIA

Últimamente en una revista cultural alemana leí acerca de una exposición retrospectiva de Yves Tanguy (1900-1955), que tuvo lugar en Stuttgart. El tomar conocimiento de ello resultó de improviso como una luz de Bengala que aparece a lo largo y ancho del firmamento, aunque el símil ha quedado corto porque los efectos fueron excepcionales, viéndome extrañamente convertido en un viajero imaginario y hasta con la particularidad de retroceder sin aspavientos en el tiempo, exactamente como alguien que se encontraba en fechas pasadas en la propia Stuttgart y que se encamina apresuradamente a visitar la muestra del artista francés.

Contra viento y marea, creo en el fenómeno de la bilocación, pero aún no he tenido la fortuna de estar en dos sitios a la vez. Lo de ahora sí que resulta una situación evidentemente más especial, como suponer haber estado en dicha ciudad en meses atrás visitando la exposición de Tanguy. Y sopeso todo y concluyo que figurármelo no resulta forzosamente. De por medio está la firme admiración que profeso por su pintura y asimismo el hecho de hallarme en Alemania pocos días después, y por añadidura haber contemplado cuadros suyos en los museos a los que acudí, donde son obras capitales en las consabidas secciones de los clásicos surrealistas.

Y, a decir verdad, me he puesto entonces a repasar el conocimiento que tengo de él, prácticamente superficial, si bien desde tantísimos años; pero, por cierto, cuán estimulante por darme la posibilidad de vislumbrar unas perspectivas desconocidas de nuestra infinita realidad física. Confieso que descubro esta singular pintura cuando yo era un suertudo muchacho dotado de los poderes de la intuición que me orientaba hacia el hallazgo preciso y siempre en la ocasión oportuna. Que exactamente fue así cuando en la biblioteca en que trabajaba llegó a mis manos un opúsculo en torno a unos creadores contemporáneos prominentes, entre los que estaba el pintor francés. Y no pasa mucho tiempo que observaré personalmente

sus cuadros en el Moma de Nueva York, y, por esos días, hasta me aventuro a traducir el poema de André Breton titulado “La casa de Yves Tanguy”.

¿No será lo suficiente para vernos retrospectivamente como el más satisfecho de los visitantes de la mentada exposición? Sin duda, aproximaciones tan entrañables contribuyen a la postre a que nuestra admiración se mantenga incólume en medio del radical cambio de las preferencias artísticas de uno. Pero enseguida ya debo revelar cuál es la razón de nuestro invariable entusiasmo: claro está, esos misteriosos paisajes desérticos, tachonados aparentemente de dólmenes y menhires —que son unas piedras milenarias de la Bretaña en que el pintor nació—, nunca he dejado de verlos como anunciadores de aquello que el hombre descubrió en la Luna o de lo que en el futuro escudriñará en el resto del universo.

El fervor por determinadas obras de arte nos puede hacer recular en el tiempo y encontrarnos entonces en un punto donde antes no estuvimos. En consecuencia, he aquí encaminándome con paso resuelto en dirección a una cierta galería de Stuttgart, en que ingreso al fin y al cabo, y lo primero que hago es fijar la mirada en el cuadro denominado *Mamá, papá está herido*. Es un nombre de veras caprichoso que en nada corresponde con el tema de la pintura, como que así son todos los títulos que eran sugeridos por los amigos del artista. La frase nos repercute en el alma. Y me sobreviene el doloroso recuerdo que tengo de mi padre cuando un día repentinamente retorna de su trabajo con el rostro ensangrentado pues se le había roto una vena de la nariz.

Pongo punto final a este instantáneo viaje, pues me siento enriquecido y contento por no haberme quedado con la miel en los labios, según me sucede al contemplar los cuadros de Tanguy desperdigados en las pinacotecas a las que voy. Y esta experiencia sui géneris —sea allá en Stuttgart, sea acá ahorita mismo— me deja dos cosas diametralmente distintas: considero que los remotos recuerdos paternos son imborrables, tal como me ha ocurrido frente al cuadro *Mamá, papá está herido*; y que también sigo siendo un ávido soñador de las desconocidas regiones del universo, justo esas que

Tanguy nos las mostró desde los años veinte. Y, en suma, ¡qué cosa curiosa!, que un arte de cara a los misterios siderales nos pueda devolver a lo recóndito de nuestro reino interior merced únicamente al inusitado nombre de una pintura.

VISITAS A POMPEYA

Aquel viaje para llegar a Pompeya le resultó bastante rápido. Aunque desde el Adriático al Tirreno —un viaje de costa a costa, que en otras latitudes hubiera sido interminable—, llegó en realidad el mismo día ya al atardecer. Había salido temprano de Pescara; y, luego de unos instantáneos y puntuales cambios de tren, se vio finalmente en la estación de Nápoles, donde aborda el *trasvesubiano* —un pequeño tren periférico—, que cruza como una exhalación delante del Vesubio rumbo a la Pompeya contemporánea, provinciana y apacible, en cuyo corazón está la otra Pompeya, que en cambio fue tan bulliciosa, tan sofisticada, según se deduce fácilmente.

Pero este viaje de Pescara a Pompeya lo había realizado con escalas previas a lo largo del tiempo; o, mejor dicho, esta visita está precedida por un par de otras visitas. Pues, en cierta manera, ya bahía estado allí, recorriendo sus calles, sus plazas, entrando en sus casas, aunque sin haber puesto nunca los pies. ¿Cómo, cuándo, dónde principió todo? Pompeya dejó de ser una cosa oculta bajo el suelo a partir de las excavaciones iniciadas en el siglo XVIII; y desde entonces comenzó a colarse en la imaginación humana, sin salir nunca más. Por lo cual, como tantos otros en todas partes, pudo también contemplar, escudriñar, conocer desde mucho antes la desenterrada ciudad balneario.

Su primera visita tiene lugar a pocos metros del Pacífico (y no del Tirreno como lógicamente debía ser); ni más ni menos, entre las cuatro paredes de una tranquila casa limeña, sin duda digna de la Pompeya contemporánea. Allí, un lector feliz y sobre todo perplejo, terminó sin darse cuenta convertido en un viajero imaginario, en un forastero vagando por la remota ciudad. En sus manos no tiene un folleto turístico sino un libro con trazas de breviario por lo chiquito; luce como título un nombre de mujer: *Gradiva*. Es una novela del danés Wilhelm Jensen, y de la cual tuvo noticias porque era el libro de cabecera de escritores y pintores de veras insólitos. Al igual que

éstos, el lector también se entusiasma con las páginas de *Gradiva*; sin más ni más, se siente que es el joven arqueólogo Norberto Harold —personaje de la novela—, y como él va por las calles y plazas de Pompeya, donde igualmente se le aparece y reaparece Gradiva, tan linda como su nombre de pila.

Era ésta la primera vez que estaba en Pompeya, y exactamente como el arqueólogo avanza por la ciudad resuelto a hallar a Gradiva muerta el 24 de agosto del año 79 d. C., y al parecer resucitada ahora. Porque inicialmente la divisó en el Foro; más adelante, saliendo de la casa de Cástor y Pólux, después frente a la casa de Meleagro; y, por último, alcanza a intercambiar algunas palabras con la muchacha fantasma. Por ese tiempo, tras haber devorado las páginas de *Gradiva*, pudo haber llegado a Pompeya, ya que en cierta ocasión estuvo en la vecina Nápoles todo un domingo, aunque ni se le ocurrió visitarla porque acaso creía que estaba muy distante o seguramente porque no se sentía dispuesto a interrumpir el asombro que le había suscitado el admirable librito.

El destino dispone que la siguiente aproximación a Pompeya no fuera allí, sino en el otro lado del mundo. Esta vez no será de modo imaginario, si bien tampoco una visita real. Fue en el mismo centro de Manhattan, donde se asoma de repente en una milenaria casa pompeyana, con sus frescos de fondo ocre, su sosegado ambiente característico. De cuajo, según parece, ha sido arrancada de Pompeya y puesta cuidadosamente en el Museo de Historia Natural de Nueva York, con motivo de una exposición recordando el segundo milenio del cataclismo del Vesubio. De modo tal, desde las páginas de *Gradiva* pasó a desplazarse físicamente por los propios recintos pompeyanos.

Por último, ni merced a la novela de Jensen, ni por la fidedigna exposición del museo neoyorquino, pero ahora de nuevo en Pompeya. Sale entonces de su señorial hotel, situado entre la Basílica de la Virgen del Rosario —edificada no más el siglo anterior— y la zona arqueológica. Previamente visita el templo católico y, luego de orar, vuelve a la calle y empieza a desandar lo andado: va dejando el presente y entra de lleno en el remotísimo pasado. Paso a paso avanza por la calle de la Abundancia, llega al Foro, visita los templos inme-

moriales, las mansiones célebres, los lupanares, los anfiteatros. Inexplicablemente, no recuerda a *Gradiva*, como treinta años atrás; en cambio, sí, queda boquiabierto por el perfil urbano, la arquitectura, el confort de los pompeyanos comodones, boyantes y refinados, que vivieron a sus anchas hace dos mil años; y, más que todo, queda sumido en preocupaciones metafísicas, pensando y repensando en el más allá. Pero cavila también en otra cosa: el insondable pasado humano no es una caprichosa idea de la fantasía, una pura divagación: aquí está efectivamente, aquí lo podemos palpar, aquí todos pueden darse cuenta de cómo era la vida de las gentes antes de la era cristiana.

En realidad, ha visitado Pompeya durante la mañana y la tarde; y, más adelante, de vuelta ya a las orillas del Pacífico, de un tirón relea *Gradiva*, que también se ha convertido en uno de sus libros de cabecera. Hoy, el asombrado lector sólo quiere partir de nuevo en pos de la ciudad muerta, para asomarse otra vez al Foro, porque allí vio en sueños a *Gradiva* recostada una noche en las gradas del templo de Apolo; y además —según dice él para sus adentros— porque nunca había estado antes en una ciudad en que se adora al dios de la poesía, justamente como en la antigua Pompeya.

ÍNDICE

Visitas atenienses	9
Adán pinta a Eva	11
Al pie de dos continentes	14
Un banquete pictórico	16
Caminando entre dos castillos	19
Cuando los cielos son rojos	21
Dos capillas en la memoria	23
En la biblioteca de Juan Ramón	26
Encuentro con Martín	28
Entre dos museos	30
Gatos en el pasado	32
Grutas de Frasassi	34
Hallazgos en un museo	36
Itinerario neoyorquino	38
Khajuraho y Sakara a lo lejos	41
Las rutas preferidas	44
Los museos del alba	46
Los trenes sedantes	48
Los viajeros obstinados	50
Martín y un libro	52
Mis dos Giraldas	54
Niágara e Iguazú	56
Patmos, someramente	58
Pompeya	60
Recuerdos de Rodas	63

Remordimientos de un viajero	66
Rompecabezas	68
Santa Rosa en Florencia	70
Todos le vuelven las espaldas	72
Tres torres	75
Van Gogh hipotético	77
Ver a Vermeer	80
Viaje a través del otoño	83
Viejos en Ferragosto	85
Visita al Gran Bazar	87
Visitando lo fantástico	89
Visitas a Arezzo	91
Vittoria Colonna en el camino	93
En Sunion con amigos	96
Akrotiri, otra vez	98
Bomarzo, de improviso	100
En la Capilla Brancacci	102
Diccionarios y mapas	105
La Castalia invisible	107
Peregrinando en Delfos	110
De Isola Bella a Benarés	112
Egina, lo simple también	115
Puschkin en su museo	117
Egipto en Turín	119
Esos viejos amigos	121
El Nazareno de Monsefú	123
Escila y Caribdis	126
Compañero de ruta	128
El robot canino	131

Entre la Maja y Saturno	133
De Epidauro a Delfos	136
En el país de Chagall.....	138
Entre el Rin y el Ganges	140
En el templo de Poseidón.....	142
Custodios de los museos	145
En Thisio no más	147
Entre el Lago Maggiore y Fehmarn	149
Dos colosos indescifrables.....	152
El drago inmarchitable	155
Efeso insondable	158
Belvedere, siroco	161
Aleandría, ésta y la otra	163
Arcimboldo, lo inesperado	166
Cuando se pasa de largo	168
Del Ganges al Tajo	171
Donde Beethoven nació	173
Egina	176
El grito	178
En casa de Anne Frank.....	180
En Edfú al alba	183
En el Nilo	186
En el zoco de El Cairo.....	188
En los predios de Loti	190
En Madrid y en el ayer	192
Encuentro con Arcimboldo	194
Entre dos torres mudéjares	196
Girasoles, simplemente	198
Iguazú, al fin	200

La nave en la lámpara	202
Las ciudades de los canales	204
Las pirámides a la mano	207
Lo monumental y los contrastes	210
Los viajeros imaginarios	212
Reencuentro y partida	214
Reencuentros en Milán	217
Santa Rosa en Cali	219
Una visita imaginaria	222
Visitas a Pompeya	225

EL IMÁN

DE CARLOS GERMÁN BELLI

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE

TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA

PASAJE MARÍA AUXILIADORA, 156 - BREÑA

CORREO E.: tareagrafica@terra.com.pe

TELÉFS. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582

NOVIEMBRE DE 2003 LIMA - PERÚ

Otros títulos de esta serie

MARIO BELLATIN

SHIKI NAGAOKA: UNA NARIZ DE FICCIÓN,
novela

JOSÉ WATANABE

HABITÓ ENTRE NOSOTROS, poesía

MARCO MARTOS

JAQUE PERPETUO, poesía

EDUARDO CHIRINOS

EL FINGIDOR / REVISTA DE LITERATURA, poesía

LUIS FERNANDO JARA

CRÓNICA DE UN ÁNGEL CAÍDO, poesía

JOSÉ B. ADOLPH

LOS FINES DEL MUNDO, cuentos

ALFREDO BUSHBY

LA DAMA DEL LABERINTO

PERRO MUERTO

HISTORIA DE UN GOL PERUANO, teatro

JOSÉ DONAYRE HOEFKEN

LA TRAMA DE LAS MOIRAS, novela

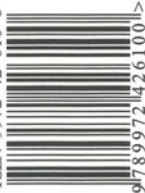
Fotografía: Andrea Lancellotti



CARLOS GERMÁN BELLI | El Imán

El imán es una palabra que se repite, más de una vez, en esta colección de crónicas de viaje escritas por Carlos Germán Belli. El autor no ha vacilado en elegirla como título de su libro, y al hacerlo así pone en evidencia que ha querido ir al grano en su propósito de señalar la atracción que ejerce en él -como en tantas otras personas- el acto de viajar. Sí, pues, el deslizarse en el espacio y en el tiempo, que, según parece, ocurre bajo los designios del misterioso azar, el cual va guiando magnéticamente sus pasos hacia el hallazgo inusitado y del todo imprevisto. Pero el viajar aquí no es sólo un desplazamiento horizontal sino también vertical -no otra cosa que una inmersión entrañable-, que, en buen romance, es ir por el mundo sin dejar de pensar en su propio reino interior.

ISEN 9972-42-610-6



9789972426100